

FRANCISCO OLAYA

DE UNA A OTRA
REVOLUCIÓN

1789 - 1918

BUENOS AIRES - 1961

Queda hecho el depósito dispuesto
por la ley N° 11.723

Copyright by el autor

Buenos Aires, 1961

ENTRE DOS REVOLUCIONES

De una a otra revolución, el período que media entre las dos últimas grandes revoluciones, lleva por título este enjundioso trabajo del compañero Francisco Olaya cuya divulgación es de actualidad incontestable. Es este el análisis de un fenómeno que se desarrolla en el lapso de dos centurias. Comienza con la revolución francesa, considerada ya con nombre común, y desemboca en la vida contemporánea con la revolución rusa. La primera alienta las esperanzas del mundo y abre luces en los cerebros de la humanidad, trastornando hasta los cimientos de nuestro convivir. Cierra un capítulo en la historia del pasado y enciende los faroles del progreso, alienta los pulmones hacia la libertad y hace latir los corazones al ansia tan viva de fraternidad. La segunda cierra todo ese recorrido histórico, poniendo barreras y diques de contención al espíritu revolucionario. Convierte la verdad en mentira y todo lo sofística, empobrece, avasalla y tortura para que la esclavitud se eternice en el cuerpo y el alma del proletariado moderno.

Su autor pertenece a la última promoción libertaria de la cantera confederal. Formado en las trincheras de un exilio de cuatro lustros, mantiene en alto el estandarte arriado al ceder la Defensa de Madrid, que hace ya tiempo pertenece a la historia de las grandes conmociones sociales. De espíritu anarquista, desde las páginas de "Nervio" restituye para la causa el prestigio de cuanto esperamos de aquel movimiento secular y clava una pica en el cerebro de Europa, abandonada en los vigorosos brazos de los dos domadores del mundo.

Entre dos revoluciones está fraguado este trabajo. De temble medular y encendida crítica en los aspectos moral, político y económico, Francisco Olaya nos presenta, con todos los colores del arco iris, la civilización capitalista sumergida en el pútrido mar de la

IMPRESO EN LA ARGENTINA
PRINTED IN ARGENTINE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 2 DE ENERO DE 1961 EN AMÉRICA LEE,
EDITORIA E IMPRESORA, TUCUMÁN 353 - BUENOS AIRES - ARGENTINA

traición, del engaño al hombre humilde, al creyente, al revolucionario de fe que representa el quebranto de todos los valores espirituales echados a la ciénaga por el despotismo. Nos hace recordar lo que no debiéramos haber sabido nunca y nos orienta para comenzar de nuevo la redención de nuestra humanidad defraudada. Nos presenta en caliente las lacras y cardenales de los pueblos azotados por la dictadura del proletariado. Pone en la mesa de operaciones el camp social del comunismo político y, una a una, va arrancando sus vísceras para presentarlas como trofeo del terror y la ignominia de su régimen.

Los grandes teóricos del comunismo ruso van desfilando por sus páginas, ya como triunfantes mariscales del imperio zarista, ya crucificados a sus altos pedestales, gimiendo, al borde de la fosa en donde reciben sepulcro. Los hombres son cosa de servicio para el partido. Cuando interesa se les faculta con poderes ejecutivos y bienes de fortuna ilimitados, sin explicación lógica. Cumplida la misión, y cuando ya saben demasiado al punto de comprometer el aparato gubernamental, un balazo en la nuca, y un artículo funerario en el órgano oficial cierran el paréntesis abierto en la carrera estelar de cualquier comunista asalariado.

La doctrina que un día levantó corazones, ha seguido al pie de la letra, cuando no perfeccionado, cuanto de detestable han tenido los regímenes instaurados desde las antiguas dinastías faraónicas hasta el día de hoy, y ninguna de las virtudes que, frente a ello y con sobrada razón, se atribuye al régimen capitalista. En tanto que el hombre libre gime y protesta frente a esta desgraciada situación de cosas que creía desterradas de la mentalidad humana para siempre, los grandes mandones conciertan alianza con el peor elemento industrial del capitalismo y, para impedir el descontento se levanta, de un extremo a otro de medio mundo, con descarnada ferocidad contra el primer amago de liberación.

Francisco Olaya, igual que cualquier hombre sensible, se resiste a la creencia de que aún pueden distinguirse el fascismo y el nacionalsocialismo del comunismo, cuando régimen y sistema les unen en el feroz totalitarismo, donde el Estado es dios absoluto y el individuo, sujeto y esclavo. El comunismo ruso nada tiene de izquierdista. Su revolución no ha sido de bien colectivo. Se abatió una camarilla capitalista ilustrada para crear otra de inferior contenido espiritual,

despiadada. Pero los grandes acontecimientos humanos, por generación histórica, pronto se olvidan y los poderosos siempre encuentran una justificación para encontrarse, pactar la división de bienes y fortunas como los ladrones, hasta que la revolución de abajo, de la superficie, pronuncia su palabra, el mensaje de Juan Bautista antes que su cabeza fuera servida en bandeja de oro.

CAMPIO CARPIO

I

INTRODUCCION

La revolución francesa puede considerarse a justo título —al margen de sus resultados y realizaciones - como la fuente y origen del socialismo moderno. Si la declaración de los derechos del hombre en el 89, como la declaración del 93, ratificaron la propiedad como un derecho inviolable y sagrado, debe entenderse que las bases de ésta fueron subvertidas totalmente. Cuando menos los principios y prerrogativas en que la justificaba el viejo orden.

Y mismo, aun y teniendo cuenta del decreto de la convención que estipulaba la pena de muerte para todo aquel que tratara de transformar la propiedad, el pensamiento social de la época fue netamente contrario a ella. Si los legisladores de la Revolución han intentado defender la propiedad, hacerla respetar e inclusive convertirla en una institución al tiempo que más fuerte puntal del Estado, el espíritu general de opinión no aceptó el carácter de derecho absoluto que intentó imprimírsele.

Hasta puede afirmarse que, realmente, el principio que se halla-cias se vieron netamente representadas. De ahí que si algunas leyes le fueron favorables, otras eran netamente adversas. Al atacarse a la propiedad feudal o eclesiástica, no era sólo una institución la que se hallaba en causa, sino el sistema del privilegio por completo.

"Los derechos, se estipuló, tanto feudales como censuales, los que respectan al vasallaje real sin indemnización..." Todo un sistema de propiedad, tanto como político y social de desigualdad, era condenado.

Hasta puede afirmarse que, realmente, el principio que se halla-ba condenado más que todo otro, era precisamente el de la desigualdad y el privilegio. La libertad y la igualdad empezaban a ser asimiladas como complementarias.

El hecho de que los defensores de la propiedad terminaran por

imponerse no resta valor al hecho. Al contrario, se lo concede de forma imperiosa, teniendo presente de que fue precisamente por este motivo que la crítica socialista empieza a desarrollarse y el número de sus partidarios a aumentar paulatinamente.

De aquel hormiguero de ideas, en efecto, y de pasiones puestas al rojo vivo iban a emerger los fecundantes gérmenes que posibilitarían la eclosión de un cuerpo de doctrinas y teorías reivindicatrices, de los derechos de las víctimas del milenario expolio. Teorías, tesis y sugerencias que iban a ser las premisas de una obra de amplia envergadura reivindicatriz y social.

Habiendo quedado rápidamente localizadas o limitadas las tendencias sociales y prerrogativas de la Revolución del 89, las protestas no tardaron en surgir. Tanto el pueblo, como una gran parte de las figuras de la época, llegan a distinguir con perfecta nitidez que la transformación operada es insuficiente para combatir el volumen de problemas que ésta tenía como finalidad. Realmente, los beneficiarios de dicha conmoción social no son, como se esperaba, el pueblo en general, sino una ínfima parte de nuevos privilegiados.

En este caso no son pocos los que alzan su voz pidiendo un "suplemento de revolución". Particularmente en el 93 un socialismo embrionario, sin cuerpo de doctrina ni apenas teorías empieza a manifestarse. Sin embargo, no será hasta 1796, tras el "manifiesto de los iguales", de los babouvistas, que éste empieza a precisarse y a ganar en claridad y nitidez lo que en actividad.

"La Revolución Francesa, se decía en este manifiesto, no es más que la predecesora de otra Revolución mucho mayor, mucho más solemne... Nosotros tendemos a algo más sublime y más equitativo: el bien común o la comunidad de bienes". La Revolución Francesa, decía Babeuf, "es la guerra social entre plebeyos y patricios, entre ricos y pobres".

Hasta este momento todas las críticas efectuadas lo han sido más bien de orden moral que económico. La forma ruda y abierta, las conclusiones categóricas y las incitaciones a la revuelta y a la acción, empezarán a conocerse a partir de él. Aunque lo que puede considerarse como cuerpo masivo y compacto de doctrinas no empezará a perfilarse antes de fines de siglo.

Las grandes palabras, como las excelsas teorías no hacen más que despuntar. "El hombre fuerte de la sociedad, apuntará Necker, es el propietario; el hombre débil es el hombre sin propiedad". De

todas formas menos preciso que Morell que señalaba ya, al "capital, (como) instrumento de trabajo que debe estar íntegramente disponible en manos de la comunidad". Avanzando ya, la teoría de "distribuir el trabajo según las fuerzas y los productos según las necesidades".

Es cierto que estas son ideas un tanto esporádicas o espontáneas, bastante circunscritas y de un reducido marco de influencia. Debe tenerse en cuenta que en esta época la mayor parte de las palabras de nuestro léxico social eran prácticamente desconocidas.

a operarse. Particularmente a partir de la división de las tendencias federalistas y anti-autoritarias de la primera Internacional.

Es por esta época que los primeros empiezan a utilizar el calificativo de colectivistas. Pero éste también vuelve a sufrir un colapso con Jules Guesde cuando, renegando de sus convicciones de primera hora, por no se sabe qué oscura maniobra, como lo demuestra la carta de Marx a Engels de fecha 5 de noviembre de 1880, año en que se adopta este vocablo como consustancial en las ideas marxistas.

Hecho que incitará al grupo antiautoritario, Kropotkin, Reclus, etc., a adoptar la palabra anarquista de Proudhon. O más exactamente anarquista-comunista. De esta forma se intenta dar al comunismo una base teórica concordante con su etimología, y de firme repudio de todo sistema político.

Pero de otra parte, algunos elementos como Malatesta, continúan fieles a la palabra socialista a la que prestan la misma significación que los primeros a la suya. Y otros que, como Mella, perseveran en la defensa del colectivismo en el mismo sentido. Situación que da lugar a la curiosa paradoja de que tanto comunismo, socialismo como colectivismo vuelven a ser confundidos recobrando su significación etimológica.

Esta nueva situación viene a prevalecer hasta el guillotínamiento de la revolución Rusa por los bolcheviques. En Marzo de 1919 fundan éstos la III Internacional a la que añaden el adjetivo de comunista. Ello da lugar a la escisión de los partidos marxistas parlamentarios social-demócratas de la que nacen los nuevos partidos adheridos y de abierta orientación moscovita.

* * *

Ahora bien, hecho este somero análisis retrospectivo cabe cuestionarse sobre lo que es el marxismo, su tendencia, sus fines y las tácticas que lo facultan. Nuestra principal intención es la de delimitar en la medida de nuestras posibilidades y a nuestro alcance, con la mayor precisión lo que es consustancial en el marxismo, a fin de clasificarlo definitivamente en su debido lugar.

La primera cuestión que se impone, por tanto, es la de concluir si el marxismo se inspira en lo que puede definirse como teorías socialistas, comunistas o colectivistas intrínsecamente. O por el contrario, si esto es una burda añagaza que sirve de incentivo, mística y método de atracción de amplias masas del pueblo desheredado, siendo muy otros sus ocultos designios.

Ante todo cabe hacer una distinción o abrir un paréntesis. Desde el momento en que el comunismo primitivo de distribución y propiedad deja paso al sistema de propiedad privada y, particularmente, a raíz de los abusos a que ésta da lugar, un movimiento de opinión contrario a la misma nace espontáneamente. Sus impugnadores desde Platón, Moro, Campanella o Godwin, no son otra cosa que los representantes en su época de dicho estado de conciencia.

No obstante, este problema que hasta principios de la segunda mitad del siglo XVIII se había delimitado en el estricto medio de la propiedad de la tierra, sufre una nueva transformación. La Revolución política e industrial operada por dicha época en Inglaterra y Francia da lugar a una nueva forma de producción, propiedad y gobierno. Y con ella de privilegios, explotación y opresión.

Fenómeno que empieza a condensarse a partir de la Revolución Francesa, como hemos señalado. En efecto, el predominio del capitalismo sobre la vieja clase feudal se hace patente. Y junto al capitalismo y su método de producción el proletariado empieza a resurgir y delimitarse.

Capitalismo y proletariado se afirman. Pero en la medida en que esto se produce un nuevo hecho ve la luz. Si el feudalismo era en esencia una casta, el capitalismo no lo es. De la misma manera que el proletariado no puede ser clasificado tampoco en el mismo margen que el siervo de la gleba.

Nace a este conjuro la definición de clases que si en origen es posible que tuviera alguna significación, con el tiempo la ha perdido. El límite de separación de la clase capitalista y la proletaria se ha difuminado con neta acuidad. Actualmente la frontera de separación no puede ser fijada con precisión, ni sin ella.

* * *

Este hecho sobre el que hoy no se puede sentar una base, es posible que en aquella ocasión lo fuera contrariamente. El capitalismo y sus inicuos modos de explotación dieron lugar a la eclosión de un estado de conciencia de sus víctimas exigiendo un reparto más equitativo de la riqueza.

Realmente, como hemos señalado, este fue más que otra cosa el espíritu que se desprende del fracaso revolucionario del 89. No era tanto la igualdad de hecho la que se propiciaba en sí, aunque algunas débiles voces la reclamaran, cuanto una mayor descentralización de la riqueza, una mayor equidad.

El fracaso de estas reivindicaciones y el aumento del volumen de la masa proletaria, con las características que le son afines, producen un recrudescimiento de las exigencias y un mayor ímpetu en los actos. La tendencia a organizarse se dejó sentir a partir del ensayo de las sociedades corporativas de ayuda mutua en Inglaterra. Las relaciones entre proletarios y capitalistas empiezan a adquirir un nuevo cariz, haciéndose cada vez más difíciles. Y el Estado en frecuentes ocasiones debe salir en defensa de los intereses de esta nueva clase que en definitiva es su aliada más incondicional.

Pero, al mismo tiempo, el proletariado empieza a encontrar eco en ciertas esferas intelectuales. "La igualdad política establecida, sentenciaban algunos, los pobres sienten seguidamente que ella es debilitada por la desigualdad de las fortunas". Concluyendo que ello sería causa de que la sociedad sea "dividida en dos clases". En tanto otros, como los "enrayés", empezaban a reivindicar el derecho a la vida y la igualdad humana.

El hecho de que la Revolución Francesa haya atacado y suprimido la propiedad feudal y eclesiástica, consolidando la individual o burguesa fue censurada con brío. La masa popular insatisfecha, hambrienta e indisciplinada renace entre fermentos de descontento popular, que facilitarán su cohesión y posibilitarán el clima propicio al germinar de ideas.

Posiblemente podrá negarse a la Revolución Francesa todo signo de carácter socialista. Indudablemente ella careció de él, aunque algunos de los genitores del socialismo hayan tratado de invocar sus principios. Lo que es innegable es que de ella, y en particular de su fracaso, han nacido una complejidad de doctrinas que son las que en definitiva han fecundado a aquél.

"La suerte del pobre, decía Marat, siempre sometido, siempre subyugado, y siempre oprimido, no podrá jamás mejorarse por medios pacíficos. Es ello una prueba neta de la influencia de los ricos sobre las leyes. De otra parte las leyes no tienen ningún imperio cuando los pueblos no quieren someterse; ellos han destrozado el yugo de la nobleza y destrozarán igual el de la opulencia. Lo importante es iluminarlos, hacerles comprender sus derechos, y la revolución se operará infaliblemente sin que ninguna potencia humana pueda oponérsele".

Mismo la patria y el Estado, son a tenor de ello puestos en la picota: "¿Dónde está, se interrogaba, la patria de los que carecen de propiedad, que no pueden esperar ningún empleo, que no extraen ningún beneficio del pacto social? En todos los sitios condenados a

servir, si no se encuentran bajo el yugo de un amo, están bajo el de sus conciudadanos; y cualquiera revolución que llegue, su lote eterno es la servidumbre, la pobreza, la opresión: ¿qué podrían entonces deber al Estado que no ha hecho otra cosa que cimentar su episeria y remachar sus hierros...?"

Una nueva concepción de la vida se afirma de forma solemne. Los sueños y utopías de los siglos XVI y XVII se concretizan. No es ya sobre ilusiones que se profetiza; es sobre realidades, a las que la gravedad de la hora presta un tinte de acuidad.

La Revolución Francesa había, en cierto modo, subvertido el viejo orden. Lo que no había conseguido es eliminar las enormes contradicciones en que aquél se debatía, y particularmente las enormes diferencias sociales y privilegios. Los eternos expoliados, artífices de la Revolución, continuaban sufriendo dichas consecuencias, con idéntica intensidad.

En esta alternativa la reivindicación de otras tácticas políticas y de otros principios sociales empieza a germinar. Otras místicas y otras esperanzas nacen a su conjuro. Pese al desorden y la confusión, el pueblo adquiere conciencia de la fuerza, que de su íntima colaboración y estrecha unión se desprende. Las sociedades secretas o semi-secretas, como las de ayuda mutua o corporativas, pululan por doquier. La igualdad política es descartada en nombre de la organización social o igualdad económica.

La lucha vuelve a plantearse en toda su acritud. Las reivindicaciones de las masas vuelven a estar al orden del día. No es sólo la libertad del individuo la que está en causa, sino la de la sociedad representada por el productor y el consumidor.

No obstante, ciertos teóricos, continúan insistiendo en el error de que la sociedad debe ser regida por un órgano director que sirva y asegure la existencia de los ciudadanos. Y de forma especial, como nexo de relación entre productores y consumidores. Por desgracia, y como por algunos fue previsto, las funciones del Estado no han cesado de aumentar con el paso de los años, y con ellas nuestras obligaciones y esclavitud.

Para Madame Stael, "el principio motor de la Revolución era la igualdad". Sin embargo, ello es dudoso si se tiene en cuenta las finalidades que Robespierre asignaba al Estado, entre las que hacía descollar: "disminuir las necesidades de la indigencia, disminuir lo superfluo de la riqueza, es el fin a que deben tender todas nuestras instituciones; pero es preciso que la justicia como la prudencia regu-

len nuestra marcha; hay que avanzar paso a paso, todo otro método convulsivo es inadmisibile, la propiedad es sagrada..."

Aunque también hay que reconocer que otras ideas, manifestadas años atrás, lo eran en sentido contrario. Como ya decía Rousseau: "Igualdad perfecta es de origen primitivo..." Y que "el pacto social lejos de atentar contra este derecho natural, debe dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será jamás violado; que, desde entonces no debieran de haber existido instituciones que favorecieran la desigualdad..." "La propiedad individual es la fuente de todos los males que pesan sobre la sociedad... Las propiedades son obra del reparto de los usurpadores y las leyes obra del más fuerte". Patente contradicción.

En esta mezcla de teorías y de hechos el calificativo de proletario se perfila. Y con él la nueva clase que emerge. La que ya se enfrenta al capital. La que no cesará de hacerlo a partir de este momento. Proletarios y capitalistas, tanto en la literatura, como en los hechos de la vida cotidiana, pasarán a ser los eternos antagonistas, del complejo problema social que agobia la sociedad.

Estos hechos que facultan y determinan el surgimiento de un movimiento de inspiración socialista son encarnados en la época por Babeuf. Netamente influenciado, como se sabe por la tendencia jacobinista de la Revolución. Lo mismo que su escuela.

Para ellos la organización de la sociedad sólo podría ser asegurada bajo la égida de un Estado fuertemente centralizado. El cual lo habría sido en primer lugar por la Revolución Social. La realización práctica del problema de equidad no lo admitía sino garantizado por un poder dictatorial revolucionario.

Lo mismo que su forma de organización, formada por sociedades secretas centralizadas y autoritarias. Y su más constante fin, en el que se distinguen por ser los primeros en proclamarlo, la Revolución que facilitaría la conquista del Poder para la defensa de la mayoría.

El conocido "manifiesto de los iguales", de Babeuf, puede en justicia ser considerado como la concreción doctrinal de las tendencias socializantes, empíricas y convencionales que empiezan a desarrollarse a partir del 93. "La Revolución Francesa, concluía el manifiesto, es el anti-correo de otra Revolución Francesa, mucho más grande, mucho más solemne y que será la última"... La que garantizará "el mayor bienestar posible para el mayor número, y la seguridad de que no le sería arrebatado nunca."

El programa de Babeuf puede concretarse en tres puntos: Sociedad secreta, organizadora, dirigente de la Revolución y del Estado dicta-

torial; Gobierno terrorista, centralizado y despótico, como instrumento rector de la Revolución y salvaguarda de los intereses populares; Comunismo estatal, administrado por una burocracia encargada de hacer respetar las leyes dictadas por el pueblo o por ella misma en el caso de incapacidad del primero.

Los babouvistas han sido los primeros en que se nota la influencia de Rousseau contra la propiedad privada. La propiedad privada para ellos continuaba siendo el origen de todos los males. Y ella a su vez el origen de la división de la sociedad, y de toda clase de despotismo.

En ciertos pasajes de Babeuf la presencia de Montesquieu, Holbach, Helvetius y Mably es indiscutible. Particularmente en sus teorías de frugalidad social. E incluso, en ciertos de sus pasajes de crítica social.

Aunque es justo reconocer que en ésta había mucho más de Rousseau, aun y teniendo cuenta de que las tendencias subversivas de Babeuf eran propias. Lo que los une es la comprobación del injusto reparto del capital y del trabajo. Las palabras "tuyo y mío", el hecho de que haya "hombres tan abominables como para osar acaparar lo superfluo en tanto que otros hombres mueren de hambre". Para ellos la libertad es la igualdad; una libertad un poco especial como puede comprenderse.

La libertad la conciben como un principio dimanante de la condición del hombre. El génesis de sus teorías es el hombre. Con sus virtudes y defectos, con sus necesidades y obligaciones, su razón y consciencia. Un hombre es igual a otro hombre, ni superiores ni inferiores.

Las tendencias revolucionarias de Babeuf tienen una gran similitud con las de Raynal. La siguiente cita podía haberla firmado ambos: "colgadles, decía Raynal, si es preciso a esos pérfidos ricos, y recobrad vuestra dignidad". "¿Cuántas veces hemos oído al hombre del pueblo preguntar al cielo cuál era su crimen, para haber nacido sobre la tierra en un estado de indigencia y de dependencia extrema."

Como afirmaban los babouvistas, "la historia es una historia de la explotación del hombre por el hombre". Las formas de esta explotación son lo menos importa. te. No son en definitiva las formas que cuentan, sino el hecho. Plebeyos y patricios, señores y siervos, patronos y asalariados, no son sino diversas calificaciones de un mismo origen común, de idéntico escarnio social.

Sin embargo, los babouvistas, en su crítica hacían ya una distinción. La esclavitud moderna reviste unas características especiales. El obrero no es exactamente con respecto a su explotador un elemento en las mismas condiciones que el esclavo respecto al señor. El primero se

distingue del segundo en que su condición es sólo temporal y establecida como una transacción. Pero una transacción un poco particular, puesto que debe aceptarla forzosamente.

En estas condiciones el obrero está supeditado al patrón no sólo en razón de las diferencias económicas que los separan, sino que por esta misma causa su vida tanto como su libertad, sus decisiones o actos están. El obrero "es tan desgraciado que él agrava su situación, es tan imprudente como para creerse destinado a disfrutar de lo que hace la felicidad del rico, si él toma una compañera o se crea una familia."

El obrero está encerrado en un círculo vicioso del que no puede salir. La miseria aumenta su ignorancia y la ignorancia faculta a su vez la extensión de su miseria. "Nadie piensa en él, la miseria física lo conduce al embrutecimiento y el embrutecimiento a la depravación, fuente de una nueva miseria; círculo vicioso del que cada punto inspira la repugnancia y el horror, cuando por tanto, no debía inspirar sino la piedad."

La diferencia entre el obrero y el patrón es enorme. Tanto como la existente "entre el hombre que se presenta al mercado con un producto material que él ofrece intercambiar por otro producto que él solicita y que no obtiene, por el intercambio, que la promesa de un trabajo... En el primer caso, es evidente que el debate contradictorio de la oferta y de la demanda determina el precio de objetos en presencia y que este precio debe... aproximarse continuamente a los gastos de producción; en esta hipótesis el que da recibe a un tiempo: el obrero por el contrario ofrece su trabajo y solicita su salario".

Se desprende de ello, por tanto, que "una parte de la población vive a expensas de la otra". La solución a estos abusos ya había sido prevista por Babeuf que, remedando a Rousseau, afirmaba: la igualdad perfecta es de derecho primitivo; que el pacto social, lejos de atentar a este derecho natural, debe dar a cada individuo la garantía de que este derecho no será jamás violado, que, desde entonces, no deberían jamás haber existido instituciones que favorezcan la desigualdad..."

Del análisis de todas estas calamidades sociales debía surgir espontáneo su grito insurreccional. Y, particularmente, su ditirámico elogio del pueblo: "Vosotros sois el Pueblo, el verdadero Pueblo, el solo Pueblo digno de disfrutar de todos los bienes de este mundo. Todo lo que él hace es legítimo, todo lo que ordena es sagrado."

Hay que dar al pueblo, clamaba Babeuf, "el viejo sentimiento de

sus derechos y de su fuerza" a lo que podría añadirse la afirmación de su discípulo Buonarroti, "de la constitución y de la protección del gobierno, hasta el momento en que seremos bastante fuertes para atacarlo y destruirlo". La demagogía como se ve empezaba ya a ser hábilmente utilizada.

No hay, para convencerse, más que completar la precedente tesis con la siguiente: "El gobierno hará desaparecer... los cercados, las cerraduras de las puertas, las disputas, los procesos, los robos, los asesinatos, todos los crímenes; los tribunales, las prisiones... la insaciabilidad, el orgullo, la falsedad, la duplicidad, todos los vicios en fin..."

Realmente la teoría babouvista de implantación de una sociedad equitativa, aún y siendo inspirada por la defensa del pueblo y sus derechos conculcados, partía de la base de una férrea dictadura. El pueblo era considerado incapaz de organizar un sistema en el momento de la insurrección o después del triunfo de ella. Por tanto, ellos partían del principio de la implantación de una autoridad revolucionaria y dictatorial que debería salvaguardar al pueblo del imperio que pudieran ejercer sobre él "los enemigos naturales de la igualdad."

Más exactamente, podría decirse que las tendencias dictatoriales de Babeuf y sus discípulos eran de muy otro orden. No se trataba ya tanto del establecimiento de un régimen comunitario o igualitario cuanto de la imposición de una doctrina. El siguiente pasaje lo demuestra concluyentemente: "Hagamos de manera, decían, que todos los hombres laboriosos disfruten, a cambio de un trabajo muy moderado y sin recibir salario, un honesto e inalterado acomodamiento"... en cuyo caso los propietarios "obligados a ofrecer un trabajo superior al cuidado cómodo y gratuito asegurado por la República, y gastar la mayor parte de sus ingresos en gastos de cultura y preparación e impuestos, no pudiendo procurarse ni un placer ni un servicio, acogidos bajo el peso de las tasas progresivas, alejados de los negocios, privados de toda influencia, despreciados, no formando más en el Estado que una clase sospechosa de extraños, o empujados abandonando sus bienes o deberán sellar con su propia adhesión el establecimiento pacífico y universal de la comunidad."

Y esto no sólo afectaría, como es de suponer, al privilegiado, sino a toda la masa de la sociedad. Más que otra cosa la idea fija y predominante era la de imponerse dictatorialmente, aunque para ello fuera preciso recurrir a los clásicos métodos de terror contra todo y contra todos. "Por la promesa de distribución, diría Buonarroti, el

directorio insurrector fijaba la atención y mantenía la esperanza de la clase laboriosa, sin indisponer a aquellos que, aunque odiando la nueva aristocracia, no amaban por eso la igualdad de hecho. Distribuir los bienes no significaba distribuir la propiedad territorial; ya que los verdaderos bienes no son las tierras, sino los frutos que ellas producen; en cuyo caso distribuyendo los frutos, la promesa habría sido completamente ejecutada, y es esto lo que el directorio secreto se proponía hacer..." Todo un poema, apenas superado actualmente.

Con Babeuf puede afirmarse que nace la moderna demagogia populachera de incitadores a la revuelta y forjadores de la nueva clase o casta dictatorial de Estado. Aun y reconociendo que algunas de sus teorías servirían más tarde a la causa del verdadero socialismo. Y, hasta incluso, que con él o a partir de sus doctrinas el socialismo empieza a cobrar forma, precisión y colorido.

* * *

Otra de las figuras que destacan a partir de esta base es la de Blanqui, netamente influenciado por Babeuf y ferviente defensor de la Revolución bajo el lema de: "ni dios ni amo". Sin embargo, por el contrario, puede decirse de él que fue una de las figuras más simpáticas de su época, por su pasión revolucionaria a toda prueba.

La influencia del "movimiento de los iguales se observa en sus obras": "La eternidad de los astros" y su "Crítica social". Su tendencia revolucionaria y su táctica de las sociedades secretas tienen idéntica inspiración. Y la misma factura la primordialidad que concediera a la política como solución de la cuestión social.

Su vida política fué en extremo agitada y el tributo que hubo de pagar a sus ideas se condensa en más de cuarenta años de prisión. Cabe afirmar de él que fué más hombre de acción que teórico, aunque en este sentido no fuera tan mediocre como pueda suponerse. Lo más firme de su obra es la crítica de la burguesía. En el resto como la mayor parte de sus contemporáneos adolece de superficialidad, falta de precisión o desconocimiento, aunque en ciertos aspectos fuera bastante profético.

La distintiva de estos pioneros del socialismo es la ilusión de que sólo la dictadura puede remediar la situación de los desposeídos de la fortuna. Como ellos, Saint-Simon también abrigó parecidas esperanzas. Sólo que con la salvedad de que dicho régimen fuera dirigido por elementos "éclairés".

Como Buonarroti, también él intercedió ante Napoleón con el fin

y objeto de que éste se erigiera en artesano de dicha transformación. De todas formas sus teorías, en este aspecto carecen de precisión.

No obstante, valga hacer una salvedad. Las teorías de Saint-Simon difieren de las de sus predecesores un tanto. Para él la idea de una evolución o revolución impuesta por el pueblo no existe. Según sus teorías ésta sólo puede ser realizada por los miembros más capacitados de la sociedad.

Aunque de todas maneras su conclusión es idéntica. Una vez operada la transformación social, los productores deberán ser los dueños de las cosas y los que de común acuerdo con los sabios solventarán y regularán los destinos de la sociedad. Y así en forma mecánica o evolutiva se iría imponiendo a la teoría del gobierno de los hombres la de administración de las cosas.

Su doctrina un tanto difusa, en algunos aspectos, es bastante concreta en cuanto a su apreciación de los productores. "Supongamos, afirmaba, que Francia perdiera sus primeros 50 físicos, sus 50 químicos, sus 50 fisiólogos, sus 50 mecánicos, sus 50 banqueros, sus 50 albañiles, etc.; la nación se convertiría en un cuerpo sin alma". En tanto que si poseyera todos sus hombres de genio y tuviera la desgracia de perder el mismo día a "Monsieur, el hermano del rey, Monseñor el duque de Angulema, Monseñor el duque de Berry, Monseñor el duque de Orleans, etc., y además los 10.000 propietarios más ricos, no resultaría ningún mal para el Estado."

La tesis de: "De cada uno según sus capacidades, a cada cual según sus obras", vió por primera vez la luz en su periódico "El Globo", como divisa del mismo. Todas las riquezas, según su punto de vista, deberían ser centralizadas en manos del Estado, "convertido en asociación de los trabajadores", el cual sería el encargado de repartirlas con arreglo a los méritos de cada cual.

La desigualdad la consideraba como una necesidad ineludible e imperiosa. Pero a la que se podría combatir aboliendo la herencia, el crédito, etc. Sin embargo, el problema de la propiedad, aun y reprochándole sus excesos y consecuencias no era enfocado en lo que respecta a su supresión en la forma radical de sus predecesores. El propietario sería respetado siempre que su derecho de propiedad se viera confirmado por la dirección, empleo y explotación de la propiedad.

Realmente el término propiedad es un poco abusivo en este orden, en términos más precisos debería decirse gerencia. El verdadero propietario sería el Estado que atribuiría o concedería el permiso de explotación a individuos de una capacidad reconocida, encargados de

la gerencia de la economía o depositarios de bienes y de la distribución con arreglo a las necesidades.

De todas formas no significa ello que su sistema fuera inspirado en la plena igualdad de los miembros de la sociedad. "En la organización social del porvenir, afirmaba, cada cual deberá ser situado según su capacidad, y retribuido de acuerdo con sus obras". Y los designios de las jerarquías del régimen.

Contrario a todo acto subversivo o revolucionario, sus teorías son de índole transformatriz o evolutiva. La cual debería ser llevada a efecto por la clase dirigente encargada de "coordinar los esfuerzos de la actividad material del hombre y el empleo de la fuerza". De esta forma serían descartados los conflictos nacionales e internacionales, estableciéndose con la paz universal el reinado de la armonía.

En definitiva una sociedad dirigida por intelectuales de todas suertes que señalarían la pauta a seguir. Y que en realidad no serían otra cosa que una nueva forma de Estado, constituyendo una nueva casta con todos sus atributos. Por su crítica de la propiedad puede esta doctrina, en cierto modo y con serias limitaciones, ser clasificada en el campo del socialismo. Pero de un socialismo bastante pálido.

Los principios a destacar en sus doctrinas fueron los siguientes: Necesidad de una transformación de la sociedad. Organización de ésta por unas determinadas jerarquías que facilitarían por métodos evolutivos la desaparición del poder estatal, que debería ser suplantado por un sistema de administración de las cosas. Sistema de propiedad no hereditario de simple convención social y modificable. Emancipación económica, moral e intelectual del proletariado progresivamente.

Sin embargo, existe un punto bastante vago en la doctrina en que el positivismo y el deísmo se entremezclan. Y que si en vida de él no supuso mayor peligro, a su muerte fué motivo de discordias entre sus discípulos. Entre los que estimuló las pretensiones autoritarias y las excentricidades.

* * *

En Fourier las ideas toman una trayectoria algo diferente. Las teorías se amplían, precisan y se complementan por una más profunda crítica del sistema industrial, de sus tareas y consecuencias dimanantes. Su diatriba, aunque haya batido todos los estamentos vituperables de la sociedad, donde con más fuerza se hizo sentir es frente a los comerciantes y "esta clase de sabios que llaman economistas", y que

no, sirven más que para justificar lo injustificable por medio de principios de apariencia científica.

"Es preciso, sostenía, que el pueblo disfrute de una garantía de bienestar, de un mínimo para el tiempo presente y para el porvenir, y que esta garantía lo libre de toda inquietud para él y para los suyos". Pero no una garantía teórica, sino lo más extensa posible, propiciando, inclusive una diversidad en el trabajo como medio de favorecer la tendencia humana al cambio y diversidad que facilite la armonía.

La monotonía del trabajo actual, para él, era causa del embrutecimiento y repugnancia del productor en su tarea. El trabajo es penoso a causa, precisamente, del automatismo, de la falta de variedad y horizontes nuevos. Sólo en el sentido en que el trabajo sea escogido libremente y las ocupaciones renovadas por intervalo de una hora, podrá ser aceptado con placer y las personas conscientes emancipadas podrán dar el rendimiento debido.

Al igual que a Saint-Simon la idea de la revolución proletaria le es extraña. Pero a la inversa de aquél ni banqueros, ni comerciantes, ni burócratas tienen cabida en su sistema de asociación.

En su falansterio, la población realizará indistintamente los trabajos de manufactura y agricultura, granja o avicultura. Y desde la más temprana edad las vocaciones del individuo deberán ser estimuladas a fin de que: "en vez de desarrollar una sola vocación, pueda tener una treintena."

Algunos historiadores han considerado este sistema como influido por Rabelais. Y en efecto, no son pocos los puntos de coincidencia. El sueño de "l'abbaye de Thelème", en la que la vida se desarrollaba al margen de todo sistema coactivo, reglas o estatutos, e inspirado en la regla de "haz lo que quieras", es concluyentemente la aspiración de Fourier.

En definitiva su doctrina está inspirada por un excelso materialismo. Y su sistema de pura equidad con una unánime tendencia a la satisfacción de todos los goces individuales y colectivos, sin restricciones legales de ninguna especie.

Sus principales teorías se condensan en: Repudio del sistema burgués por nocivo y antisocial. Creación de un sistema natural de producción autónomo. Eliminación de intermediarios entre el productor y el consumidor. Libre sistema de federación de comunas de producción. Trabajo atractivo y por afinidad. Asociación del capital, trabajo y talento y remuneración equivalente evaluada en un 4/12, 5/50 y 3/50 consecutivamente. Disolución del Estado.

De él puede afirmarse que fué uno de los hombres más influyentes de su época y algunas de sus tesis, verdaderamente precursoras del anarquismo, no han perdido actualidad. El fracaso de los varios ensayos de sus teorías, realizados a últimos de la primera mitad del siglo XIX es una cuestión aparte. Pero indudablemente el trabajo del futuro deberá tener en cuenta los incentivos de vocación y agrado que él le atribuyó o la esclavitud no habrá desaparecido.

* * *

En cuanto a Blanç, otro precursor del socialismo, lo mismo que para Fourier, la polilla del sistema social continuó siendo el comerciante. Y en igual sentido el crédito y la educación ocuparon una buena parte de su crítica social. Mas hay un nuevo punto, sumamente interesante en su doctrina que la diferencia y que merece una mención especial.

"El régimen actual, afirmaba, es tan funesto a la burguesía como al proletariado. No es vano que los propietarios industriales se combatan unos a otros y que los comerciantes sean presa de un perpetuo y universal conflicto. La concurrencia conduce al monopolio".

"La burguesía ha establecido su dominación sobre la concurrencia, principio de tiranía. . . bien! es por ella que vemos ahora la burguesía perecer. En este abominable sistema de luchas cotidianas la industria media ha devorado a la pequeña industria. ¡Victoria a lo Pírrro! Puesto que ella es devorada a su vez por la industria en grande. La concurrencia es en este caso para el pueblo entero un sistema de exterminación".

Los efectos de esta concurrencia son analizados por él extensamente. Continuando el hilo de esta premisa sostiene concluyentemente: que los efectos de dicha causa conducen a una mayor y cada vez más intensa actividad. Que cogidos en este engranaje incluso los que producen con pérdidas deben continuar "produciendo, puesto que no quieren perder el valor de sus máquinas, herramientas y materias primas".

Por esta causa y dado el exceso de producción, por efecto de la concurrencia, la desocupación obrera se impone. Siendo mayor la producción de bienes de consumo que la demanda el exceso concluye, sin lugar a dudas, en las crisis periódicas que se registran. Ello da lugar al enfrentamiento de los trabajadores que por vivir reducen sus exigencias al nivel de sus más rudimentarias necesidades. Por esta

causa el maquinismo en vez de ser explotado en beneficio general, se convierte en el instrumento de una aristocracia.

"Una sociedad semejante, concluye, es una permanente gestación de guerra civil. La suerte del Hombre del pueblo, que no puede ni sembrar, ni recoger, ni cazar, ni pescar, ni mendigar, ni dormir sobre . . . empavesado . . . es tal, que es preciso que él se mate o que él los mate".

De esta manera el proletariado y la burguesía sufren, el uno su miseria, la otra la supresión o amenaza constante de sus garantías de existencia. El comercio y la banca restablecerán una nueva feudalidad. La ignorancia es la condición característica obligatoria de millones de personas.

Por ello se impone: "Que una revolución social debe ser tentada. A causa de la iniquidad, miserias y vilezas del orden actual. Por no haber nadie que no tenga interés en la implantación de un nuevo orden social. Por lo que esta revolución si necesaria, es posible, y fácil mismo de llevarla a cabo pacíficamente."

Para él la desigualdad de aptitudes no debe dar lugar a la desigualdad de derechos, sino a la de deberes. Premisa tan excelsamente humana que sólo contadas personas han sabido interpretar fielmente y hacer suya.

Mas habrá de tenerse en cuenta que si bien él ha sido el primero en reivindicar la fórmula de "cada uno producirá según sus facultades y consumirá de acuerdo con sus necesidades", su teoría en este aspecto es vaga e inconcreta. O más valdría decir contradictoria, ya que se halla en contraposición con su doctrina de Estado. Su teoría social es, en efecto, francamente estatista, abogando por un sistema de colectividades realizado a título de ensayo por el Estado que designaría los jefes de las mismas.

De otra parte se concibe mal que tras llegar a dicha situación, o implantación de un régimen basado en tales premisas, implantado por una revolución social, los capitalistas hubieran de continuar subsistiendo. Al menos así se desprende de sus razonamientos, ya que considera que teniendo en cuenta la existencia del capitalismo, el Estado debería iniciar un sistema de competencia contra él a fin de obligarlo a perecer. Es precisamente que considera, por esta causa, que un período de transición se impone, durante el cual su teoría de consumo según las necesidades de cada cual, y producción de acuerdo con las facultades de cada uno, no sería observada.

En definitiva su doctrina de dictadura socialista es más imprecisa que en Fourier, del que incluso adopta algunas ideas de su sistema

falansteriano. Sobre todo en lo que respecta a la implantación de colonias colectivas agrícolas hay una gran conexión entre ambos.

Según él: "Todo hombre tiene derecho a la tierra y debe tener en propiedad el dominio de su existencia. Él toma posesión por el trabajo, y su porción debe estar circunscrita por el derecho de sus iguales. Todos los derechos son puestos en común en una sociedad bien organizada..." Y como guardián de estos derechos y encargado de hacerlos respetar el Estado omnipotente, del que todo el mundo es acreedor.

"Hacer... salir el poder de las entrañas de la sociedad: para que no sea tentado de olvidar su origen". Elegido por el pueblo, los intereses del pueblo o de la sociedad serán los suyos. De esta forma el Estado obra del pueblo verá en ello "un freno a sus pasiones y será una garantía para la libertad."

* * *

Las doctrinas y teorías no cesan de proliferar, aunque la mayor parte de ellas lanzadas un tanto a la ligera y sin profundizar el fondo de las cosas. Con Pecqueur, no obstante, el cuerpo de doctrinas o algunas de ellas, empiezan a tomar una cierta ligazón y concisión. "La libertad económica suponía para él la facultad de aplastar a otro", pura y simplemente. "El dejar hacer, decía, es en el siglo XIX lo mismo que el dejar hacer guerrero del siglo XVIII y del siglo IX: es aun el preludio de una feudalidad; es la agonía de la igualdad, de la libertad, de todos los principios, de todas las promesas de 1789."

Admitía que una transformación social se imponía, pero poniendo sobre ella ciertas prevenciones. Por ejemplo, la de la que debía ser obra de la burguesía y no del esfuerzo común de los trabajadores, ni de la violencia.

Las ideas colectivistas son aceptadas por él, pero bajo el consenso del Estado. "No debe haber, sostenía, en una nación, más que un propietario, que un director, que un capitalista, el Estado representante del pueblo". "El suelo nacional y todos los instrumentos de trabajo, pertenecen a todos, y no pertenecen a nadie. Ellos deben ser regidos, explotados y empleados bajo la suprema dirección de los poderes representativos."

Todas las actividades partiendo de esta premisa deben estar regidas por un órgano central. "La idea más fecunda, decía al respecto, que la ciencia social puede introducir es la de una administración central, intermediaria, necesaria entre el productor y el consumidor,

presidiendo igualmente a la delegación de instrumentos y la distribución de riquezas."

Para Pecqueur los efectos de la concentración industrial, desarrollo del maquinismo, etc., serían factores que entrañarían la miseria y extensión de la clase obrera y de la subsiguiente concentración de capitales. "Todo el que no sea capitalista irá colocándose poco a poco entre los trabajadores proletarios". Hecho que forzosamente habrá de contribuir a "la extensión del pauperismo al lado del aumento de propiedades en menos manos."

Esta concentración de capitales era calificada por él como "feudalismo industrial". Teorías que vendrían a facilitar las tesis de Vidal que en su obra la "Repartition des Richesses" llega a concluir que los "grandes capitales tienden a destruir los pequeños, las grandes manufacturas los pequeños talleres, los grandes comercios a suprimir los pequeños."

Hay aún en su doctrina un punto importante que es preciso reseñar. Por primera vez las teorías internacionalistas son propugnadas. La tierra debería formar una extensa colectividad, con una lengua común para facilitar las relaciones, todo ello como medio de evitar la guerra. La humanidad la consideraba por encima de la patria.

De la misma manera que para Cabet. La sola diferencia en este último reside en el hecho de englobar en dicha acepción todas las clases sociales. Para él es tan censurable la opresión del trabajador como la del capitalista. Todas las revoluciones las considera repudiables sosteniendo que, particularmente, las fracasadas no sirven a otra cosa que para agravar la esclavitud de los vencidos.

No llega a admitir la lucha de clases y confiando en la bondad innata del individuo confía en la de ricos y poderosos como medio transformador. Y en último extremo es la propaganda, la persuasión y la fraternidad.

Su teoría de la sociedad futura se basa en un sistema de comunismo cristiano. La expropiación capitalista podría ser realizada por medio de grandes impuestos progresivos sobre el capital y la herencia. Y todos los capitalistas deberían sumarse a la comunidad.

Esta comunidad se regiría libremente. Se determinarían cada año la suma de productos a fabricar, tras establecer las necesidades del consumo. Y todas las mercancías serían depositadas en almacenes de consumo en los que podría cada cual retirar con arreglo a sus necesidades.

Cabe destacar en su sistema que, pese a la igualdad de todos los miembros de la sociedad, no hay consideraciones en cuanto al

rendimiento: todos deberán producir igual. Sin embargo, Cabet no admite régimen estatal y los funcionarios o burócratas, electos, son revocables.

* * *

De esta confluencia de teorías es posible que nazca la crítica social de Sismondi. Al menos sus teorías aun y redundando sobre el mismo tema se precisan con más claridad. Para él el establecimiento de una nueva sociedad debe partir de la base de la "independencia del individuo".

Los derechos del proletario los concreta en: "una alimentación sana, una vivienda, ropas que lo pongan plenamente al abrigo de la intemperie de las estaciones; una garantía de duración de su bienestar, que no le haga temer cada día por el siguiente; un excedente suficiente para que después de haber satisfecho sus primeras necesidades, pueda sostener aún sus hijos, sus enfermos, sus ancianos; un reposo, en fin, entre sus trabajos, que es requisito para mantener su salud, para dar alguna gracia a su vida, y para permitirle al espíritu que adquiriera alguna cultura".

Las continuas y permanentes vejaciones del proletariado lo enardecen: "la nación o la gran masa de la población, afirmaba, es expuesta a continuas privaciones e inquietudes crueles acerca de su existencia, a todo lo que puede doblegar su voluntad, depravar su moral"... Y ello con el solo fin de sostener en las altas clases "a hombres elevados al más alto grado de felicidad humana, hombres en los que todas las facultades son desarrolladas, que todos sus derechos son garantizados y todos los goces asegurados." Una estampa, en efecto, inmoral e inicua. Por esta causa: "El estado en que entramos hoy es completamente nuevo... un orden social que enfrenta a la lucha a todos los que poseen contra todos los que trabajan".

Para Sismondi, como para Pecqueur y Vidal, el sistema de concentración de capitales es un hecho. Entre la clase obrera y el gran capital "los rangos intermediarios han desaparecido; los pequeños propietarios, los pequeños cortijeros en el campo, los pequeños jefes de taller, las pequeñas manufacturas, los pequeños comerciantes en las ciudades no han podido sostener la concurrencia de los dirigentes de las grandes empresas. No hay lugar en la sociedad más que para el gran capitalista y el hombre rústico, y hemos visto crecer de una manera horrorosa la clase casi inadvertida de antaño, de hombres que no tienen ninguna propiedad".

Y por encima de esto el abuso que significa el salario percibido

por el obrero. Lo mínimo, lo indispensable para "mantener su vida" En tanto que el patrón se apropia "todo lo que el obrero produce por encima del valor de esta vida". De lo que se deduce su tesis de que: "El beneficio de un patrón no es con frecuencia otra cosa que una expropiación del obrero que él emplea; él no gana porque su negocio produce mucho más que cuesta, sino porque él no concede al obrero una compensación suficiente por su trabajo".

La acusación de Sismondi es concluyente: "Hay expropiación, hay robo del rico sobre el pobre, cuando este rico percibe... un ingreso que le permite nadar en la opulencia en tanto que el obrero que ha bañado con su sudor todos los productos de que él se compone, muere de hambre sin poderlos tocar". "Se diría que la sociedad moderna vive a expensas del proletariado, de la parte que ella le arrebató sobre la recompensa de su trabajo". La mejor-valía como él la designará para darle un nombre.

Su crítica del maquinismo, duración del horario del trabajo, trabajo inhumano de mujeres y niños, hecha con profundidad y conocimiento de causa, es soberbia. Niños de ocho años que deben trabajar hasta doce horas por día y a los cuales "sólo puede tenérselos despiertos que a golpes, a causa de la fatiga a la que sucumben". El "crimen diario" de la infancia, "viejos de veinte años". Sacrificios incruentos que hacen vibrar los denuestos y censuras bajo su acerada pluma.

II. CONCEPTO ECONOMICO DEL SOCIALISMO

El maquinismo ha empujado la producción a la super-abundancia y dimanante de ella la competencia. Una competencia que obliga a buscar todos los medios imaginables para reducir los gastos de producción. Y de esta forma, de causa en efecto a la economía. Economía sobre la calidad, economía sobre la mano de obra, economía que tiene por efecto debilitar la salud y la energía de los hombres para asegurar el privilegio de un número reducido.

Economía que tiene por resultado concreto y definitivo "que la potencia del trabajador no sea nunca para él un ingreso preciso y seguro". Y que obra no solo sobre la suerte del trabajador, sino en primer lugar sobre la de la familia y la moral. La corrupción y todas las lacras sociales tienen en ella su origen: "Los niños que no nacen sino por la miseria, no nacen más que para el vicio: la felicidad y la virtud de seres inocentes y sin defensa son así sacrificadas con anticipación por las pasiones del día".

Y ello como resultado de la inequitable distribución de la riqueza. El problema es, por tanto, de una envergadura tal que debe ser considerado como eminentemente social, ya que él afecta los fundamentos morales y materiales de la sociedad. El sistema de producción y distribución debe ser encarado de una forma totalmente diferente a la actual. Pues "no es suficiente que un país tenga los graneros repletos de trigo, (sino) que es preciso que este trigo pueda ser distribuido a los que tienen hambre".

En definitiva "es el gran contrato sobre el que reposa esencialmente la sociedad humana... que es necesario situarlo en sus verdaderas bases, para que aquel que por su trabajo hace vivir la nación entera, no sea privado del derecho a la vida". "El objeto del orden social no es el rico; la riqueza no es deseable en la sociedad sino por el bienestar que ella extiende sobre todas las clases. En tanto que la incrementación del trabajo contribuye a aumentar este bienes-

tar, el trabajo es una bendición nacional; pero, al contrario, cuando no se considera los que lo efectúan, sino solamente los que deben gozar de él, éste puede cambiar en horrorosa calamidad".

Sin embargo, Sismondi no es un reformador en el sentido de haber combatido por el reparto de la propiedad o la socialización de la riqueza. Aunque de todas maneras hay una anticipación en algunos pasajes de sus escritos bien elocuentes. "El proletariado no puede liberarse él mismo sin suprimir sus propias condiciones de existencia. Y no puede suprimir sus propias condiciones de existencia, sin suprimir todas las condiciones de existencia inhumana de la sociedad actual que se condensa en su situación."

La sociedad para Sismondi, debe continuar siendo regida por un órgano supremo. Pero no en el sentido dictatorial o policiaco admitido por algunos de sus predecesores. El considera que el Estado debe ser "instituido para beneficio de todos los hombres que le están sometidos; y debe tender sin cesar a facilitar el beneficio de todos". "El fenómeno, nuevo fenómeno que presentan las grandes naciones opulentas, donde la miseria pública no cesa de aumentar con las riquezas materiales, y donde la clase que produce todo es cada día con más intensidad reducida a no disfrutar de nada", debe ser combatido.

* * *

Como se ve la línea de continuidad no ha cesado de prolongarse. Desde los jacobinos Caber o Sismondi la tendencia de las diversas escuelas socialistas no hacen más que prolongarse en el espacio y el tiempo. Y no solo en lo que respecta a la crítica social, sino en la forma cada vez más concluyente de enfocar los problemas y de restar al Estado autoridad.

Pero a partir de este momento, con Proudhon, la trayectoria parece quebrarse, o cuando menos afirmarse en la incipiente línea antiautoritaria. El socialismo, se precisa, se consolida y adquiere una profundidad y envergadura característica. Al contacto de nuevas circunstancias y un estudio más detenido, las teorías adquieren una nueva orientación.

Pese a sus humildes orígenes consiguió Proudhon elevarse a fuerza de estudio y perseverancia al honroso sitio de los precursores. Incluso, un marxista tan perseverante como Paul Louys debió reconocer que fué: "un des grands écrivains, un des plus subtils polémistes du XIX siècle".

Su crítica del sistema burgués fué en extremo demoledora. La pro-

piedad, para él un robo, es injustificable por ninguno de los argumentos utilizados a su favor, como demostró concluyentemente. "El derecho de propiedad, afirmaba, ha sido el comienzo del mal sobre la tierra, el primer eslabón de esta larga cadena de crímenes y miserias, que el género arrastra desde su nacimiento". "La propiedad es el robo".

Con él, el socialismo entra en una fase nueva, no es solamente de filantropía, de derecho, de justicia o de moral que se trata, es de todo ello y de su estudio y análisis, de deducción en deducción, todo un sistema de teorías científicas y altamente humanas. No es solamente la historia el objeto de su examen, es la economía política. Su crítica, pese a sus conexiones lógicas y naturales, es totalmente diferente de la de Babeuf, Saint-Simon o Sismondi. El "hombre-terror", como era calificado por sus contemporáneos, es el primero que entra a saco en los prejuicios y leyes establecidas, si no el primero en enjuiciar directamente cosas sin superficialidad, con pleno conocimiento de causa.

La libertad viene a ser por primera vez una teoría de combate. La libertad que como la honra, ya había dicho un español insigne, son las dos cosas por las que la vida debe ser ofendida. Todo lo humano y todo lo divino es pasado por su demoleadora criba. La equidad es su verdadera doctrina de combate. La igualdad facultadora de la libertad. En la sociedad nada justifica la erección del privilegio. Ni el genio tiene derecho a reivindicarlo.

En la sociedad todos somos igualmente útiles y necesarios. "La igualdad o la muerte, tal es la ley de la Revolución". El genio, la capacidad, el talento no son sino "palabras funestas que han producido más esclavos que el nombre libertad ha hecho de ciudadanos". El genio no es otra cosa que la imbécil adoración del romanticismo.

Realmente la mayor parte de estos susodichos genios no eran sino lo que continúan siendo, "falsos grandes hombres". Elite incapaz, a cuyo conjuro la libertad fué siempre una hábil medida demagógica, condenada de antemano. Toda institución de una casta de privilegiados era el mal mayor a evitar. Todo régimen instituido bajo esta base sería no más que un baluarte de mediocres y ambiciosos, tiránico y despreciable.

"No caigamos, le decía a Marx con fecha 17 de mayo de 1846, en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, el cual, después de haber refutado los dogmas de la teología católica, procedió, con celo incrementado y gran lujo de interdictos y juicios condenatorios, a dar vida a una teología protestante. Desde hace tres siglos,

Alemania está ocupada en eliminar esta nueva investidura aplicada por Lutero al viejo edificio. No debemos colocar a los hombres, mediante nuevas confusiones y un disfraz de los viejos fundamentos, ante una nueva tarea. De corazón celebro su idea de dar expresión a todas las opiniones del día. Tratemos de hacerlo en la forma de una explicación amistosa; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y clarividente; y no tratemos, por el hecho de hallarnos a la cabeza de un movimiento, de convertirnos en caudillos de una nueva intolerancia. No hemos de hacernos pasar por apóstoles de una nueva religión, ni siquiera de la religión de la lógica y la razón. Recibamos y estimulemos toda protesta; estigmaticemos todo exclusivismo, todo misticismo. No consideremos jamás agotada una cuestión; y, después de haber gastado nuestro último argumento, empecemos de nuevo si fuese necesario con elocuencia e ironía".

La Revolución no debe solamente atacar esta o la otra institución, sino al mismo tiempo y de forma preferente resolver el de la producción. En su crítica de la Revolución Francesa, respecto al problema del feudalismo y de la organización económica de la sociedad, afirma: "la Revolución no llevó a cabo sino difícilmente la primera; la otra ha sido completamente olvidada. De ahí esta especie de imposibilidad de vivir que trabaja la sociedad francesa desde hace sesenta años".

El Estado, gran iniquidad de los tiempos modernos, lo consideraba de esencia y por "naturaleza inmovilista, conservador, refractario a toda iniciativa, digamos mismo contra-revolucionario". "La abolición de la explotación del hombre por el hombre y la abolición del gobierno del hombre por el hombre son un solo y mismo punto". "La sociedad es contraria a "toda idea de jerarquía".

Solo en tanto que libre de explotadores y opresores la humanidad hallará su senda de salud. La sociedad del porvenir compuesta de hombres "humanos y laboriosos, más bellos y más libres, que nunca fueron los griegos, sin nobles y sin esclavos, sin magistrados y sin sacerdotes, formarán, todos unidos, sobre la tierra cultivada, una familia de héroes, de sabios y de artistas". Una sociedad en la que el acuerdo o contrato libremente aceptado entre iguales sea una forma de relación.

Una sociedad sin dios, al que considera el mal como el Estado, y sin propiedad que es el robo. En él se encarna la tendencia social cuya finalidad se centra en la libertad e igualdad de los hombres, y, por lo tanto, en su verdadera felicidad. Todo lo que atente a la

libertad del individuo es nocivo y contraproducente para el individuo y por reflejo o conexión a la sociedad.

En Proudhon se concretizan no solo las teorías de sus predecesores, sino que ellas adquieren nuevos matices, más madurez y una verdadera tendencia socialista por su característica antiestatal. Una gráfica del movimiento socialista debería partir de la Revolución Francesa, pasar por las diversas escuelas que hemos señalado desde Babeuf a Sismondí, quebrarse en Proudhon y de éste prolongarse hasta Marx, la Internacional y diversas figuras que en ella se destacan o a su conjuro.

De todas formas habrá de tenerse en cuenta un extremo, sin el cual la gráfica sería falsa. Tanto la Internacional como las figuras a que hacemos referencia prolongan el trazado de la gráfica al enriquecer con nuevas aportaciones las teorías de Proudhon. En tanto que en Marx el caso se da a la inversa, pues si bien llega al campo del socialismo por influencia directa de Proudhon, pronto, por circunstancia que después estudiaremos, dicha influencia se neutraliza invirtiéndose la línea.

Es por ello que en Marx las tendencias y amor a la libertad de Proudhon y sus discípulos no hallan el menor eco. Al contrario, su fuente de nutrición es la del más puro totalitarismo, y sus teorías un perfecto embrollo por lo que algunos lo han considerado más que socialista, estatista como los elementos precedentes a Proudhon. Y, por tanto, todo menos socialista o comunista.

* * *

Realmente después de recibir la influencia de Proudhon, Marx se retrotrae a las ideas de las figuras que hemos mencionado al principio de este estudio. Todas sus teorías no son otra cosa que un calco de ellas, más que acusado, por lo que hemos creído conveniente exponer aquéllas, aunque someramente, a fin de facilitar la confrontación del lector.

La anuencia dada a las doctrinas de Marx es más que indebida, siendo en todo caso a otros que merece el mérito de haberlas establecido. En general las teorías marxistas son bastante reducidas y mal conocidas. Y más aún que ellas su amplia obra. Pocos son entre sus seguidores los que conocen con profundidad unas y otra. Y los que no se encuentran en este caso, han tenido gran interés en silenciar la verdad a fin y objeto de asegurar sus propios privilegios.

El tono ditirámico con que ellas han sido ensalzadas, cuando no

mala fe han patentizado la más supina ignorancia. Entre los exégetas y apologistas de Marx, no ha faltado quien considerara, en razón de su "estabilidad (?)", las leyes formuladas por el mismo, equiparables a las de Newton y Képler". Su colaborador Engels estimó que, somos deudores a Marx de "dos grandes descubrimientos: la plusvalía y el histórico-materialista".

Otros han afirmado que: "Marx ha sido para la sociología lo que Darwin y Lamarck para la biología y Newton, Képler, Galileo y Copérnico en astronomía". E incluso Plekhanoff sostenía que: "los primeros pasos del socialismo científico (son derivados) de los menores gestos y hechos de la juventud de Marx y Engels". Diverge un tanto, sin embargo, de estos empalagosos elogios, la autorizada opinión de Wibrandt. "La teoría del materialismo histórico queda sin desarrollar. El más importante de los descubrimientos del "maestro" tiene que contentarse con un par de líneas", afirma el biógrafo que prologó "El Capital".

Ateniéndonos al estentóreo elogio de Plekhanoff, sabemos que Marx nació el 5 de mayo de 1818, en la renana ciudad de Tréveris. Su padre, abogado judío, convertido al cristianismo seis años más tarde, era, según Wibrandt, y silenciado por el resto, un patriota conservador, buen amante de Prusia y monárquico. Su madre, de nacionalidad holandesa, "sencilla y como el padre blandamente amorosa", estaba emparentada con aristócratas oriundos de Escocia de la casa de Westfalia. Emparentada a doble título, ya que su hijo contraería matrimonio en 1843 con Jenny, hija del barón de dicho título.

La infancia de Marx transcurrió en un clima burgués por la fuerza de las cosas y los hábitos, y aristócrata sin efectivo y sin blasones, en la intimidad de la conciencia. Infancia sin sobresaltos, ni graves penurias. Blanda y anodina. Pero acosada por los imperativos categóricos de un grupo social estancado, cuya finalidad se concretaría en el problema agobiante de sostener una posición y boato, imposibles de mantener. De espaldas al pueblo, en actitud despectiva y a veces insultante. Nunca comprensiva. Y menos para el socialismo, en germen. No sería otra la actitud de Marx, durante su larga vida.

La juventud de Marx, es una mera prolongación de su infancia; intercalada de algunos sobresaltos, más que nada económicos, aunque sin consecuencias. En 1836 pasa a Bonn a cursar la carrera de jurisprudencia; asociándose un año más tarde a un círculo de libre discusión. En 1838 muere su padre; y tres años después la Univer-

alidad de Jena le reconoce el grado de doctor en filosofía. Su más grande ambición del momento hallábase satisfecha. Cumple Marx veintitrés años, ignorando el socialismo. Su única obsesión es la filosofía y la crítica de cuantos trabajos le caen en las manos. Evidente demostración de su soberbia, no de su falta de tolerancia como se ha querido paliar. Nada más lejos del socialismo que su actitud que incluso, como se sabe, le granjeó la enemistad del propio Engels.

En 1842 inicia su labor periodística en la "Gaceta del Rhin", de Colonia. Un medio de subvenir a las necesidades de su hogar en perspectiva, y de momento su sola renta. Pero esa labor es de corta duración, ya que el periódico es suprimido en 1843 por la censura. Meses después, y tras su casamiento con Jenny de Westfalia, marcha a París, remediado con las sumas que la burguesía renana le proporciona. En Francia colabora con Arnold Ruge en la publicación de los "Anales franco-alemanes", fracasando en dicha labor. La capital del país galo, con Proudhon, atrae al de Tréveris a la tendencia socialista, en cuyas teorías había sido iniciado por Hess y Stein. Proudhon acaba por conquistarlo.

No significa, sin embargo, esto una afirmación de que Marx haya sido conquistado para el socialismo, sería ingenuo admitir lo que la evidencia niega. La obra de Marx sobre todo su correspondencia está ahí para demostrarlo. Plenamente queda en su carta a Proudhon y en la clarividente respuesta de éste más arriba mencionado. Con veinte años de antelación, el autor de "¿Qué es la propiedad?", había aquilatado en su esencia y limitación los verdaderos pensamientos e ideas del autor de "El Capital".

De París pasa Marx desterrado a Bruselas, donde reside tres años. Es la época romántica del comunismo en este país, como en Francia lo es del socialismo y comunismo. Asímila en uno y otro sitio los principios elementales de ambas doctrinas, y en un viaje a Inglaterra se inicia, en compañía de Engels, en el estudio de la economía política.

En 1848, vuelve a Alemania, Marx, para colaborar en la "Nueva Gaceta del Rhin". Un año después, es expulsado, decretándose la suspensión del rotativo. Vuelve a París y de allí marcha a Londres. El providencial apoyo de Engels le ayudará a capear el temporal. No es difícil suponer cuál hubiera sido la suerte del primero sin este sostén. Sin el apoyo material de Engels, y sus traducciones al inglés de las colaboraciones de Marx para un periódico americano,

la existencia del último hubiera sido más difícil. ¿Dónde hallar, pues, los gestos y hechos que pondera Plejhanoff?

Más difícil es, sin embargo, imaginar qué lazos pudieran unir a dos hombres, como Marx y Engels, de capacidad, temperamento y visión tan diferentes. En efecto, al contrario de la del primero la infancia de Engels se desarrolló en los medios proletarios, en extremo católicos del valle de Wupperthal. Dos años más joven que su amigo Carlos, Federico era hijo de un fabricante de Barm.

Un buen período de su juventud transcurre en Bremen, donde se traslada en 1837 y donde es iniciado en la literatura de avanzada, empezando a escribir. Sin embargo, su iniciación socialista, como la de Marx, no se opera aún. En 1842 se traslada a Manchester (Inglaterra), donde su padre era socio de una fábrica de hilaturas donde más tarde por herencia será co-propietario.

Su estrecho contacto con los trabajadores, pese a todo, le creó unos conocimientos y perspectivas, de los que Marx, por su alejamiento de tal ambiente, careció. No puede esto, de ninguna manera, eximir a Marx de su proceder. Y Engels, por otra parte, entra en la categoría de aquellos a los que la doctrina socialista censura. Su papel de patrón lo sitúa en el plano de quienes por cualesquiera medios han llegado a apoderarse y usufructuar los instrumentos de trabajo y materiales de producción. La "plus-valía" facilitó el buen vivir de Marx y Engels. O, como remedando a Proudhon, podríamos decir: el robo, conocido con el nombre de propiedad.

La conversión o influenciamiento de Engels por Marx, data de 1844, ya que anteriormente, como hemos dicho, fué su enemigo. Socialistas, en el sentido estricto de la palabra, no lo fueron nunca, como lo demuestra su papel en la primera Internacional.

El marxismo, como justificadamente se ha dicho, es una nueva religión con todos sus ornatos y limitaciones. Marx llegó al socialismo por caminos opuestos a los que sus principios determinan. Y en ellos perseveró, con un bagaje de prejuicios arcaicos que lo incapacitaron para elevarse por encima del nivel humanista de sus contemporáneos. Si Marx se siente influenciado por Proudhon, la patente realidad es que su mayor influencia le viene de Hegel.

Todo en Marx es absoluto. Desde sus principios y teorías hasta su forma de combatir. La obra de Marx es un cúmulo de divagaciones como su propia vida. Marx empieza sentando plaza de socialista a causa de las influencias reseñadas. Más tarde se considera comunista a raíz de su estancia en Bruselas. Y, finalmente, cronista bajo la influencia de Roberto Tompson y el grupo inglés.

Para terminar por declararse socialista parlamentario o social-demócrata, en lo que se mantuvo hasta la muerte.

Su célebre manifiesto comunista data de su segunda época. Y más que en ningún otro sus teorías totalitarias quedan en él ampliamente expuestas. Nada más contrario a los intereses de la clase obrera y a la esencia del comunismo que dicho manifiesto. Tan loado documento no es más que la ratificación de la tendencia hegeliana de Estado.

Lo esencial del mismo se concretiza en propugnar: La abolición de la herencia. En la imposición de fuertes impuestos progresivos a la propiedad. Confiscación de la propiedad de emigrados y rebeldes. Centralización del crédito en manos del Estado, por medio de una banca social bajo su dependencia. Centralización estatal de los medios de transporte. Multiplicación de las manufacturas nacionales. Trabajo obligatorio. Combinar los trabajos industrial y agrícola. Adopción de medios o medidas tendientes a hacer desaparecer, gradualmente, las distinciones entre la villa y la campaña. Educación pública gratuita.

El cuerpo doctrinal del marxismo lo componen tres teorías superpuestas, esenciales y complementarias. Materialismo histórico, plusvalía y determinismo histórico. A más de la dialéctica, que ha de considerarse como un método más que como una teoría.

De todas formas será preciso tener en cuenta que la dialéctica es la base fundamental de indagación del marxismo. Y que incluso es la que más valor ha llegado a alcanzar entre sus discípulos, al punto que es el elemento fundamental de lo que ellos admiten por científico en la doctrina.

La doctrina de Marx, según Stalin, es dialéctica por su modo de abordar, estudiar y concebir los fenómenos de la naturaleza y materialista por su forma de interpretarlos y enfocarlos. Es esta última cualidad, afirma, la que la hace diferir de Hegel y Feuerbach, a los que Marx se remite continuamente al tratar de caracterizar su método. Es decir que la dialéctica de los primeros difiere de la del segundo por involucreción de términos. El método dialéctico entre ellos es teóricamente semejante; la divergencia nace con la tesis. Las antítesis del uno son las tesis de los otros. La síntesis, por esta causa, es forzoso que sea contrapuesta. El orden invertido de la base que sirve de sustentación a dichas dialécticas ofrece, en este caso, una variante radical de conclusiones.

Así es, aunque el mismo Marx afirme, que su "método dialéctico,

no sólo es en su base distinto del Método de Hegel, sino que es directamente su reverso".

No hay más que tener en cuenta que, según Stalin, Hegel fué "el filósofo que formuló los rasgos fundamentales de la dialéctica". Y Feuerbach: "El filósofo que restauró los derechos del Materialismo". La "genialidad de Marx, concluye, estriba en que supo apropiarse la "médula racional" de las dos primeras dialécticas hasta convertirlas en la "teoría científico-filosófica del materialismo".

La opinión de Stalin, desde luego, no deja de ser curiosa, pues a renglón seguido pasa a contradecirse afirmando que: "la palabra dialéctica viene del griego "dialego", que quiere decir diálogo o polémica. Los antiguos entendían por dialéctica el arte de descubrir la verdad poniendo de manifiesto las contradicciones implícitas en la argumentación del adversario y superando estas contradicciones". Lo que realmente es justo. La dialéctica es anterior a Hegel. Y, sin lugar a dudas, no es éste sino los antiguos los "formuladores" de los "rasgos fundamentales de la dialéctica".

El único filósofo considerado "genio", en toda la amplitud del término, fué Sócrates, cuya capacidad intelectual le permitía sostener cualquier tesis e impugnar las de sus adversarios.

El poder de la dialéctica no estriba en la forma de plantear las tesis o la base de partida en una controversia, sino en la capacidad intelectual del que las defiende. Es un sofisma indiscutible querer conceder a la dialéctica de Marx, influenciada por Hegel y Feuerbach, en razón de su divergencia de tesis la categoría de científica.

La ciencia nace y se desarrolla siguiendo el método inductivo y la experimentación, no la dialéctica. No importa qué hombre de ciencia, en sus trabajos repudiará el uso dialéctico ante la honesta investigación. La ciencia, como el progreso, avanza por medio de ensayos y confrontaciones, no a consecuencia de metafísicas lucubraciones dialécticas. En el terreno de las investigaciones históricas y sociales la dialéctica tiene forzosamente que enfrentarse a semejantes imponderables. Los hechos, actos y acciones de los hombres o los pueblos han de ser auscultados por procedimientos científicos de investigación, no metafísicos de la dialéctica. Abordados por la segunda no pueden ofrecer más alternativas que las del sofisma y el error. Pues es bien sabido que la verdad es un conglomerado relativo en la que el conocimiento, los intereses y la ocasión, entre otros tantos factores, moldean su esencia.

Es por ello que la tesis materialista, como el resto, ha de ser sofista por fuerza. La teoría materialista que, según Wilbrandt queda sin

desarrollar, parte del principio de que: "No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, es al revés su existencia la que determina su conciencia". De lo que se desprende que las formas de producción son las que determinan la estructura y desarrollo moral, económico e intelectual de la sociedad. La lucha de clases es, asimismo, uno de sus resultados.

De ella se deduce que la sociedad no se transformará porque una idea es justa, el socialismo, por ejemplo, lo exige o lo plantea. Sino a causa de que las formas de producción capitalista contienen en sí el germen renovador. Hecho del que viene a nacer una nueva teoría que es la del determinismo histórico.

Pero se da la particularidad de que la existencia o formas de producción no son las solas que influyen en la conciencia de un individuo, sino un cúmulo de factores. El hecho de Espartaco, entre tantos otros, lo demuestra cumplidamente. Y, más próximos a nosotros, todos los ajusticiados por Stalin, antes por Lenin y después por sus herederos, como todos los actos dimanantes de la Revolución rusa, nos garantizan lo falso de dichas doctrinas. Ni la Revolución se operó en Rusia a causa de la ley de concentración de capitales. Ni mucho menos la conciencia de los individuos se ha visto allí influenciada por las realizaciones posteriores del régimen, pues, los espías y traidores después de cuarenta años de reinado, no han dejado de pulular.

III. EL MANIFIESTO Y LA DIALÉCTICA COMUNISTA

Si la Unión Soviética es el país del socialismo, la conciencia de los hombres debiera haber sido transformada en este sentido, dando lugar a la germinación del "hombre nuevo". Pero esto no es cierto. Luego la "realidad social" no tiene ningún poder generativo de la conciencia. Esto es un sofisma más.

La existencia no puede por sí sola determinar la conciencia. Tanto una como otra son dictaminadas y determinadas por un sinnúmero de causas totalmente divergentes y sin correlación. Como divergentes son los casos individual o particular de cada quisque.

La materia no es causa genérica o privativa de ninguna acción histórica o social. Abordar, estudiar o concebir cualquier acción desde un plano dialéctico o interpretarlas y enfocarlas desde un punto de vista materialista a ley fija, no puede dar por resultado más que una conclusión metafísica.

Conclusión que invade las teorías de Marx sirviendo de nodriza al más bárbaro engendro de los tiempos modernos: la dictadura del proletariado. El Estado divinizado, elevado como dique a la más sublime aspiración de socialización y comunalización de la riqueza. El más descarado enemigo de la clase trabajadora a la que sojuzga y expolia.

* * *

Las leyes dimanantes de la dialéctica marxista son metafísicas. La ley de concentración de capitales y la "expropiación del gran número de los capitalistas por la minoría", actúa de forma inversa. La ley de concentración de capitales es un mito. Los capitalistas se han multiplicado. Como las clases. Nadie podrá afirmar de forma precisa, los límites concretos de la capitalista y la proletaria. Como no existe (otra predicción), hablando en términos generales, una neta conciencia de clase, ni una mayor pauperación de la obrera.

Partiendo de una base falsa, los resultados de dicha doctrina no podían por menos de concordar en términos negativos. Quedan como pruebas irrefutables de esta aseveración para demostrarlo, los ensayos realizados por el marxismo en Austria, en Alemania, Países Escandinavos e Inglaterra, por no hablar de España.

No hay leyes fijas que puedan regir los destinos de los hombres. La predestinación en un plano de vida real y positiva en un cuento de nigromantes. El dinamismo de los hechos históricos es mucho más amplio y complejo. Los hombres no pueden ser comprendidos en un estudio colectivo en tanto que voluntades determinadas y concretas, por homogeneización. Los hombres son entidades heterogéneas.

La sola teoría aceptable es la einsteniana: todo es relativo. Querer catalogar los hombres por normas fijas es caer en el absolutismo; en la dictadura. Sólo ella puede albergar la pretensión de la homogeneidad. La variedad es una teoría contraria a su esencia. Nada puede existir sin su consentimiento y al margen de su monolítico espíritu. Todo acto, palabra o acción debe ser dictaminado y regido con arreglo a sus particulares intereses. Y toda omisión estar controlada por su rígido sistema policial. La omisión debe ser o supone la muerte del ejecutor, mismo dictaminada por ella, pues, lo contrario equivaldría a un propio suicidio.

Para su estudio hay que concebir los hombres, en tanto que realidades abstractas. La personalidad concreta puede ser individual no colectiva. Como los principios éticos. Lo bueno y lo malo son abstracciones. La ley de las equivalencias un sofisma. Como la de las interpretaciones. Cada país, cada clase (admitiendo ésta en sentido peyorativo), cada individuo tiene una noción diferente de ellas. Al hombre hay que aceptarlo tal cual es y no tal y como nuestro deseo o fantasía deseara forjarlo. Esta es la única verdad eterna.

La diversidad de los sistemas filosóficos, es la prueba concluyente. El mayor error de Marx nace de su incapacidad de reconocer que las verdades de hoy son sofismas del mañana. Que las "verdades" cambian con los hombres, con los pueblos y con el tiempo. Es decir, con las condiciones y capacidad de cada cual, de cada sitio y de cada hora.

La doctrina marxista deriva de su base conceptiva, tanto como de sus medios. Tácticas, principios y finalidades divergen entre sí, de forma concluyente. El materialismo puede ser aceptado, convergiendo con los medios y teniendo en cuenta el resto de factores que lo acompañan, no enfrentando a ellos. Las tácticas divergiendo de principios y finalidades forzosamente han de abortar un monstruo. No

se puede buscar la libertad adoptando métodos opresivos. La libertad, según Lenin, es un prejuicio pequeño burgués. Y la consolidación de la maquinaria estatal, única preocupación y finalidad del marxismo, es contraria a la teoría materialista. El materialismo repudia la autoridad.

* * *

Otra de las teorías imputadas a Marx es la de la plus-valía. La plus-valía para Marx es el "sobrevalor" o aumento de valor de una mercancía logrado por su poseedor. O en términos más concretos: el enriquecimiento de la burguesía operado en razón del trabajo no pagado al obrero.

Indiscutiblemente la calificación no puede variar la paternidad de una obra. Pero, sin embargo, es lo que tanto Marx como sus acólitos han decidido hacer. La plus-valía para Adam Smith era el "producto neto". Y su amigo Turgot, sin precisar nombre decía ya antes que él, que el simple obrero que no tiene más que sus brazos y sus piernas, "no tiene nada hasta que no vende a otro su dolor. Él lo vende más o menos caro; pero este precio más o menos alto no depende de él solo: él resulta del acuerdo que él hace con aquél que compra su trabajo. Éste le paga lo menos caro que puede; y como puede escoger entre un gran número de obreros, prefiere aquel que trabaje más barato... En todo género de trabajo, debe producirse y se produce que el salario del obrero se sujete a lo necesario para procurarle su subsistencia". Aunque bien es verdad que la teoría del primero está avalada, documental y técnicamente, de forma más diáfana y explícita. Pero no sólo que Turgot, sino que el propio Marx.

Sismondi, ya lo hemos dicho más arriba, calificaba el "excedente apropiado por el capitalista" como "mejor-valía". En tanto que William Thompson, que es el padre del calificativo, o del que se supone que Marx lo recogió, afirmaba que "la riqueza es creada por el trabajador" (y que) "bajo la forma de beneficio (del capitalista) se le arrebató al productor su "surplus". Proudhon en igual sentido, pero más práctico y categórico sostenía que: "el principio de que todo trabajo debe dejar un excedente no es otra cosa que la consagración del derecho constitucional que hemos conquistado en la revolución del robar al prójimo."

Los célebres descubrimientos de Marx son un verdadero plagio. Puede que los "eximios discípulos de Marx, diputados, senadores, presidentes de república y dictadores desconozcan la obra de los autores mencionados". Sabemos, sin embargo, que ella era conocida

de Marx que con tanta fruición favoreció el equívoco. La ingente tarea del descubrimiento de dichas doctrinas (en los escritos de los citados autores), no debió significar para él ningún arduo esfuerzo.

De otra parte, los movimientos mecánicos de esta ley, o teoría del despojo sufrido por el trabajador, eran conocidos del más lerdo. Paradójico resulta que los partidarios del "socialismo científico", lo ignoren. Una de las causas fundamentales de las enconadas luchas del esclavo, del siervo o del trabajador, fué siempre el humano deseo de liberarse de la explotación de sus victimarios. Mal podría lucharse contra los desafueros de los explotadores, careciendo de la conciencia de este explotio o considerándolo justo.

Antes de que Marx pensara siquiera que el origen del valor de una mercancía es el trabajo, muchos otros lo habían comprendido mejor que él, añadiendo incluso que este valor se acrecentaba con el valor de uso o escasez de los productos. Aunque, realmente, se siempre al primero al que viene el mérito. Es indudable que para adquirir un valor el capitalista compra al obrero su fuerza de trabajo. Pero dada la situación de uno y otro el capitalista bien sea por el aumento de las horas de trabajo, sin compensación de pago de las mismas, o por reducción del salario a lo estrictamente necesario para vivir, se apropia el resto.

Al igual que la tesis de que la plus-valía a causa de su constante acumulación enriquece cada vez más al capitalista. Hecho que junto a la concurrencia y progreso industrial hace que los patronos tienden a disminuir en tanto los monopolios a aumentar. Dando por resultado que el pequeño comercio e industria es englutida por la grande.

De lo que se deriva una concentración del capital cada vez en proporciones más reducidas, o sea en manos de un menor número de privilegiados. Y en sentido inverso un proletariado cada vez más numeroso y más mísero.

En esta alternativa el capitalismo produce por generación espontánea e inmanente el germen de su destrucción. Por lo que si éste fuera el proceso económico del capital la Revolución sería el punto final de un proceso acumulativo.

Se desprende, por tanto de todo ello que la Revolución es totalmente independiente de la voluntad humana. Ella será el inevitable resultado que se desprende de la forma de la producción y la fuerza de las cosas.

Esta teoría es la conclusión de la adopción en el plano económico y social del sistema de Hegel. Tesis, para evolución del capitalismo, antítesis crecimiento del proletariado en número y miseria, y sín-

tesis el socialismo. El logaritmo algebraico era concluyente. Sólo que las conclusiones han fallado y por tanto todo el planteamiento.

Sin embargo lo que no ha fallado es el resultado operado. Es decir el resultado previsto por la tendencia libertaria del campo social. Acosada por esas diversas causas la apatía del proletariado se ha acelerado. Y en todo ello los acólitos marxistas han hallado un estimulante a sus apetitos, saliendo del paso ante las patentes contradicciones a que se han enfrentado del brazo de la burguesía, guillotinando los elementos más revolucionarios o declarando al pueblo incapaz de hallar una solución viable al problema.

* * *

La obra de Marx es absurda, pesada y contradictoria. No hay más que succionar el siguiente extracto: "Las primeras tentativas que hizo el proletariado en un tiempo de sobresaltos generales, en el tiempo en que se volcaba el régimen feudal para hacer prevalecer el propio interés de clase, fracasaron. Y ellas fracasaron porque el proletariado mismo no había alcanzado aún sino un desarrollo rudimentario, y puesto que le faltaban las condiciones materiales de su emancipación, las cuales son precisamente un producto de la época burguesa. La literatura revolucionaria que acompaña los primeros movimientos del proletariado es de esencia reaccionaria necesariamente."

Y es natural que así sea, ya que Marx parece haberse obstinado en hacer un cuerpo de doctrina de las teorías de los diversos pensadores de la época, más o menos amañadas. Ya hemos visto el origen de la plus-valía y lo mismo en cuanto al determinismo económico por los extractos más arriba señalados de Fourier o Saint-Simon. Etc. A más de tantos otros mencionados como Lasalle, Say, Teodoro Huxter, Destutt de Tracy, Holbach y Helvetius.

O Lamennais, que a justo título debíamos haber mencionado junto a Sismondi, por ser también uno de los que han hecho referencia a la plus-valía. "El trabajo, decía, sólo de origen honrado, no da derecho sino a la porción que el ocupante puede explotar por sí mismo, el superplus es sólo una usurpación". Fue indiscutiblemente uno de los primeros que vinieron a hablar de la lucha de clases que hacía ya remontar al imperio romano, a la caída de los Decenviros e institución del Triunvirato.

Y no sólo las teorías, sino que incluso algunos pasajes y hasta capítulos enteros de las obras de Marx parecen haber sido recogidos

de todos estos pensadores. En conclusión y ateniéndonos sólo a las doctrinas es más que indudable, como los hechos lo demuestran, que ellas fueron recogidas a derecha e izquierda y lanzadas a la circulación como fruto propio. Aunque de todas formas, como hemos dicho, esto podría tener poca importancia fuera de la constatación del plagio, si éstas hubieran tenido la validez que se les prestaba. Pero el hecho no ha sido así.

Queda, de todas maneras, una de las teorías de Marx que hemos dejado para último término ya que ella nos ocupará más amplio lugar: La de la dictadura del proletariado.

Según Marx y Engels. "Los comunistas no tienen intereses que los separen del conjunto del proletariado. Ellos no proclaman principios distintos por medio de los cuales quisieran modelar el movimiento obrero... Prácticamente ellos son la fracción más resuelta de los partidos obreros de todos los países, la fracción que arrastra todas las otras; teóricamente tienen sobre el resto del proletariado la particularidad de una clara inteligencia de las condiciones, de la marcha y de los fines del movimiento proletario..."

Verdaderamente Marx continuaba soñando con la generación espontánea del comportamiento y la capacidad del individuo. Cosa que carecería de importancia de no habernos abocado a la triste situación actual del proletariado. Es cómico, de todas formas, constatar esta opinión de Marx, con el grueso de sus partidarios que en el movimiento obrero actual son precisamente la fuerza más ignara e ignorante.

Pero sigamos el hilo de Marx que nos lleve a la exposición neta de su teoría acerca de la organización social de la sociedad socialista: "Entre la sociedad socialista, decía, y la sociedad comunista se sitúa el período de transformación revolucionaria de la primera en la segunda. Al cual corresponde un período de transición política en el que el Estado no podrá ser otra cosa que la *dictadura del proletariado*."

Esta teoría ampliamente rebatida en la época en consideración que ella sería el factor determinante de la nueva esclavización del proletariado, más implacable y feroz que ninguna de las precedentes, es la que ha dado lugar a la implantación en la U. R. S. S. de un nuevo sistema. Cabe, en este caso, estudiar la tendencia de la misma y sus resultados a fin de fallar definitivamente si es que el marxismo puede ser clasificado como cuerpo de doctrina social, y si a pesar de dichas doctrinas no ser de su paternidad, los resultados merecen el reconocimiento de la humanidad avanzada.

De todas formas, para más amplia documentación sobre la doctrina dictatorial de Marx, el lector puede hallar al principio de este estudio el material necesario ya que el verdadero padre del engendro más que el autor de "El Capital" fué Babeuf. Es por ello que sobre el particular hemos sido lacónicos, ya que precedentemente habíamos sido lo suficiente prolifjos.

* * *

Con el materialismo histórico, decía Engels, "estaba abierto el camino que debía conducirnos a la explicación de *la manera de pensar de los hombres* de una época dada *por su manera de vivir*, en lugar de querer explicarla, como se había hecho hasta entonces, *su manera de vivir por su manera de pensar*."

Idea que contrasta con su tesis de que "Los hombres hacen su historia persiguiendo sus fines propios conscientemente deseados". Y tanto más con la de Engels cuando sostenía que: "los hombres hacen la historia por medio de las condiciones que han hallado hechas, en condiciones dadas y tradiciones heredadas". Pero todos estos altibajos y contradicciones no son sino una imagen de dichas doctrinas en general."

Pasemos esto por alto y volvamos acerca de la tesis de Engels sobre la forma de vivir y *la conciencia de los hombres*. Que viene a significar que es el modo de producción el generador de la conciencia de los hombres y de la infraestructura, por tanto, de las clases sociales. Determinante de la conciencia de los individuos, como de las formas de moral, religión, ideas, familia, relación, Poder, etc. En una palabra, de la infraestructura y superestructura de la sociedad.

Y ello debido a que como decía Marx: "A un cierto grado de su desarrollo, las fuerzas productivas de la sociedad entran en contradicción con las formas de producción existentes o en términos jurídicos con las formas de propiedad..." Por lo que estas formas de propiedad convertidas en obstáculo de la expansión de las fuerzas productivas facilitan la eclosión "de una época de revolución social". De la que se desprende: "la caída de la burguesía y la (inevitable) victoria del proletariado."

Puesto que como decía el francés Vidal antes de que Marx tuviera noción de lo que era el socialismo: "Quién nada espera ni nada teme; quien no puede vivir sino trabajando, sueña morir con las armas en la mano, abogando un odio implacable, se hace conspirador, recluta auxiliares y no espera más que una ocasión para aplacar su sed de

venganza. El exceso de sufrimientos hace al hombre feroz y lo empuja a la rabia; y cuando los que sufren son una mayoría, la revuelta es siempre inminente.”

Esta inminencia de la revolución fué también un sueño de Marx. Un sueño del que no tardó en despertar al perder las riendas de la primera Internacional contraria a todo sistema coercitivo y a toda imposición. A partir de este momento (Congreso de Saint Imier), Marx hubo de concentrar sus esfuerzos a la creación de Partidos políticos bajo su obediencia y dictado, muriendo en 1883, antes de haber visto su obra consolidada. Pero no tanto como para poder asistir al desmembramiento del movimiento obrero minado por las divergencias doctrinales. Y particularmente por las maniobras de todos sus acólitos.

Que no tardarían en hallar una compensación a su funesto proceder, recompensados por la burguesía por la concesión de algunos puestos parlamentarios, ministeriales y hasta incluso de Presidencias de República. Su labor en estos puestos, funesta como había sido prevista por el ala antiautoritaria del socialismo, no hizo más que prolongar la inicua situación del proletariado, ya que a tenor de la defensa de los privilegios obtenidos no fueron pocas las ocasiones en que trataron de someter a sus respectivos pueblos con métodos más implacables aún que los utilizados precedentemente por la propia burguesía.

Todos los esfuerzos realizados en vista de una conjunción de fuerzas, que permitiera la abolición del sistema de explotación capitalista fueron vanos. Precisamente los enemigos más declarados de toda innovación o ensayo revolucionario fueron los propios discípulos de Marx. Su jerga revolucionaria no pasó nunca de pura demagogia sin efectos positivos, que con el paso del tiempo se fué perdiendo paulatinamente.

Incluso la tendencia bolchevique, la aparentemente más radical tendencia marxista, no fué nunca revolucionaria, sino simplemente conspirativa. Llevándola al poder no una revolución, que fué traicionada por ellos, sino un simple y maquiavélico golpe de Estado.

La revolución rusa es la más completa negación, por otra parte, de las teorías marxistas. El determinismo económico y menos el materialismo histórico no jugaron en ella el menor papel. No sólo la concentración capitalista y extrema miseria no se habían operado, sino que el capitalismo era casi inexistente. Y, por tanto, la conciencia de clase no debía existir, como tampoco la conciencia, producto de las formas de producción.

La situación económica en la Rusia de 1917 era semi-feudal. Podría como máximo por esta causa, siguiendo las apreciaciones de Marx, considerarse que se vivía en ella el tiempo calificado por él de sobresaltos generales, en el que el desarrollo del proletariado es rudimentario, y carente por ello de las condiciones materiales de su emancipación. E incluso calificarse de esencia reaccionaria la literatura de sus discípulos, por la misma causa. Lo que no fué ello óbice para que los bolcheviques procuraran, y consiguieran, llevar las aguas a su molino.

* * *

Los hechos y resultados de la imposición de la tan decantada dictadura del proletariado pueden hoy ser enjuiciados en su justo y exacto valor. Ha pasado ya el tiempo suficiente para que el ensayo haya dado la medida de su valor.

Y más que ello la propia crítica de sus realizadores. No es por principio, o en razón de una divergencia de ideas sólo, que ello puede realizarse. La condena de Stalin en el XX Congreso del partido es concluyente. Son los propios hijos, las criaturas del régimen las que se han encargado del exordio.

Los propios colaboradores de aquél, los que pudieron escapar a su fobia asesina. Las acusaciones al régimen y sus realizaciones que tantos denuestos nos granjearon, se comprueban ciertas. Según sus impugnadores Stalin ha sido el criminal número uno de la historia.

Indudablemente los impugnadores no han sido lo honestos que debieran. Acusar a su predecesor de esto o aquello, es justo y razonable. Sin embargo, la lógica sufre un serio contratiempo cuando tratan de enjuiciar la trayectoria política del mismo. Decir que Stalin se apartó de la senda leninista y reclamarse continuadores de ella es un contrasentido. La obra de Stalin no ha sido más que una prolongación de la del inmolador de los colectivistas de Ucrania.

La labor de Stalin, en realidad, fué simplificada por el propio Lenin. Un partido jerarquizado hasta un grado inconcebible, con una masa habituada a la obediencia y sumisión, era el arma más apropiada en manos de cualquier tiranuelo. El partido fué una escalera ascendente en el camino del Poder. No se puede negar que ya en los primeros momentos la labor del partido se redujo a respaldar la labor tiranica del Kremlin. Agobiado por el espíritu de conservación y obediencia dejó de ser la dínamo original que pasó a residir en la cúspide del Poder. Su dinamismo era sólo, como lo es en la actualidad, más aparente que real.

El partido fué organizado de tal forma que su facultad sólo se plegaba a los dictados de la figura representativa. Los acuerdos y decisiones no partían de la base, sino que eran dictados desde la cúspide. Órdenes que era preciso obedecer so pena de excomunión. El partido no era, como no lo puede ser en ningún caso, una agrupación de individuos, sino un rebaño de masa. Concretamente no era más que un símbolo.

Durante el período revolucionario la figura fué Lenin, a veces solo, a veces acompañado de unas cuantas figurillas de menor cuantía, seguido de una pequeña masa ignara inconsciente y sin capacidad alguna, movida por la desesperación y el fanatismo. En este sentido incapaz de gobernarse a sí misma ni de tomar alguna iniciativa, como en el resto de partidos de masas. La nulidad de sus conocimientos teóricos era equiparable a la de su incapacidad revolucionaria.

La muerte de Lenin produjo la consabida lucha por la conquista de la jefatura. Y la larga enfermedad que lo tuvo postrado largo tiempo, facilitó el que Stalin convirtiera la pugna de gigantes en un escarceo táctico entre pigmeos. De la que había de triunfar frente a la capacidad, la astucia y la falta de escrúpulos. En lo sucesivo la inmoralidad se desarrolló hasta el extremo de ser la sola línea distintiva y característica del régimen.

Desde el Secretariado del partido, Stalin, gozó de todas las facilidades a su fin. El testamento de Lenin, con destino al XII Congreso del Partido que se celebró en 1932, fué descartado por decisión del Comité Central, único que tuvo conocimiento de él a excepción de raros delegados. Y desde este momento, estimulando el insaciable apetito de unos, mediante pequeñas recompensas concretadas en la elevación a los puestos más relevantes, y a otros mediante el soborno o la intriga; la capacidad fué descartada en aras de la fidelidad. Las puertas del partido fueron abiertas arrastrando a fuerzas de millones de nuevos ingresos la oposición. La riada arrastró todos los diques opuestos a su paso. Y de otra parte los odios intestinos y rivalidades personales entre las figuras de relieve, facilitó la elevación del más incapaz.

El idealismo y la vieja guardia fueron arrastrados por la marea de un flujo y reflujo continuo e incesante de nuevos ingresos y expulsiones que socavaron la estabilidad interna. El partido fué reorganizado a base de hombres que desconocían sus verdaderas esencias, la personalidad de sus figuras, y que venían a él como medio de capear el temporal al abrigo de un carnet. La estrella de Stalin en estas condiciones no podía menos de elevarse.

El culto a Stalin alcanzó proporciones escandalosas. Culto furibundo capaz de hacer vibrar en frenéticas compulsiones el fanatismo cerril de sus hordas. Y que viene de tener traicionado el mencionado Congreso un fin similar. Indudablemente, la línea de conducta impuesta a menzuras dominadas por el terror o el fanatismo, un nuevo decreto puede hacerla modificar. La mente habituada a la obediencia es incapaz de razonar en sentido divergente al delimitado por los molinos que lo prejuzgan. Se impone para ellos la permanencia de un poder director facultado para su orientación y guía.

De ahí que lo más antagónico a la libertad sea el fundamento de los sistemas o regímenes políticos. Todos por igual, e idéntica medida, reaccionarios y totalitarios por esencia. El juicio de la dictadura tiene su Alfa y Omega en su fundamental dinamismo impositivo. Coaccionar es su norma y medio de existencia. Su génesis de desarrollo no puede ser permutada más que por una tendencia ascendente afincada en la legalidad que supone representar. Una legalidad pistolera desarrollada en la sombra de las covachuelas estatales. Así fué y continúa siendo el motivo y desarrollo del régimen imperante en Rusia.

menos importante infalibilidad de su genio consumado. El escepticismo es fatal a todo déspota.

Lo privativo de todo régimen totalitario es la formación de una mentalidad de rebaño. Nada más contrario a su esencia que la existencia del hombre. El hombre que en tanto que unidad valorativa individual o colectiva, presupone un principio de libertad. Y la libertad es la más contundente negación de cualquier principio totalitario. Tanto como lo es el mito de la infalibilidad de Stalin para sus herederos, que es a fin de cuentas lo que ha estado en causa.

Es por ello que el heredero o se condena a la inoperancia o debe ajusticiar a su predecesor. El informe de Krushchev, al XX Congreso del partido, no es otra cosa. Su ataque directo al culto de la personalidad no tiene más finalidad de liquidar el accidente que Stalin representa como continuidad histórica. La misión de todo sucesor es equivalente.

No son las atrocidades, defectos o exacciones del régimen las que se hallan en causa. Ellas son infalibles y justificadas. Lo falible y repudiable es la figura ejecutora de las mismas. Obsérvese que esta línea de conducta es similar a la de Stalin en el pasado. Y que, como en el pasado igualmente, no cesan de adoptarse las mismas líneas de conducta del elemento en causa.

Considera la lógica que la condena del elemento motor hubiere entrado en el órgano de propulsión. No ha sido así. Una vez la causa de la libertad, sufre un rudo golpe. Los super-hombres tales al condenar la libertad del pueblo creen poder facultar la pr. Estiman con ello que sólo ésta puede ser la razonable línea de conducta de todo dictador. Y naturalmente, se adopta la ley h a tan cara a todos sus congéneres y la misma contradicción.

* * *

Negar la libertad de los demás es negar la propia. No puede impunemente condenar a la esclavitud a un pueblo sin sufrir la consecuencia. El dogal de la esclavitud lo impone el terror. El pueblo vive encerrado entre el fárrago de normas y preceptos que lo oprimen. Y el dictador a su vez se halla aprisionado entre el espeso tejido de leyes conceptuales y el propio terror impuesto, que obra refractariamente con repercusiones de impacto, con movimiento continuo de péndulo y resaca de marea.

Del encadenamiento del pensamiento no puede resultar otro derivativo que el desastre. Los que consideran que la libertad es un pre-

juicio pequeño burgués es que a fuerza de avanzar por el bosque de la tiranía han perdido el norte. O que por causa del medio ambiente han llegado a ignorar el valor fundamental de un principio, falto del cual queda desconectada la totalidad de raciocinio analítico.

La muerte de Stalin suscitó en Occidente las más serias dudas. Un fuerte estado de opinión de que ésta había sido provocada se hizo patente. El hecho lo avalaba científicamente el contradictorio tratamiento que, según la prensa rusa y radio Moscú, fué aplicado al paciente durante el breve curso de su enfermedad. Prácticamente por el conocimiento que se tenía de los expeditivos medios utilizados en el país de los soviets cuando de eliminar al contrincante se trata.

El ajusticiamiento personal en este caso habría precedido al político. De todas formas, todo ello es discutible, pues, carecemos de los suficientes elementos de juicios sobre los que fundamentar dicha hipótesis. Aunque ella cobra cierto valor a tenor de las declaraciones hechas por Krushchev a algunas personalidades en este sentido.

El informe Krushchev, de todas formas no deja traslucir la luz por el menor resquicio. La única base especulativa que se nos ofrece, es la que hace referencia a la decisión adoptada por las altas jerarquías del partido de denunciar públicamente los desafueros de su predecesor. "Después de la muerte de Stalin, dice Krushchev, el Comité Central ha empezado a aplicar una política tendiente a explicar brevemente, pero de una forma positiva, que era intolerable y ajeno al espíritu del marxismo-leninismo exaltar una persona y hacer un super-hombre dotado de cualidades sobrenaturales al igual que un dios."

Ahora bien, si esta política de clarificación ha empezado a ser aplicada después de la muerte de Stalin, el texto en sí parece querer insinuar que la decisión le era con mucho anterior. O cuando menos que ésta fué tomada a última hora cuando la "enfermedad" del "padrecito de los pueblos" lo situaba a la merced de sus colaboradores. Hecho que venaría a justificar las dudas emitidas en principio.

* * *

De todas formas y dejando de lado todas las sugerencias que puedan desprenderse de esto, una cosa es evidente que es la que interesa hacer resaltar. Los crímenes de Stalin, que venimos denunciando desde su origen, y que tantos insultos nos granjearon, acaban de ser reconocidos y censurados por sus propios exégetas.

Incluso el mismo Togliati que había considerado en principio que: "la decisión tomada por el Congreso en lo concerniente a los errores de Stalin, las causas y condiciones, que facilitaron su desarrollo, no puede ser satisfactoria", ha debido rendirse a la evidencia. Una evidencia que era de los más indicados en conocer.

El más reacio, aunque con idéntico resultado, ha parecido ser la figurilla de paja del Kremlin, Mauricio Thorez. "La crítica de ciertos errores, decía, no puede desmerecer en nada los méritos históricos de Stalin. Stalin ha defendido y hecho proponer la herencia teórica y práctica de Lenin. La realización de los planes quinquenales y la construcción del socialismo ha sido impulsada por él en una sexta parte del globo". Tesis contraria a Moscú, y más aún a lo que son principios del socialismo, de los que Thorez parece ignorar lo más elemental.

La catilinaria de Krushchev parte precisamente del abuso del poder ejercido por Stalin, cuyo culto, sostiene, fué "el manantial de toda una serie de graves y sin cesar más serias perversiones de los principios del partido, de la democracia del partido y de la legalidad revolucionaria". Mas no debe dejarse de tener en cuenta que la posición de Krushchev, es rebatida por él mismo al hacer suyas las palabras de Lenin afirmando: "Nuestro Comité Central se ha constituido en grupo centralizado..." Claro, que en cuestión de contradicciones nos tienen tan acostumbrados, los corifeos de Moscú, que una más no puede sorprendernos.

Se hace preciso y lógico reseñar lo fundamentado de la posición de Togliati y Thorez. No puede negarse que la posición de Stalin fué del más puro acervo leninista. Y que estaba totalmente fundamentado en las teorías que dieron vida al sistema "soviético" ruso. Quien no lo está es Krushchev, al hablar de democracia del partido tan combatida por Lenin.

En una carta fechada en Diciembre de 1922, y dirigida al XIII Congreso del partido, Lenin afirmaba; "Después de haber asumido las funciones de secretario general, el camarada Stalin, ha acumulado entre sus manos un poder desmesurado y no tengo la seguridad de que éste sea capaz de hacer uso de él con la prudencia necesaria."

Por una vez Lenin había visto claro, largo y profundo. Faltó no obstante, de la debida gallardía, como ahora hacen sus diáconos, para enjuiciar el problema desde su verdadero ángulo. Es innegable la brutalidad de Stalin. Pero lo es mucho más la de los que hoy enjuician su despotismo. Que no hubiera sido posible de no haber contado de antemano con el "poder desmesurado" de la secretaría

del partido y la complicidad de sus impugnadores. Sin ese poder exorbitante la dictadura no hubiera podido tomar el incremento que se le reprocha, ni las características que tomó.

Ese es el quid de la cuestión que Krushchev pretende ignorar. La centralización del partido bolchevique es el fundamento primordial y el más poderoso incentivo a las veleidades dictatoriales del primer venido. Razón tenía Thorez. Y no nos faltaba a nosotros, que hace un siglo nos enfrentamos a Marx, considerando que sus falaces teorías no podían conducir al pueblo más que a la situación en que se halla el ruso, después de la implantación del desgraciado ensayo de "socialismo científico".

Stalin no ha sido dentro del sistema más que un accidente, como en breve, quizás, lo sea el propio Krushchev. Al recriminar los desafíos de Stalin pierden los sacristanes moscovitas el sentido común de razonamiento. Todo efecto es hijo de una causa. El despotismo de Stalin fué a tenor del instrumento que la incapacidad del partido, y de sus actuales impugnadores, puso entre sus manos. Stalin no hizo más que ejercer y dirigir las riendas de un poder creado por el propio Lenin a su medida.

La insistencia de Krushchev en la defensa y panegírico de Lenin es el más desafortunado cuadro de visión y la más sospechosa de las actitudes. Máxime cuando se intenta ignorar la verdadera mecánica funcional del partido, hablando de democracia orgánica, de la que hasta en los diccionarios se da una falsa noción de su sentido etimológico y de relación social, como en no importa qué país capitalista.

La condena a Stalin ha implicado para el nuevo valedor del régimen bolchevique una revalorización de las teorías marxistas-leninistas, en las que funda la norma de continuidad del régimen. Así lo hizo el primero cuando de eliminar sus adversarios se trató. Es la permanente del partido que no puede tener otro margen de extensión.

Las esencias y fundamentos de la dictadura deben forzosamente ser reivindicadas ya que son ellas, precisamente, las que garantizan los privilegios de la nueva casta. La finalidad de Marx, como la de Lenin, no era otra que esta característica tendencia, que el sistema ha venido sufriendo de acuerdo con las teorías que le servían de base.

* * *

Los regímenes dictatoriales no pueden subsistir sino a base del cada vez más abusivo uso del sistema de terror que les sirve de base y fundamento. Si de algo puede censurarse a Stalin, en este sentido,

es sólo del grado de máxima eficacia que supo imprimirle. Y del que sus auxiliares continúan haciendo el más precioso auxiliar.

Aunque de todas formas habrá de tenerse en cuenta que los desafueros de Stalin tienen un precedente en los de Marx en el Congreso General de la primera Internacional. Y los de Lenin, cuando la célebre pugna entre bolcheviques y mencheviques, con la inevitable escisión de 1903. Toda la actuación de ambos estuvo concretizada en la formación de un aparato monolítico, con tendencia a la "dictadura del proletariado". Cuando Stalin afirmó que: "en lo sucesivo lo fundamental es consolidar la maquinaria estatal", no hacía otra cosa que atenerse fielmente a los dictados de sus maestros.

Lo mismo que cuando fomenta el culto de la personalidad que se le reprocha. Si este culto no se ha conocido precedentemente con la intensidad que bajo Stalin no ha sido por contrario a dicha tendencia, sino por falta material de tiempo. No hay más que observar que en potencia el culto de las masas bolcheviques permanece inalterable en espera de la próxima figura erigida a su adoración.

Toda la obra de Lenin, al igual que la de Marx, está inspirada en la tendencia centralista totalitaria, sin concesiones ni abstracciones. Principalmente en su libro: "Un paso adelante, dos pasos atrás".

Su actividad durante el período pre-revolucionario estuvo encaminada a la formación de un pequeño grupo de activistas, dirigido por un Comité Central, rector e impulsor de la labor conspirativa. El pueblo para él no era más que una corriente amorfa que había de orientar y dirigir. Y la democracia, como el federalismo, los consideró en todo momento como los más evidentes signos de debilidad, haciéndolos el blanco de sus briosos dardos. En este sentido fué incluso más totalitario que los propios babouvistas, de quien ya hemos visto Marx recogió la tendencia dictatorial, sazónada del hegelianismo alemán.

Todo lo que no fuera una organización férrea, disciplinada y subordinada a sus estrictas órdenes, fué considerado como prueba de herejía. Todo debería estar sujeto a su supervisión y vigilancia. El partido no lo admitió más que como prolongación del cuartel, de la fábrica o la prisión, aunque de más férrea disciplina.

Su interés era llegar a la "formación de una red de agentes que serían formados por ellos mismos y trabajarían a la creación de un periódico común". Periódico común que sirviera a la propaganda del partido, que no podría tener más que un órgano de expresión, a fin de mejor controlar la labor realizada desde él mismo. Nada debía escapar a lo monolítico y estratificado de su punto de vista.

"Ninguna organización revolucionaria ha aplicado, ni podrá aplicar jamás, pese a todo buen deseo un largo democratismo", decía en su libro. ¿Qué hacer? "Nada es posible sin la creación de una organización de revolucionarios, sólida, centralizada, combativa". Sólo el centralismo podía tener opción de infalibilidad.

Su enjuiciamiento de cualquier hecho fué enfocado siempre con un juicio de militar fracasado. El menor fallo orgánico merecía indistintamente su repulsa a "las lagunas de nuestra organización militar". La organización no podía apartarse de las definidas características de la ortodoxa obediencia cuartelaria o conventual.

Toda acción política o social debió partir de esta premisa para obtener su consenso. Su obra parece más realizada por un estratega militar que por un hombre de ideas. Los "agentes" pululan por ella como por cualquier oficina de Estado Mayor o Servicio de espionaje. El partido debía ser un reducido número de agentes subordinados a sus órdenes y directivas. Y la organización militar del mismo debía atenerse en toda ocasión a él.

Su más caro punto de vista fué el de formar estos agentes cuya misión sería la de arrastrar a las masas, ya que éstas no "aprenderían jamás a desarrollar la lucha política". Mismo los sindicatos deberían atenerse a idénticas normas: "Todos los órganos directores de los sindicatos, decía Lenin, están formados por comunistas y no hacen más que aplicar las directrices del partido, el cual es dirigido a su vez por un Comité Central de diecinueve miembros, el trabajo permanente está asegurado a Moscú por dos Comités más restringidos, el Orgburo y el Politburo, comprendiendo cada uno cinco miembros: por lo que conseguimos entonces una verdadera oligarquía".

Ahora bien, si como el más lerdo puede constatar, estas teorías no son otra cosa que la ratificación de la obra de Stalin, la acusación que se le hace a éste de desviaciones no es otra cosa que demagogia. Y perseverancia en la línea histórica que resulta de los principios teóricos del marxismo-leninismo, responsables directos de los desafueros habidos y por haber de la ignominiosa dictadura.

* * *

El flanco más vulnerable de los bolcheviques fué siempre el facilitado por sus propias contradicciones. Cuando deliberadamente se empieza por faltar al más somero principio de veracidad, no puede pasarse por otro extremo. La dialéctica, fundamento del andamiaje

de las teorías marxistas, puede ser un hábil recurso de cara a la galería fanatizada. Pero enfrentando el más nimio análisis imparcial se desmorona al menor soplo.

Es lo que ocurre con el informe Krushev. Pese a toda su habilidad expositiva, esta extensa disertación se contradice en todas sus dimensiones. El ataque que empieza por una finta al culto a la personalidad para recabar y valorar las excelencias y virtudes de la dirección colectiva, no lo puede ser menos. La dictadura no puede ser orientada más que en razón de la falta de divergencias, como ha tenido que hacer el propio Krushev eliminando a sus contradictores. Pero aún y admitiendo que pudiera serlo por un grupo, el tajante resultado opresivo sería sagrado. Y de una u otra forma, si el partido, como el país, quedan regidos por una dirección delimitada, la tesis de la democracia institucional sufre un rudo golpe. El mismo que sufre en España con la democracia orgánica franquista.

El reproche de mayor peso que se le infiere al ex-seminarista parte de la brutal "façon d'agir de Staline a l'égard de la direction du parti et du pays..." Sin embargo acerca de su proceder, que es lo fundamental, y atropello a la clase trabajadora, se pasa en el más dudoso silencio. No hay al respecto la menor objeción. Claro que, en este aspecto, la identificación de medidas es tan firme que no ha merecido la menor censura.

"Es un hecho, dice Krushev, que numerosas personas, que más tarde han sido suprimidas en tanto que enemigas del partido y del pueblo, habían colaborado con Lenin". Y el resto que se silencia es que las pocas restantes lo han sido a su vez por Krushev. Por tanto la conclusión que se intenta sacar de las divergencias de métodos de uno y otro, brutal y tolerante, tiene un valor bastante relativo.

Stalin se libró de sus opositores adoptando un método bastante simple. El de "enemigo del pueblo" que, según Krushev, es original de Stalin. Este "término, dice, facultó la utilización de la represión más cruel, violando todas las normas de la legalidad revolucionaria, contra cualquiera que por no importa qué causa no estuviera de acuerdo con él", "La sola prueba de culpabilidad en uso, contra todas las normas de la ciencia jurídica actual, eran la "confesión" del acusado mismo, y como lo han probado las investigaciones ulteriores, las "confesiones" se obtenían por medio de presiones físicas contra el acusado".

Estas prácticas recriminables empezaron a emplearse, para Krushev, durante el período transcurrido entre los años 35 y 37. Se pretende, en este caso, ignorar la represión de los años 29-30, contra los in-

tervenientes, y la masiva contra el pueblo a tenor del decreto nacionalizador de la tierra. Y que el término enemigo del pueblo fué inventado por el propio Lenin, que se sirvió de él a las mil maravillas.

Pero, Krushev, sólo se interesa de poner en evidencia los abusos de Stalin contra sus más próximos colaboradores o, como él dice, la "dirección del partido y del pueblo". Lo demás es sólo pecata minuta. Pero aún en esto su posición es contradictoria, cuando se ataca a Trotsky, Zinoviev y Bujarin. Considerar que contra ellos "Stalin ha jugado un rol positivo" porque de lo contrario "no poseeríamos ahora la industria pesada, ni tendríamos los koljoces" demuestra más mala fe que ignorancia. Pues, cualquiera que no sea Krushev, sabe que si alguna divergencia sería hubo entre Trotsky y Lenin fué precisamente a causa de que el primero reivindicaba dicha política frente a la leninista de la NEP. Y que continuó reivindicando frente a Stalin.

Por otra parte esta posición suya viene a situarlo precisamente en la línea stalinista de brutalidad hacia los dirigentes del partido y del pueblo y lejos de la tolerante de Lenin, que viene reivindicando. A más de cometer el repudiable desliz de tratar como Stalin de falsear la historia, eliminando de la lista de colaboradores de Lenin sus más próximos auxiliares.

La eliminación de Zinoviev, Kamenev y Bujarin fué producto de la arbitrariedad influyente, principio y fundamento del sistema. Exactamente igual que en el caso de Trotsky. "Después de todo, dice el propio Krushev, alrededor de Trotsky se hallaban gentes cuyo origen no podía encontrarse en la sociedad burguesa. Un cierto número de entre ellos pertenecían a la inteligencia del partido, y otros eran reclutados entre los obreros". Llegando incluso a afirmar que: "estas mismas personas, no obstante, tomaron una parte activa en el movimiento obrero antes de la revolución, durante la revolución socialista de octubre, y ayudaron a cimentar la victoria de la más grande de las revoluciones". Es preciso en este caso ser miope o tener una conciencia de paquidermo para poder acusar a estas gentes de enemigos del golpe de Estado bolchevique y hallar un justificante a su asesinato.

Y mucho más cuando se considera que si esto no fué realizado por Lenin en los críticos momentos del desarrollo y expansión del partido, del golpe de Estado y de la guerra civil, no se justifica de ninguna forma en vida de Stalin, que "recurrió a los métodos extremos y a las represiones masivas cuando la revolución había vencido, cuando el Estado soviético estaba consolidado; las clases

explotadoras liquidadas; las relaciones socialistas sólidamente enraizadas en todos los sectores de la economía nacional; cuando nuestro partido consolidado políticamente y que se había reforzado, igualmente, desde el punto de vista numérico e ideológico". Hecho que justifica mal el atenuante que se le intenta hallar a Lenin y mucho menos a la continuación de la dictadura si es que realmente se la consideraba provisional. Aunque realmente en este caso lo provisional ha sido aceptado como definitivo.

La justificación de Kruschev es probable que la haya hallado en el siguiente párrafo que cita: Vladimir Illyitch exigía una actitud intransigente respecto de los enemigos de la revolución y la clase trabajadora, y cuando ello era necesario, recurría a la manera fuerte. No tienen más que recordar en la forma en que Lenin combatió a los organizadores revolucionarios de la insurrección antisoviética, los "kulaks contrarrevolucionarios y los otros".

Lenguaje comedido el de Kruschev, respecto a los métodos de Lenin. La manera fuerte a que se hace alusión es como se sabe, la traición y posterior masacre de los revolucionarios (la palabra revolucionarios consta en el texto Kruschev), de Kronstadt y Ucrania. Y la operada contra los kulaks debe ser la concomitancia que se realizó con el nombre de la NEP. Los enemigos de la clase trabajadora siguen siendo, para Kruschev y comparsas, no los capitalistas y reaccionarios, sino precisamente los elementos más activos de la revolución que no comulgan con sus ruedas de molino. Claro que eso de clase trabajadora es dicho en sentido alegórico. Cuando Kruschev dice clase trabajadora debe entenderse ciertas jerarquías del régimen. La manera fuerte de Lenin, por otra parte, no es más ni menos que el empleo de las medidas, clásicas y estilizadas, de terror con salsa de caviar.

Realmente si poco valía Stalin su heredero no vale mucho más. Es curioso que se intente combatir a un individuo cuando realmente lo que se hace no es otra cosa que erigirse en eco de todas las calumnias del enjuiciado, utilizadas con el fin de presentar las cosas no sólo bajo un falso ángulo, sino con el manifiesto y deliberado propósito de mancillar las víctimas, para de tan canallesca forma erigirse en salvador del odioso régimen generador de semejante engendro. Pocas figuras en la historia serán más repudiadas que el conocido déspota.

* * *

Aparentemente el informe Kruschev pudiera interpretarse como un panegírico de la dirección colectiva del Estado bolchevique y del partido. No obstante, es ello un error del que rápidamente puede uno convencerse. El repudio del culto a la personalidad no afecta más que a Stalin.

A este fin Gruschev se ha visto en la obligación de trazar dos líneas divisorias. La de Stalin distintiva, como queda dicho, por su brutal imposición. Y la de Lenin cuya paciente perseverancia influyó sobre los cuadros del partido, atrayéndolos a "obedecerlo sin usar de presiones, sino más bien por la influencia ideológica que ejercía sobre ellos". Lo que Kruschev pasa por alto es el hecho de lo que hubiera podido ocurrir si esta influencia no se hubiera realizado.

"Nuestro partido, insiste Kruschev, ha luchado por la aplicación de las ideas de Lenin, para la edificación del socialismo. Fué este un combate ideológico. Si, en el curso de esta lucha, los principios leninistas hubieran sido observados y si la fidelidad del partido a estos principios se hubiese aliado estrechamente a una constante preocupación por el pueblo, si no hubieran sido dejados al margen, sino puestos al servicio de nuestra causa, no habríamos ciertamente conocido esta brutal violación de la legalidad revolucionaria y millares de personas no habrían sido víctimas de los métodos de terror. Habríamos recurrido entonces, a esos extraordinarios métodos solamente sobre aquellos que hubieran cometido actos criminales contra el sistema soviético".

Como se ve, a fuerza de desbaratar, Kruschev, el hilo de la ponderación, rebatiendo los principios de los que se hace adolid. No hay principios, no hay doctrinas, no hay dirección colectiva con Lenin. Deliberadamente la libertad es confundida con la obediencia que es su más completa negación, aunque sea aceptada sin reparos. Lenin no sirve en este caso sino para facilitar el juego de Kruschev, con un parrafillo al que no hay por dónde meterle mano. Pues si el partido ha luchado por la aplicación de los principios de Lenin se comprende mal que en ese combate ideológico, dichos principios hayan podido falsearse. A más de que el alegato de que las medidas de terror debieran haber sido sólo empleadas contra los enemigos del régimen es precisamente lo que facilitó la labor de Stalin, como el mismo Kruschev reconoce más adelante. La tesis de la violencia como sistema, o contra el enemigo, ha sido siempre de resultados contraproducentes.

La perseverancia de Kruschev en la línea stalinista no puede ofrecer la menor duda, Su habilidad para enfrentarse a un ídolo a base de

los textos sacrosantos de la momia de la Plaza Roja es sintomática. Y más aun la de desvirtuar la verdad, enmendarla o rectificarla, haciendo hablar a las cosas el propio lenguaje. La tergiversación y el confusionismo se perpetúan en una recia trayectoria cuya finalidad es la total negación de los más elementales principios socialistas.

* * *

Incluso cuando, Kruschew, trata de hacer historia no puede pasarse de mentir descaradamente. "En los días que precedieron a la revolución de Octubre, dos miembros del Comité Central del partido bolchevique, Kamenev y Zinoviev, se declararon hostiles al proyecto de Lenin para una revuelta armada". Y, según afirma, el 18 de Octubre publicaron en el periódico menchevique "Novaya Jhizn", un artículo declarando la disposición bolchevique y considerando este proyecto muy aventurado".

Así se escribe la historia: falsificándola como Stalin. La Revolución de Octubre es cargada a la cuenta de Lenin que no fué otra cosa que su usufructuario. Y con el ánimo de enjuiciar a Kamenev y Zinoviev se les carga con el peso de una traición al partido, extrayendo la acusación del libro de Stalin "Historia del P.C. (b) de la U.R.S.S.". Todo ese párrafo como el siguiente son extraídos de la misma obra.

Y no sabemos si por ignorancia o mala fe Kruschew pretende ignorar que esta decisión fué tomada por el Comité Central el día 10 de Octubre, y contra la que votaron Kamenev y Zinoviev, que tanto el uno como el otro se dirigieron a la base del partido en carta de fecha 11 del mismo mes exponiendo su punto de vista. Y que la publicación, en "Novaya Jhizn", del artículo fué hecha dos días más tarde de la confirmación por el Comité Central de su decisión. A más de que dicho órgano de expresión no era de pertenencia menchevique, sino simplemente el periódico dirigido por Máximo Gorki.

La traición de Kamenev y Zinoviev, insiste Kruschew, no fué óbice para que Lenin les confiara puestos donde desempeñaron en el partido misiones muy importantes y tomaron una parte activa al trabajo de los principales organismos del partido y de los soviets. Es bien conocido que Zinoviev y Kamenev cometieron un cierto número de graves errores en vida de Lenin. En su testamento, Lenin, reseñaba que el rol de Kamenev y Zinoviev en Octubre no fué

ciertamente accidental. Sin embargo, él no se planteó jamás la cuestión de su arresto y aun menos de su liquidación".

* * *

bre esto no cabe la me... desconfianza de Lenin acere... conoce la importancia de l... De todas formas, y de una... que Lenin, por ningún con... arbitraria, la decisión de su... Sin embargo, Kruschew, ella un motivo de alabanza... el que, por lo visto, no se ha... se añade que ello ha sido sumamente beneficioso para el régimen.

Por lo visto el eximio Kruschew desconoce el venenoso "Programa de los Comunistas", de Bujarin. Vale en este caso reseñar, entre tantos otros, el siguiente párrafo: "es preciso asociar la igualdad económica a la gran industria. No hasta que los capitalistas desaparezcan; es preciso que la producción sea establecida sobre vastos planos. Todos los pequeños establecimientos deben desaparecer. Todo el trabajo debe ser concentrado en grandes fábricas, en grandes oficinas y en grandes granjas agrícolas. Uno debe ignorar lo que hace el otro y viceversa; es necesario tener un unico de trabajo, que será tanto mejor cuanto más se extienda sobre un mayor número de regiones. El mundo entero, finalmente, debe formar un gran taller de trabajo, en que toda la humanidad trabaje para sí con las mejores máquinas, en las grandes fábricas, sin los patronos y los capitalistas actuales, pero según un plan rigurosamente preparado, calculado y medido".

Quede, pues, constancia de la ignorancia o mala fe de Kruschew. Y más que otra cosa del encomio de Bujarin, y defensa más elocuente de la industria pesada, de los koljoses y de los planes quinquenales, tan gratos al régimen bolchevique, que tanto Lenin como Stalin supeditaron a la NEP. Aunque víctimas y victimarios no valieron gran cosa más los unos que los otros. La ditirámbica elocuencia de Bujarin ponderando las excelencias de un régimen en el que el mundo entero sea un inmenso taller no es otra cosa que el ensayo bolchevique llevado a sus extremos límites y con él la esclavitud humana en beneficio de los "agentes" leninistas elevados al rango de nuevos privilegiados. Ni más ni menos que la monstruosa acción

concentracionaria del régimen y su repudiado director de orquesta el fracasado monje georgiano.

La caída en desgracia y posterior eliminación de Zinoviev, Bujarin, Trotsky, etc., no se produjo, como decimos, por las imputaciones que Stalin les hizo y que Kruschev recoge, sino como consecuencia de las rivalidades que suscitó entre ellos la conquista de la jefatura vacante. Y los dos primeros, en particular, en razón del terror que la conducta de Stalin debió inspirarles.

Los traidores amigos de Trotsky hubieron finalmente de comprender cuáles eran los verdaderos designios de su flamante aliado. Pero tarde, demasiado tarde, la causa que los llevó a enfrentarse a la popularidad de Trotsky estaba perdida para ellos. El ludibrio y la ignominia por poner fin a una vida de traiciones y una carrera de obstáculos en vista de recoger la herencia de Lenin.

V. EL BOLCHEVISMO, SEPULTURERO DE LA REVOLUCIÓN

Desde el primer momento de su golpe de Estado, los bolcheviques intentaron mediante la creación de la Internacional Comunista canalizar las energías del proletariado mundial a la salvaguarda de los intereses del Kremlin. La suerte de todo pueblo se intentó supe-ditarla a la del país de los soviets. La más odiosa superchería pasó a tomar carta de naturaleza. Nace con ello el proceso de deificación de un régimen que más tarde Stalin supo hacer desviar hacia su propia persona, rectificando la historia a su capricho. Es ello, quizás, una de las causas motivadoras de la eliminación en masa de los más próximos colaboradores de Lenin. Los verdaderos artífices del golpe de Estado bolchevique eran un vivo testimonio de la falsedad de los hechos tergiversados.

Y no es esto lo más grave, sino los resultados que en un plano mundial este hecho produjo. La deificación de Stalin no sólo entrañó la eliminación de la vieja guardia, sino que hizo degenerar a paso de carga la conciencia de que la emancipación de los trabajadores debía ser obra de los trabajadores mismos. En lo sucesivo la atención proletaria sufrió el espejismo de ver en el país de los soviets su patria de adopción y predilección. La patria en la que penaban y sufrían millones de sus semejantes para garantizar el goce y privilegios de la camarilla gobernante.

Odioso sarcasmo, el obrero sin patria, los hombres que se ufanaban de ser internacionalistas, en consideración de la igualdad y la justicia, eran arrollados por el ímpetu fanático de una masa amorfa y apática. Fue un caso de delirio colectivo que llevó a los pueblos a las más funestas antinomías. Las masas, sin conciencia ni educación social postergaban a las calendas griegas, los magnos principios de redención social.

La imposición de unos líderes dotados del poder de transformar las condiciones de vida y de sistema social tan largo tiempo com-

de satisfacer sus ambiciones de cualquier orden. Era la gloriosa época de la reconciliación de las dos alas marxistas, y la voz sana del movimiento obrero menospreciada no tardó en hallar plena justificación a sus previsiones.

El desastre de la Revolución china. La concomitancia de bolcheviques alemanes y nazis precediendo el abrazo Molotov-Ribbentrop, aunque uno y otro dirigido por Stalin, dan, entre otros hechos de no menor importancia, una amplia imagen de los hechos silenciados por Krushev, ignoramos por qué razón.

* * *

Los abusos de Stalin y sus arbitrariedades sobre el partido Comunista, que para Krushev son evidentes a partir de 1934, es lo que más incitó su peroración. Cualquiera sabe lo inexacto de la afirmación. En 1934 el partido no era más que una parodia de lo que fué, aunque nunca fuera gran cosa.

Pero puesto que el flamante secretario se obstina en entenderlo así continuaremos al hilo de sus apreciaciones. El XVII Congreso del partido se reunió en Enero de 1934. Asistieron a él, según Stalin, "1225 delegados con voz deliberativa y 736 con voz consultativa, representando a 1.8784.488 miembros del partido y 935.298 candidatos". Krushev sostiene que fueron "1966 delegados con derecho de voto o voz consultativa".

En esta época, dice Stalin (Historia del P.C. (b) de la U.R.S.S.), "La industria socialista constituía el 99 por ciento de toda la industria del país. La agricultura socialista, koljoses, sovjoses ocupaban aproximadamente el 90 por ciento de toda la superficie de sembradío del país. En cuanto al comercio, los elementos capitalistas habían sido desposeídos". Lo que confirma la aseveración de Krushev, al considerar que la época de terror implantada por Stalin, concuerda con la consolidación del régimen.

"Sabemos, dice Krushev llegando al punto culminante de su ataque, que el 8 por ciento de los votantes del XVII Congreso se habían adherido al partido durante los años de conspiración que han precedido la revolución y durante la guerra civil, es decir, antes de 1921; desde el punto de vista de su origen social los delegados del Congreso eran esencialmente obreros (60 por ciento de los votantes). Los delegados al Congreso, continúa, habían sido los artesanos activos de la edificación del Estado socialista". Sin embargo, "1108 personas, es decir, netamente más de la mayoría, fueron detenidas bajo la acusa-

ción de crímenes contrarrevolucionarios". Y de los 139 miembros y suplentes elegidos para los cargos del Comité Central del partido "98 fueron detenidos y fusilados, es decir, el 70 por ciento".

Indudablemente puede decirse que, quizás, éste sea el período mejor conocido por Krushev, o cuando menos a partir de él ya que es en este Congreso en el que fué elegido como miembro del Comité Central. Por ello es tanto más dudosa su actitud al pretender ignorar cuál fué la suerte de los 21 comisarios o ministros de la U.R.S.S. a fines de 1936, de la del Buro Político autor del golpe de Estado de 1917 del que sólo se libró Lenin (?); de los dos tercios del Cuerpo diplomático ruso y del partido; de los mandos del Ejército Rojo, cuyos únicos supervivientes, entre ellos Jukov y Rokosowsky, deben su salud a la segunda guerra mundial. Y al margen del partido la sufrida por millones de personas. Más de la décima parte de la población sufrió las consecuencias de la represión. Puede afirmarse sin temor que rara fué la familia que escapó indemne a la tormenta.

Todos estos hechos denunciados por nosotros tesoneramente no eran ignorados sino por la cerrilidad y el fanatismo de los doctrinarios moscovitas. Ellos dieron lugar, aclara Krushev, a la formación de "una Comisión bajo el control del Presidium del Comité Central. Ella tenía por misión investigar y establecer las causas que habían posibilitado las represiones de masas contra la mayoría de los miembros del Comité Central y los suplentes elegidos por el XVII Congreso del partido. Un abundante material de los propios archivos de la NKVD dejó bien patente la falsedad de los procesos de Moscú. El informe de la Comisión en cuestión establecía plenamente "que numerosos activistas del partido, de los soviets y de la economía, que habían sido tratados como enemigos en 1937-38, no fueron jamás, de hecho, ni enemigos ni espías, ni saboteadores, son siempre honestos comunistas".

Ahora bien, si todo es cierto como se afirma, los actuales impugnadores de Stalin son responsables de los atropellos de éste en un grado y extensión equiparable a los del encartado. Cuando no aun más, pues, de no haber mediado ésta, el endiosamiento del "padrecito de los pueblos" no hubiera sido posible que se elevara al tono que alcanzó. Estimulado precisamente por ellos... No hay más que tener en cuenta que hasta unos meses antes del XX Congreso del partido, precisamente con motivo del aniversario de Stalin, toda la prensa moscovita no dejó de entonar las habituales elegías al Tamerlan georgiano.

El informe contradictorio en sí, ya lo hemos dicho, se eleva en

este punto a extremos inverosímiles de falsedad. Entre lo sustentado en él y la realidad de los hechos hay una serie de lagunas que no es posible vadear. Y que son de todo punto incomprensibles.

* * *

Una de las más odiosas figuras de la GPU, Beria, fué después de la muerte de Stalin una de las tres figuras representativas del régimen. Es cierto que a Beria no se le puede imputar la responsabilidad de los hechos que en esta parte se estudian, pero sí la de otros de un equivalente, cuando no superior sadismo. Y más que a él a Malenkov, cuya misión en tanto que secretario particular de Stalin es de lo más repudiable, y sobre la que no se necesita insistir por demasiado conocida.

La figura de Malenkov, aunque menos pública sólo puede ser equiparada a la del siniestro Vichinsky. Del cuarteto es, indiscutiblemente ella, la más repudiable del régimen. Sin embargo, no ha sido ello óbice para que se le hayan concedido los más grandes honores. La caída en desgracia de Beria y Malenkov no ha sido por causa de su actuación durante el reinado de Stalin, sino por rivalidades posteriores que han llevado a Krushev a la utilización de los mismos métodos y calumnias que él reprocha a su legatario.

En cuanto a Vichinsky, otra de las viscosas figuras del Estado, el 26 de Noviembre de 1954 fué incinerado y expuesto en gran uniforme en la casa de los sindicatos, siendo velado por los miembros del Presidium y del Comité Central. El elogio fúnebre pronunciado por Molotov, Gorchenin, Nesmianov y Volkov, en presencia de todas las altas jerarquías. Ciento veinticuatro coronas, transportadas por dos hombres cada una, rodeaban literalmente la carroza fúnebre. Estos suntuosos funerales no correspondían, sin embargo, al rango del difunto. Raros son los bolcheviques que hayan disfrutado honores semejantes.

Todo ello, pese a la acusación de Krushev, sosteniendo que todos los crímenes, falsificación y medios de tortura empleados para obligar a los encartados a acusarse a sí mismos fueron utilizados "bajo la orden de los jueces de instrucción y falsificadores". Es decir Stalin y la GPU, así como Vichinsky, procurador general en 1936, acusador público en los procesos que tienen la virtud de desatar la indignación teatral del calvo Krushev. Y sobre lo que Krushev y su pandilla observaron el más extraño silencio en el momento de su desarrollo. Y siguen observando en la actualidad. Pues si bien se condenan

explícitamente los hechos es después de falsearlos y, de todas maneras, ocultando cómo se produjeron y por qué. Claro que cuando se admite que los asesinos de Zinoviev, Bujarin, etc., estaban justificados no puede pasarse por otro extremo.

* * *

La verdad es que todas las purgas y abusos cometidos guardan con ellos una estrecha relación. Todo esto como se sabe es el resultado del asesinato de Sergio Kirov, uno de los elementos más adictos a Stalin. El hecho se produjo unos meses después del Congreso y fué, precisamente, la excusa que facilitó la macabra obra.

En la "Historia del P.C. (b) de la U.R.S.S." la versión de Stalin, es que la investigación abierta con motivo del asesinato de Kirov, "estableció que en 1933-34 se había constituido en Leningrado un grupo contrarrevolucionario clandestino". "Y que tenía por finalidad asesinar los dirigentes del Partido". Siendo "los auténticos y verdaderos organizadores directos del asesinato de Kirov y los organizadores de los preparativos de asesinato contra otros miembros del C.C., Trotsky, Zinoviev, Kamenev y sus cómplices".

Ahora bien, Krushev, intenta falsificar estos hechos conociendo la falsa base de la acusación, trata de borrar las pistas y confundir al público ignorante de la cuestión. Y termina por contradecirse él mismo.

"Después del asesinato de S. M. Kirov empezaron las represiones de masas y las brutales violaciones de la legalidad socialista", dice Krushev. Llegando incluso a afirmar que en esta época "los trotskistas habían abandonado sus opiniones anteriores y trabajaban, en diversos sectores, a la edificación del socialismo". E insistiendo incluso en que dada la "situación de la victoria socialista", no existía alguna base para el terror de masas", abatido sobre el país.

Todo ello es evidente. El terror de masas desencadenado a partir de 1934 es duramente criticado por Krushev, que lo halla totalmente desplazado. Pero lo que no está claro es su insistencia en desglosar de esto las principales figuras que sufrieron las consecuencias.

"La noche del primero de Diciembre de 1934, dice Krushev, bajo la iniciativa de Stalin (sin la aprobación del buro político, que fué obtenido por azar, dos días más tarde), el secretario del Presidium del Comité Central ejecutivo (obsérvese la contradicción de esto, con el nombramiento de la Comisión investigadora de los desafueros de Stalin), E. Nukidze firmaba la siguiente directiva:

1º Orden es dada a los organismos de instrucción de acelerar el estudio de los procesos de aquellos que son acusados de preparación y ejecución de actos terroristas.

2º Orden es dada a los órganos jurídicos de no suspender la ejecución o las sentencias de muerte relativas a los crimenes de esta categoría, a fin de estudiar las posibilidades de gracia, de hecho que el Presidium del Comité Central ejecutivo de la U.R.S.S., no considera posible recibir peticiones de esta naturaleza.

3º Orden es dada a los organismos del Comisariado de Asuntos de Interior de ejecutar las sentencias de muerte contra los criminales de la categoría más arriba indicada, inmediatamente después de pronunciar las sentencias."

Esta extrema medida transmitida horas después del hecho, como si tan feliz oportunidad hubiera sido prevista, es lógico despertara las dudas de cualquiera. No obstante las de Krushev son extremadamente capciosas. Es de suponer que el Secretario del partido, oculta mucho más de lo que aparenta conocer.

"Es preciso, dice a este respecto, declarar que hasta ahora las circunstancias que rodean al asesinato de Kirov disimulan muchas cosas que son inexplicables y misteriosas y exigen un examen muy atento". "El hecho de que el chequista, encargado de la protección de Kirov, que debía ser interrogado el 2 de Diciembre de 1934 haya muerto en un "accidente" de automóvil, en el que los otros ocupantes del coche no estuvieron heridos, constituye una circunstancia sospechosa. Después del asesinato de Kirov penas muy ligeras han sido pronunciadas contra altos funcionarios de la NKVD de Leningrado, pero fueron fusilados en 1937. Podemos suponer que han sido fusilados a fin de hacer desaparecer las pistas que habrían conducido a los organizadores del asesinato de Kirov".

Es decir que los asesinos de Kirov, para él, no son los inculpados de tal. Y, en este caso si, como nadie ignora, los inculpados fueron Kamenev, Zinoviev, Bujarin y Trotsky, es normal suponer que la eliminación de ellos no fué más que un asesinato hábilmente urdido. Asesinato que se intentó justificar mediante el empleo de un ardid rocambolesco, al que Krushev añade una vil y falaz ignominia.

En honor a la verdad y con arreglo a su importancia, las personalidades descolantes del golpe de Estado bolchevique fueron Lenin, Trotsky, Zinoviev y Kamenev. Todo lo alegado en contra por Krus-

hev o sus predecesores, a partir de 1924, es pura falsedad histórica. Las divergencias sobre cuestiones teóricas o de realizaciones prácticas que entre ellos existieron, no afectaron nunca la entente. Sería, por tanto, absurdo hablar de rupturas o disidencias escisionistas.

En Febrero de 1917, por expreso mandato de Lenin, Kamenev regresó a Rusia con el fin de dirigir el órgano del partido "La Pravda". No pudo darse con ello mayor prueba de confianza. Es más que conocida la importancia fundamental que Lenin concedía al periódico y, por tanto, a la dirección del mismo.

Dos meses más tarde, en Abril, tras las negociaciones entabladas entre el ministro alemán Rombert y Fritz Platten, secretario del Partido Socialista de Zurich, Lenin fué autorizado a atravesar el territorio alemán, en un vagón precintado, entrando en Rusia por Petrogrado. Junto a él Krunskaja, Zinoviev y Radek, que habían compartido su retiro en Suiza, volvían después de un prolongado exilio.

Seguidamente, por primera vez, se reunía legalmente el aparato del partido en la conocida "conferencia de Abril", el día 24. Mil trescientos treinta y tres delegados con voz deliberativa y 18 con voz consultativa, representaban los 80.000 afiliados del P.C. ruso. No obstante, aún y constatando lo reducido de sus efectivos, los delegados por mayoría, aceptaron la tesis de preparar y propiciar las bases que facilitarían el golpe de Estado bolchevique.

Una intensa campaña proselitista fué desencadenada en todo el territorio, cuyos efectos rebasaron las ilusiones de sus iniciadores. Entre tanto los preparativos para la convocatoria del VI Congreso eran acelerados. Éste debía celebrarse en Petrogrado, entre el 26 de Julio y el 3 de Agosto. Ciento cincuenta y siete delegados con voz deliberativa y 128 con voz consultativa, representando cerca de 240.000 afiliados intervinieron en él. La base del partido habíase triplicado en unos meses.

Trotsky que debía pasar a ser el más próximo colaborador de Lenin, se hallaba ya en Rusia. Habiendo entrado el 23 de Mayo pudo intervenir en dicho Congreso. El cuarteto insoluble estaba reunido. Stalin, y mucho más Krushev, eran prácticamente desconocidos en la época.

La imputación hecha, y que hemos recogido más arriba, a Kamenev y Zinoviev de haber traicionado al partido al librar públicamente por vía de prensa el proyecto de insurrección bolchevique es bastante pobre, pues si el propio partido lo había hecho ya desde Abril no habría sido ello una sorpresa para nadie. Realmente lo que ocurre es que de la misma forma que Stalin, Krushev, carece de escrúpulos. Aunque es raro que ellos existan en un partido en el que ellos mis-

mos reconocen no existen más personas honestas que los asesinos, los traidores, contrarrevolucionarios y espías fascistas o imperialistas...

Ateniéndonos a la verdad histórica la divergencia de más importancia que en aquella fecha dividió al clan dirigente, no sólo al cuarteto, sino que elevó al Comité Central contra Lenin, fué la motivada por la obstinación en hacer una declaración pública contraria a la prosecución de la guerra. Pero sin más. En cuanto al resto téngase en cuenta que Zinoviev era conocido en el partido y fuera de él por el epíteto de "la voz de su amo", y que la obra "Contra la Corriente" fué escrita por los dos en estrecha colaboración. Si es que no fuera suficiente el hecho de haber sido, precisamente Lenin, quien apadrinó su nombramiento para los cargos de Presidente del Komintern, Presidente del Politburo y del Consejo de Comisarios del Pueblo.

Trotsky de la misma manera, organizador y comandante supremo del Ejército Rojo. Cargo en el que por momentos llegó a eclipsar la personalidad de su propio valedor. Stalin no era más que un simple comisario político. Y de los más ineptos, como lo demuestra el fracaso de su misión en Polonia.

En cuanto a Bujarin, otro de los elementos en causa, muy joven en dicho año, puede comprenderse fácilmente la confianza que Lenin le tenía, cuando fué, junto a Radek, delegado a Alemania, con motivo de la Revolución de Noviembre de 1918. Y más si se tiene en cuenta los términos en que Lenin se refería a él: "Bujarin, decía, no es sólo un valiosísimo y excelente teórico del partido, sino que además se le considera legitimamente, como el favorito de todo el partido".

La más fuerte disidencia que se conoce entre ellos es la suscitada a partir de ser impuesta, por Lenin, la orientación de la NEP (nueva política económica). Pero esto es muy posterior. En ese momento, es verdad, el grupo se escindió en dos fracciones: Zinoviev, Trotsky y Kamenev contra ella. Tomsky, Rikov y Bujarin a favor. Stalin, incluso en esa ocasión continúa brillando por su ausencia y falta de personalidad.

* * *

La nueva política económica tenía por finalidad establecer en sus bases primitivas la libertad del comercio y la industria privada. El Estado soviético, incapaz de organizar la vida económica del país, y obstinado en domeñar la capacidad popular de los soviets y agrupa-

ciones obreras en su tendencia revolucionaria, estuvo obligado a permitir la acción individual, en este sentido, estimulando y contribuyendo al enriquecimiento y formación de una nueva burguesía.

La oculta finalidad de esta medida era una de las obras maestras del maquiavelismo bolchevique. De haber tolerado la gerencia obrera de la economía, la dictadura se hubiera preparado el suicidio. De forma rápida y fulminante el Estado condenado a la inoperancia, habría desaparecido por presión evolutiva, dando paso a la verdadera sociedad comunista ácrata. Pero ello no sólo habría sido contrario a la tendencia intrínseca e inmanente al Estado, sino, particularmente, a los intereses de la casta burocrática nacida como excrecencia parasitaria del Estado.

Es por ello que el bolchevismo ante la disyuntiva de perder su hegemonía o traicionar los fundamentos de la revolución prefirió optar por lo último. La NEP tenía por fin descargar al Estado de la responsabilidad en la normalización de la economía, en tanto éste se dedicaba a la consolidación de la maquinaria represiva. El clásico ciclo de las usurarios o herederos de los detentadores del poder real o burgués, convertidos en la fuerza represiva y contrarrevolucionaria que termina por devorar a sus mejores hijos, se confirmaba una vez más. Los jacobinos bolcheviques situados en la pendiente reaccionaria eran arrastrados por su propio impulso.

LA NEP se instituyó en 1921 a raíz de la masacre de Cronstadt. Y caso curioso, una de las calumnias con que se intento manchar la memoria de aquellos heroicos defensores de la Revolución, fué precisamente la de abogar por una política semejante.

La tendencia del bolchevismo después de la masacre de Cronstadt y Ucrania fué francamente reaccionaria, estimulándose cada vez más en sus propias contradicciones. A la NEP siguió la oferta al capital extranjero de concesiones mineras y petrolíferas, a las que el tratado de Rapallo sería el punto clave.

La entrada masiva de capitales extranjeros fué el punto de partida y el más valioso auxiliar del régimen en la senda de la industrialización del país. El paro obrero empezó a disminuir proporcionalmente. Y la miseria y el hambre del pueblo empezó a perder la trágica y siniestra máscara de los años 1917-21. El problema insoluble, para los bolcheviques, el abastecimiento urbano, fué rápidamente solucionado por la nueva burguesía rusa. Los establecimientos proliferaban emergiendo como los hongos. Y, sin embargo, el problema pudo haber sido solucionado, con más eficacia incluso, por el propio proletariado ruso.

La patente división, de todas formas, de las principales figuras bolcheviques, respecto al modo práctico de solucionar la cuestión económica, no pasó de una serie de escarceos y escaramuzas tácticas o polémicas que nunca rebasaron el marco orgánico o intempestiva ruptura tantas veces repetida después, a instancia de Stalin, no sólo a producirse en vida de Lenin. Aunque es posible que de haber vivido éste más tiempo, o gozado de mejor salud, hubiera podido producirse al fin. Lo que ha distinguido siempre al bolchevismo, ha sido, precisamente la centralización dictatorial que impedía el libre desarrollo de la menor oposición.

* * *

La muerte de Lenin en Gorki, acaecida el 21 de Febrero de 1924 fué la base de desarrollo y eclosión de rivalidades personales e intereses... Las diferencias de interpretación no fueron más que un hábil subterfugio con el que encubrir los verdaderos motivos de la pugna.

Teóricamente Stalin no era más que una nulidad sin voz ni voto. Lo contrario exactamente de su habilidad para la intriga y el maniobreo. El advenedizo aventurero no podía competir con las verdaderas figuras del régimen sino en ese terreno, cualidad que fué favorecida por sus propias víctimas obstinadas en hacerle el juego, por la desconfianza que se inspiraban entre sí.

El primer error de Trotsky, figura máxima en la ocasión, fué suscitado por su exceso de confianza. Ya decía Lenin en su testamento, "es el hombre más capaz", del partido, pero con "una excesiva confianza en sí mismo". No se justifica, de otra forma, la prolongación de su estancia en el Cáucaso, aún y enfermo, dejando de asistir a los funerales de Lenin. La maniobra de Stalin equivocándolo acerca de la fecha de los mismos no basta.

La popularidad de Trotsky, tan grande en el Ejército Rojo, Universidades y entre los medios gubernamentales y dirigentes del partido sufrió por esta causa. La imposición a renglón seguido de Frunze (amigo de Stalin desde su intervención en Ucrania), como primer asistente, durante su ausencia, no tenía otra finalidad que la de descalificarlo, al tiempo que se intentaba enfrentar a ambos, ya que el resentimiento del ex-comandante del frente Sur hacia su superior era conocido.

Finalmente, todos los amigos e incondicionales de Trotsky fueron alejados de la escena política o de la capital. El general Muralov, comandante de guarnición, fué transferido lejos de Moscú. Petrovsky

eliminado del ministerio de la Guerra, Sergio S. Kamenev, retrogrado, Ossinky destacado a Estocolmo, Saprónov a Vladivostok, Antonov Ovsienko, el célebre cónsul de Barcelona, desaparecido después, enviado a China y Preobrazhensky a Londres.

Por el contrario la equivocación de Kamenev fué desdeñar el Komintern, arma valiosa en sus manos, por sobreestimar en demasía la personalidad de Trotsky, considerando que sólo podía combatir desde el interior del partido. Cuando la magnitud del error se le hizo patente, desencadenada la lucha, se hallaba ya entre las garras de su victimario, inutilizado para el combate.

El primero en comprender su error es posible que fuera Trotsky. Ya en vista de la celebración del XIII Congreso del Partido, al frente del grupo "de los 46", e incluso su conocida intervención acerca de la base orgánica censurando la posición de los "nepistas", a los que acusaba de seguir la trayectoria de los dirigentes de la II Internacional lo confirma. No obstante, el hábil contraataque de Stalin, apoyado por Bujarin, Zinoviev y Kamenev, anuló sus esfuerzos.

Invirtiendo la maniobra de Lenin que, con motivo de la pugna por la NEP, en dos purgas sucesivas, la efectuada entre el X Congreso (Marzo de 1921) y el XI Congreso (Marzo 1922) con la expulsión de 200.751 afiliados y la anterior al XII Congreso (Abril 1923) con 146.000 expulsiones, dejaron al partido con sólo 386.000 afiliados, casi la mitad, Stalin abre la válvula a los ingresos, obteniendo para el XIII Congreso (Marzo 1924) aumentar los efectivos a 635.881 afiliados. Esta enorme proporción de ingresos, obtenida en menos de dos meses, facilitó la labor del fracasado pope, que pudo disponer del lastre que suponía esta masa amorfa, sin conocimiento de las teorías del partido, ni de sus verdaderos dirigentes, en su particular beneficio. La figura del secretario del partido, sin personalidad ni valor significó para ellos el elemento motor de la maquinaria.

Meses más tarde y con motivo de la XIV Conferencia del partido (Abril 1925) Stalin fuerte en la posición adquirida, se eleva contra la NEP, intentando y consiguiendo dar a dicho acuerdo la validez ejecutiva de los dictados por los Congresos regulares. De la misma forma que su tesis acerca de la revolución socialista en un solo país. Trotsky defensor de la "revolución permanente", se eleva contra esta última. En cuanto a la primera, siendo su original línea de conducta, clama al cielo contra el capullo.

Zinoviev y Kamenev perseveran en ella su apoyo a Stalin, en espera del próximo Congreso. Bujarin, en igual sentido, a base de la concesión que se le hace de respetar la NEP en el dominio agrícola. Pero

la "oposición de Leningrado" se perfila, Zinoviev y Kamenes han comprendido la jugada. Unos y otros empiezan a verse arrastrados y desplazados por la diabólica habilidad del Secretario del Partido.

Ante el XIV Congreso (Diciembre 1925) Zinoviev y Kamenev vuelven a aliarse con Trotskv, que cuenta a su favor con la apreciable ayuda de Krupskaja, viuda de Lenin. Toda la organización de Leningrado se halla de su parte. En esta tesitura, Stalin responde con un nuevo golpe. Son expulsados 92.881 afiliados, entre ellos todos los partidarios de la oposición. Kamenev y Zinoviev vuelven a caer en brazos de su enemigo, al que vienen facilitando el juego a causa de su falta de tesón y energía.

En 1926, nueva alianza Kamenev, Zinoviev y Trotsky. En esta ocasión parece ser que la entente va a ser más durable. Zinoviev intenta perseverar en su alianza con Trotsky. El fracaso de su anterior tentativa les estimula en el nuevo ataque. En esta ocasión, el motivo es un tema en el que Zinoviev se halla ampliamente documentado, conociendo profundamente los designios del nuevo zar.

VI. LA LUCHA POR EL PODER

En 1922 por orden del Komintern el Partido Comunista Chino se adhirió al Kuomintang. En Marzo de 1925, mediante la apreciable ayuda bolchevique, en millones de dólares, armamentos para el Ejército y expertos rusos, Tchan ha conseguido apoderarse del sur de China.

Kamenev, Zinoviev y Trotsky empiezan a atacar esta política que consideran nefasta para los intereses del partido de la Revolución y del Kremlin. Según ellos, Tchan está dispuesto a traicionar a sus aliados bolcheviques, con los que no desea compartir los frutos de la victoria. Eminentemente popular en el país, con los medios económicos suficientes y Ejército perfectamente equipado por los rusos, no espera más que la menor oportunidad para desembarazarse de unos aliados que no le merecen la menor confianza y de los cuales no puede obtener mayores beneficios. Indudablemente esta no era más que una excusa con la que encubrir la verdadera finalidad perseguida. Lo que no fué óbice para que en Abril de 1927 fuera confirmada la razón que los asistía al denunciar la política seguida respecto al Kuomintang y Tchan.

La estrella de Stalin, sin embargo, empieza a montar en la bolsa del Komintern en 1926. La nueva acusación de Stalin contra el pretendido bloque Zinoviev y Trotsky, en vista de la XV Conferencia del partido (Diciembre 1926) y del XV Congreso (Diciembre 1927) es el golpe final.

Entre una y otra Zinoviev y Trotsky que vuelven a la carga, exigen la discusión en el próximo Congreso del problema de la inoperancia del Comité Central, sobre el problema de la NEP, exigiendo se proceda a una rápida liquidación de ella, para poder pasar a la implantación del sistema de industrialización y de koljoses y sovjoses agrícolas. El C.C. se niega a acceder a esta petición, abriendo finalmente la discusión en Octubre de 1927. Pero la jugada es de las

les... Rusia no ve ninguna razón que impida tener con Alemania relaciones normales, que podrían mejorarse sin cesar”.

La sugerencia, por tanto, era de peso. Ella denotaba, al mismo tiempo que los intereses rusos se identificaban con los de Alemania más que con ninguna otra potencia. Pero lo más curioso es que a la misma hora una proposición concluyente, de alianza-tripartita, era hecha a Francia e Inglaterra. De esta forma, jugando con cartas marcadas, Stalin buscaba enfrentar al mundo, envenenar las relaciones internacionales, y esperar a última hora las ofertas de unos y otros antes de decidirse por el mejor postor.

Las negociaciones con Inglaterra eran efectuadas por Litvinov, en tanto que ministro de Asuntos Exteriores de la U.R.S.S. La prensa extranjera, siguiendo la inocente manía de seguir el rumbo de los destinos del país de los soviets con arreglo al lugar ocupado en las tribunas de honor en el curso de los desfiles de las personalidades del régimen, hizo estado de causa del hecho de que éste se mostrara durante el primero de mayo a la derecha de Stalin. Lo que no fué óbice para que dos días más tarde fuera destituido siendo remplazado por Molotov.

* * *

La maniobra era una concesión de pronóstico tendiente a influir sobre la decisión de Hitler. El judío Litvinov era una dificultad en las relaciones entre los dos países, que fué descartada en el momento oportuno.

Seguidamente los contactos con Alemania se intensificaban, en tanto las relaciones con Francia e Inglaterra van sufriendo el flujo y reflujo de la nueva orientación. El 20 de mayo Molotov recibe al embajador alemán, Schulenburg. La conversación entablada por este último versa sobre las dificultades de realización de las propuestas de Mikoyan en cuestiones económicas. La respuesta del primero no pudo ser más concluyente, “El Gobierno soviético no podría aceptar de emprender las negociaciones hasta que “las bases políticas” requeridas a este efecto no hubieran sido creadas”.

El juego de Moscú empezaba a precisarse. Pero, de todas formas, evitando comprometerse. Todos los esfuerzos e insistencia del embajador alemán para hacer precisar y definir lo que el representante ruso entendía por bases políticas, fueron nulos. La obstinación y tozudez de Molotov se encerró en esta declaración de principio, sin aclarar el alcance de su propuesta. El Kremlin dejaba al interés del

contrincante, la función de adivinar el alcance de sus insinuaciones y, por tanto, la responsabilidad de conclusiones.

Entretanto, las conversaciones con Francia e Inglaterra se proseguían de un modo similar. La posición de Rusia no cesaba de consolidarse. Tanto unos como otros cotizaban la amistad soviética con igual precisión y perseverancia.

A últimos de mayo, en vista del aumento de la tensión internacional, las democracias, decididas a definir la posición bolchevique, toman una iniciativa radical: invitar a Mikoyan y Vorochilov. El contraataque alemán es fulminante. El 30 de mayo, Hitler decide abrir el debate en toda su amplitud y entablar relaciones con la URSS; inmediatamente, las proposiciones efectuadas son, obedeciendo al deseo ruso, tanto de orden económico como político. La oferta democrática es desdeñada ostentosamente.

* * *

Finalmente, Rusia había conducido a Alemania al terreno de su juego. Los aparentes designios rusos estaban cumplidos. Pero la sorpresa no puede ser mayor. Stalin a última hora, vuelve a postergar toda clase de compromiso. Las medidas dilatorias, vuelven a ser puestas en vigor. La esfinge se hace cada vez más impenetrable, dando lugar a la reacción alemana de suspender momentáneamente las conversaciones.

Medida que ni surte, ni puede tener efecto. El verdadero interés de Stalin no es el compromiso con una u otra parte, sino el de decidir a los contrincantes en pugna a saldar sus diferencias por vía armada. Rusia va obrando como un alcaide que, lenta y de forma paulatina, va envenenando las relaciones internacionales.

El interés ruso es más que manifiesto. La tesis staliniana de “la revolución en un solo país”, no es más que una medida demagógica. La realidad concluyente está ligada a la voluntad imperialista del régimen. Rusia intenta enfrentar al mundo manteniéndose como árbitro del encuentro, para terminar decidiendo de los resultados finales, tras el oportuno desgaste de las fuerzas en liza. La nueva orientación ha sido facilitada por las circunstancias de la actualidad internacional del momento.

Es por ello que el manifiesto sentido de las diferencias rusas se encaminan al compromiso con Alemania, por ser la sola alternativa de permanecer al margen de la guerra. Su alianza con las democracias la hubieran situado en la posición de beligerante y, en este ca-

so, fuera del campo de acción conveniente. De todas formas, debe tenerse en cuenta que, si esta actitud no fue comprendida en los países demócratas, ella era conocida de Hitler.

Lo que no fué óbice para que a fines de julio las negociaciones volvieran a reemprenderse. Alemania, aunque conociendo la trampa que se le tendía, estaba interesada en llevar a buen final las mismas, al objeto de evitarse el cerco a que de otra forma se exponía en principio. Antes de lanzarse sobre la URSS, precisaba eliminar el peligro que las democracias suponían.

La primera noticia sobre la reapertura de las conversaciones es de fecha 22 de julio. Toda la prensa soviética de dicha fecha, publicaba el siguiente comunicado: "Las negociaciones germano-soviéticas relativas al comercio y al crédito se han reanudado recientemente. Las negociaciones son dirigidas por Barbarin, representante comercial adjunto a Berlín, por el Comisariado al Comercio Exterior, y por Schnurre por los alemanes".

Lo lacónico de la información parece querer insinuar el poco interés del Kremlin a la cuestión. Y, de otra parte, parece intentarse resaltar el interés alemán, dada la personalidad de su representante, que debía tratar con un muy inferior elemento en la escala jerárquica del campo diplomático.

Las primeras conversaciones iniciadas en Berlín son, pese a los términos del comunicado, más de orden político que económico. Los rusos estuvieron particularmente interesados en conocer y fijar cuáles eran los intereses alemanes en exigencias territoriales. E incluso de propio grado reconocieron "que Danzig sería de todas formas devuelto al Reich y que la cuestión del "pasillo" debería ser, de una forma u otra, resuelta en favor del Reich".

Las relaciones germano-soviéticas se reanudarían, según mutuo acuerdo en tres etapas: Primera, firma del tratado relativo al crédito y al comercio; Segunda, normalización y mejoramiento de las relaciones políticas; Tercera, delimitación de las esferas de influencia. Como puede comprenderse, era precisamente el último punto el considerado por los rusos cuando de "bases políticas" hacían cuestión. Dichas bases no tenían otro significado que el delimitado por las esferas de referencia.

A partir de este momento, el idilio germano-soviético empieza a concretizarse. Particularmente a partir del 3 de agosto tras la conferencia de Molotov y Schulemburg, no queda lugar a la duda. La decisión del Kremlin de revisar la actitud de la prensa, intercambio cultural, etc., con Alemania, es más que significativa. Máxime cuan-

do Polonia es ofrecida como carnada a su voracidad por los Alemanes.

En esta fecha, Stalin pone al descubierto sus verdaderos fines políticos. Las exigencias hitlerianas y sus provocaciones agresivas, tuvieron la virtud de sacar una buena parte de la opinión pública del marasmo de los últimos años. Los gobiernos democráticos empiezan a sentir la amenaza sobre sus cabezas. En esta tesitura la presión de éstas sobre el Kremlin, al objeto de arrancarle el compromiso de una declaración común, que probablemente hubiera apaciguado los desafueros belicistas de Hitler, fué un fracaso más.

* * *

El 12 de agosto, una misión militar de Francia y otra de Inglaterra parten para Moscú y, caso curioso, cuando las gestiones parecen estar a punto de culminar en el desenlace lógico, según, claro está, la lógica occidental, estalla la bomba. El mundo conoce, entre incrédulo y asombrado, la firma del tratado nazi-soviético.

Pasada la primera sorpresa, todos los órganos de información stalinista en Occidente rectifican el tiro de sus baterías, pasando a obstruir y entorpecer la lucha contra el nazismo. Los responsables de la catástrofe pasan desde este momento a ser las democracias. La mayor infamia del siglo XX es orquestada a bombo y platillo. Las quintas columnas del Kremlin se hunden en la ignominia, estimulándose en superar la indignidad de todo su historial político. El Partido Comunista (?) francés (?) bate de largo todos los "records", establecidos en no importa qué época y por quién. Sus publicaciones de aquella fecha son el más monstruoso monumento de la mancuella política.

Las gestiones iniciadas a sugerencia alemana el 14 de agosto terminaron definitivamente nueve días después. El pacto de no agresión es firmado en el Kremlin por Molotov y Ribbentrop, desplazado de urgencia a tal fin. Por causa de este tratado, Rusia adquiere el derecho a la ocupación de media Polonia. Como en los mejores tiempos de los zares, la alianza de los dos países da por resultado la eliminación del tercero.

Las intenciones de Stalin respecto a esta alianza se habían perfilado, como hemos dicho más arriba, desde años antes. La finalidad imperialista de ambos regímenes así lo exigía. Pero indudablemente lo que más pudo influir en el ánimo de Stalin fué la negativa democrática a acceder a las exigencias rusas sobre la Polonia oriental y los países bálticos.

La alianza con Alemania, por el contrario, reconocía lo fundado de estas exigencias, añadiendo aun la Betsarabia oriental. La anexión del territorio polaco soldaba definitivamente la levantisca Ucrania al mosaico ruso. Pero lo que soldó ésta a muchas otras posesiones kremlinistas fué la absurda concesión efectuada por las democracias en el crítico momento en que la balanza se inclinaba a su favor. Se ha dado de esta manera la incongruencia de robustecer "motu proprio" el mayor enemigo que tenían interés en eliminar abocando los pueblos a un nuevo conflicto armado, cuyas consecuencias sobrepasaron con mucho las catastróficas resultantes del precedente. Del mercado entre chalanes no podía resultar otra cosa.

* * *

El proyecto soviético del pacto, aprobado en principio, estaba concebido en los términos siguientes:

El gobierno de la U.R.S.S. y el gobierno alemán, deseando reforzar la causa de la paz entre las naciones y basándose en las disposiciones esenciales del acuerdo de neutralidad concluído en abril de 1926 entre la U.R.S.S. y Alemania, han realizado el acuerdo siguiente:

Artículo primero. Las dos altas partes contratantes se comprometen a renunciar recíprocamente a todo acto de violencia y a toda acción agresiva, de cualquier naturaleza que sea, acerca de una u otra, así como a un ataque de una contra la otra, sea individualmente, sea conjuntamente con otras potencias.

Artículo segundo. En el caso de que una de las altas partes contratantes fuera objeto de un acto de violencia o de un ataque de la parte de una tercera potencia, la otra parte contratante no prestaría, de ninguna manera, su apoyo a tales actos de la susodicha potencia.

Artículo tercero. Si alguna diferencia o conflicto se produjera entre las altas partes contratantes relativamente a una cuestión de una naturaleza cualquiera, las dos partes se comprometen a solucionar estas diferencias o conflictos exclusivamente por medios pacíficos, por vía de consultación mutua o, en caso de necesidad, por la creación de comisiones arbitrales apropiadas.

Artículo cuarto. El presente tratado será concluído por un período de cinco años, quedando entendido que si una de las altas partes contratantes no lo denuncia un año antes de su expiración, la validez del tratado será automáticamente prolongada por un nuevo período de cinco años.

Artículo quinto. El presente tratado será ratificado en el más breve plazo posible a continuación de lo cual el tratado entrará en vigor.

Posdata: El presente pacto sólo será válido si un protocolo particular comprendiendo los puntos a los cuales las altas partes contratantes están interesadas en el dominio de la política extranjera es firmado simultáneamente. El protocolo será parte integrante del pacto.

Las conversaciones preliminares de la firma fueron efectuadas por Stalin y Molotov de una parte y Ribbentrop de la otra. Por primera vez el amo del Kremlin tras los brindis de rigor, desdeñando su natural reservado, se manifestó en los siguientes calurosos términos: "El gobierno soviético acoge el nuevo pacto de forma muy seria. Él puede garantizar sobre su honor que la Unión Soviética no traicionará a la otra parte contratante".

Unos días después, el 6 de septiembre, Schulemburg podía informar satisfecho a Ribbentrop de las buenas intenciones moscovitas. "El gobierno soviético se esfuerza por modificar aquí los sentimientos de la población acerca de Alemania. La prensa está transformada. No solamente los ataques contra la conducta de Alemania han cesado completamente, sino que aún el análisis de los sucesos en materia política internacional está basado en muy amplia medida sobre informes alemanes, y las publicaciones anti-alemanas han sido retiradas del comercio, etc.". El cambio de orientación no podía ser más halagador.

De todas formas debe tenerse en cuenta que este aspecto del problema es pasado por alto por Krutchev. Indudablemente esto, como tantas otras cosas, debe ser aprobado por él. Su silencio al menos así parece evidenciarlo. La importancia del problema y la documentación a su disposición, precisamente en su propio campo de acción, debe haberlo fijado. De no ser que esta línea de conducta le haya sido impuesta por sus propios colegas que colaboraron a este fin.

* * *

Pocos días después de los hechos reseñados era invadida Polonia por el ejército nazi. Y consecutivamente a ello la declaración de guerra a Alemania, por parte de las democracias, Francia e Inglaterra, que debió sorprender a Stalin. La política del avestruz que aquéllas habían venido adoptando como línea de conducta lo había confirmado en que la invasión de Polonia no repercutiría mayores consecuencias. Aunque, a pesar de todo, su reacción fué rápida, intentando sacar de ello los mayores resultados.

"El pacto nazi-soviético, decía "Pravda" del 23 de agosto de 1940,

ha garantizado a Alemania la seguridad en el Este". Monumental verdad, por cierto, a la que faltaba añadir el desconcierto y la confusión en el Oeste. Y particularmente los miles de toneladas de productos alimenticios y estratégicos que Rusia había suministrado a su flamante aliado. Miles de las bombas que debían explotar sobre Londres, o no importa qué otros puntos del territorio aliado, habían sido construidas con material soviético. Con chatarra de la "patria del proletariado", facilitada a los nazis para servir en su labor destructora del pueblo.

Fueron aquellos días de euforia y de triunfo. La propaganda stalinista que con tanto furor, años antes, había clamado contra el nazismo, cesó por completo su campaña. El enemigo presente eran las democracias. El peligro había sido descartado gracias a la sagaz perspicacia del "padrecito de los pueblos". En abril de 1941, después de la firma del pacto ruso-japonés, Stalin, rompiendo con sus costumbres acompaña a Matsuoka, ministro de Asuntos Exteriores del Japón, a la estación de Moscú, abrazándolo públicamente en señal de afectuosa despedida. La emotiva fotografía fué publicada en la primera página de todos los periódicos rusos. Stalin hacía honor a su verdadera idiosincrasia, regocijándose de poder hallarse en su propio ambiente y entre elementos afines.

Dos meses más tarde, junio de 1941, las tropas nazis invadieron "la patria del proletariado", sin previa declaración de guerra. La total incapacidad de la armada rusa quedó patentizada una vez más ante el rápido avance de la hitleriana. Cinco meses después del primer ataque, la cruz gamada ondeaba en Himhi, barriada de Moscú, a pocos kilómetros del Kremlin. Los centros industriales, agrícolas y de comunicación férrea del país quedaban en poder de los alemanes. Con ellos caía un área de población evaluada en el 40 por ciento del total del país de los soviets, sin soviets.

La crítica de Krutchev de los méritos guerreros de Stalin empieza a partir de la patente derrota. "Stalin, dice, pensaba que era el fin. En uno de los discursos de la época declaraba: "Todo lo que Lenin había creado, nosotros lo hemos perdido para siempre". La desmoralización fué tal que Stalin abandonó totalmente la dirección de las operaciones. Y cuando finalmente se decidió a cogerlas en mano "fué después de haber recibido la visita de ciertos miembros del "buró político", que le dijeron era necesario tomar ciertas medidas inmediatamente a fin de mejorar la situación en el frente".

La acusación de Krutchev cuanto a la responsabilidad de la catástrofe es concluyente: "El peligro amenazante suspendido sobre nues-

tra patria en el primer período de la guerra era debido grandemente a los errores de Stalin y a los métodos por los cuales él dirigía a la nación y el partido". El mito del genio militar del salvador de la patria, del que con tanta delectación se habían ufano todos los acólitos y al que tantas mágicas virtudes le habían sido atribuidas, se desmorona ante el sople imperioso de las pasiones de su heredero.

* * *

La pérdida de la moral en las esferas dirigentes era un simple reflejo de la sustentada por el propio dictador. Esto de una parte, y de otra la animosidad de los colaboradores del mismo ante lo arbitrario de sus medidas fueron una ayuda eficaz para Hitler. Fué precisamente entre ellos que los alemanes hallaron sus más preciosos colaboradores en los territorios ocupados. Las doctrinas materialistas de Marx sufrían por esta causa la más patente negación. Y es lógico que así sea. En un país en el que la capacidad de raciocinio es una cualidad que sólo puede conducir frente al piquete de ejecución, es normal que los instintos anímicos del hombre se desarrollen en un alto grado de eficacia.

En este sentido la voluntad del hombre atrofiada cree poder hallar un aliado en el enemigo de su propio enemigo, sin detenerse a discernir las causas motrices de una y otra. Puede, igualmente, que en no pocos de aquellos elementos haya obrado la consideración de salvaguardar los privilegios sustentados haciéndose útiles a los nuevos amos de la situación. De todas formas lo que es evidente es que el cambio de opresor fué recibido con júbilo y hasta con alborozo en principio. Regiones enteras y millones de habitantes serían, más tarde, a la liberación, deportados por esta causa a Siberia. La traición al Estado proletario así lo justificaba.

Fué aquel un momento crítico y penoso para Stalin. Abandonado del pueblo, sin colaboradores, sin moral y sin poder esperar ayuda de las democracias, a quienes había terminado de traicionar. La retirada rusa es una de las más calamitosas estampas de aquellos días. Nada podía detener el empuje alemán. Victorioso en Europa, casi íntegramente caída en su poder, vencedor en África, la ocupación de Rusia era sólo una cuestión de meses.

El momento para Stalin no podía ser más crucial. La desorganización de todos sus servicios era tan evidente y completa que ella significaba de por sí, el más preclaro signo de la derrota. A ello añadido la total incompetencia del jefe supremo en la dirección de las operaciones militares.

A este respecto afirma Krutchev: "Cuando la situación advino excepcionalmente grave para nuestra armada en 1942, en la región de Jarkov habíamos decidido a justo título detener una operación cuyo objetivo a la época había podido haber tenido para la armada fatales consecuencias si ella se hubiera llevado a efecto. Nosotros informamos a Stalin indicando que la situación reclamaba que fueran cambiados los planes de operaciones para impedir al enemigo de destruir una importante concentración de nuestras tropas".

"Contrariamente al sentido común, Stalin rechazó la sugestión y dió orden de proseguir la operación..." Todos los intentos de Krutchev tendientes a ponerse en contacto con él fueron vanos. La orden era terminante y las fracasadas tentativas de conectar a Stalin telefónicamente tropezaron con la negativa del jefe a oírlo personalmente, haciéndose transmitir la conversación por medio de su secretario Malenkov.

"¿Y cuál fué el resultado de todo esto?, se pregunta Krutchev. Lo peor de lo que podía esperarse. Los alemanes cercaron nuestras concentraciones de tropas y perdimos en consecuencia, centenares de millares de soldados. Tal es el genio militar de Stalin. He ahí lo que nos costó". Claro que este genio, si se puede admitir la afirmación, más que dudosa, del crítico de que "Stalin preparaba sus planes utilizando un mapamundi", es raro que no hubiera conducido aún más rápidamente el país a la catástrofe.

* * *

Sea lo que fuere, lo más evidente es que esta parte del informe es la que con más precisión nos documenta sobre los motivos que han podido inducir a Krutchev en su ataque. El miedo de una parte y la vanidad zaherida deben haber sido un permanente resquemor que ha envenenado la vida del discípulo. Esta parte que hubiera debido ser la más documentada es, sin embargo, la más pobre a causa de haber sido dictada por la envidia, el rencor y el evidente deseo de enaltecer los propios méritos militares en detrimento del impugnado.

La vanidad de Krutchev es equiparable a la de Stalin. El hijo es un fiel engendro de su progenitor espiritual. Pero esto parece no haber sido observado por él. El conocido proverbio de la viga en el ojo ajeno encuentra aquí amplia corroboración.

Pero lo más curioso es la vehemencia de sus ataques a la vanidad de Stalin. Pasando revista sobre el particular a los films cinemato-

gráficos y a las obras literarias donde la genialidad militar del "mariscalísimo" fué ampliamente proclamada, su diatriba no puede ser más lapidaria.

"C'est écoeurant", dice. "No se trata más que de propagar el tema según el cual Stalin era un genio militar. Recordemos el film "La caída de Berlín". Aquí es Stalin solo que obra; él transmite sus órdenes dentro de una sala en la que se pueden observar varias sillas inocuadas. Esto da la impresión de que Stalin trabaja, decide, obra y ejecuta solo de lo más simple a lo más complejo".

"¿Dónde están los jefes militares, el "buró político" y el gobierno? ¿Qué hacen y de qué se ocupan? Nada se dice en el film. Stalin obra por todo el mundo; él no cuenta con nadie, ni a nadie pide parecer. Es sobre este falso decorado que todo es presentado a la nación. ¿Por qué? A fin de aureolar a Stalin de gloria, contrariamente a los hechos y la verdad histórica".

"No podemos dejar de interrogarnos: ¿dónde se encuentran los militares que debían llevar el peso de la guerra sobre sus espaldas? Ellos se hallan ausentes del film. Stalin, presente, no restaba sitio para nadie".

"No es Stalin, rectifica Krutchev, sino el partido entero, el gobierno soviético, nuestra heroica armada, sus jefes talentosos y sus bravos soldados, la nación soviética por entero, que han obtenido la victoria en la gran guerra patriótica". La elocuencia del homenaje de Krutchev a todas las fuerzas del país le da un cierto aire de espontaneidad y sinceridad. Pero ello, como todo el informe, es falso y teatral. En el informe de Krutchev no abundan más que los golpes de teatro. Su autor se acredita como el mejor actor, no sólo de la actualidad bolchevique, sino puede que superior a todos sus predecesores.

No se puede englobar en el elogio y ponderación de méritos a las fuerzas vivas, con las anquilosadas de un país. Y mucho menos dar a éstas la plaza de honor que se les concede caprichosamente. Ni el partido, ni el gobierno, ni los jefes militares rusos fueron artífices más que de la desorganización del país y de sus propios estamentos.

No deja de ser sintomático que Krutchev, tan encarnizado defensor de la "verdad histórica", pase en el espacio de una página a falsificar ésta en los términos que lo hace. En la victoria soviética son varias las causas a considerar. En primer lugar habrá de tenerse en cuenta la inesperada ayuda aliada. Fué ella la que estimuló, precisamente, la consolidación de la maquinaria estatal totalmente resquebrajada. Los desertores burócratas recobran una parte del perdido

optimismo. La confianza volvió a renacer por esta causa, y más que nada con motivo de la intervención de la América del Norte. Estas dos causas operadas simultáneamente fueron la más poderosa revitalización de las energías rusas.

Por otra parte, la acertada información de Ricardo Sorge, nieto del secretario de Carlos Marx, y espía soviético en el Japón, acerca de las verdaderas intenciones de los jefes militares nipones. Siendo el Pacífico la zona de interés japonesa, las fuerzas rusas, concentradas en la Manchuria, en previsión del ataque japonés, son retiradas y desplazadas de urgencia al frente occidental.

De todas formas lo más positivo fué el envío de material norteamericano que llegó a oleadas. Y, particularmente, digámoslo de paso, como reconoce el propio Krutchev: "Las acciones magníficas y heroicas de centenares de miles de personas del Este y del Oeste durante la lucha contra la amenaza de sumisión al yugo fascista". Omitiendo, cosa que silencia Krutchev, los partidos bolcheviques de Occidente que, por orden de Moscú, fueron los más leales colaboradores del fascismo, autores de la confusión de la primera época de la guerra. Como todo el partido y los propios dirigentes sin excepción del país de los soviets. Entre ellos Krutchev que aunque no fuera una de las figuras próximas al Kremlin, era ya uno de los dirigentes de Ucrania y el partido.

VII. EL PACTO DE LOS MISERABLES

Nadie en el interior de Rusia dudaba de que el idilio nazi-bolchevique pudiera dejar de eternizarse. Stalin estaba íntimamente convencido, hasta el extremo de que los diplomáticos rusos en el extranjero temían informar al Kremlin de la gravedad de la situación. Aunque de todas maneras ello puede que nada hubiera variado. Algunos diplomáticos rusos se decidieron a hablar, e incluso hubo un desertor que informó a los rusos del ataque alemán, sin que sus palabras merecieran el menor crédito.

La situación bolchevique pronunciada por sus dirigentes era de tal forma catastrófica que, como el propio Krutchev reconoce, no tenían armas para el ejército. "Desde Kiev, dice Krutchev, telefónicamente me dirigí al camarada Malenkov diciéndole: Tenemos en la nueva armada voluntarios que piden armas. Enviennos. Malenkov me respondió: No podemos enviarle armas. Enviamos todos nuestros fusiles a Leningrado y es manester que se armen ustedes mismos".

La diatriba de Krutchev es verdaderamente virulenta en esta parte. Tanto que llega incluso a acusar a Stalin de anormal. "Incluso, afirma, después del principio de la guerra, la nerviosidad y la histeria manifestada por Stalin..." etcétera. Esto, que en apariencia parece no tener gran importancia, la tiene en extremo cuando un elemento de esta índole, un *histerico* dirige no sólo los destinos de un país, sino que ha podido dirigir los de millones de individuos en los más diversos países, los cuales han influido decisivamente, algunas veces, en la dirección política y la opinión pública de los mismos.

Lo que Krutchev omite una vez más es hablar claramente sobre la responsabilidad de todos los dirigentes bolcheviques en esta cuestión. El endiosamiento de Stalin no es un factor personal de propia creación, sino que lo es de toda la burocracia bolchevique que a fin de cuentas fué su propia genitora.

En el aspecto de considerar a Stalin como un verdadero genio militar

en vez de la verdadera nulidad que Krutchev nos presenta, permítase-nos incluir una sarta de perlas, que avalan cumplidamente lo que adelantamos:

"Stalin es el fundador de las fuerzas armadas soviéticas, el gran capitán de nuestra época. Todas las operaciones de la gran guerra patriótica (idéntica expresión que la empleada por Krutchev) han sido decididas por el camarada Stalin y dirigidas bajo su dirección". "Stalin y las fuerzas armadas", obra de Bulganin, 1950.

"En la segunda guerra mundial, cuando las oscuras fuerzas del fascismo se cernían sobre el mundo, amenazando destruir la cultura de la humanidad, el camarada Stalin a la cabeza de la Unión Soviética, dirigió personalmente la obra de destruir las hordas hitleriana, asegurando la victoria de los pueblos pacíficos y siendo jefe reconocido en la áspera lucha liberadora de la humanidad del yugo del fascismo". "La Pravda", 21-12-49. Firmado Malenkov.

"Stalin revisaba varias veces por día la forma en que estaban ejecutadas sus órdenes y visitaba personalmente los diversos frentes a este objeto. Antes de la operación de Smolensko, llegó al frente Occidental para dar las órdenes más completas de la batalla. "La Pravda", 21-12-49. Firmado Bulganin. Sin embargo, Krutchev sostiene que "durante toda la guerra patriótica, él [Stalin] ni había jamás visitado ninguna parte del frente ni ninguna villa liberada, a excepción de una corta visita sobre la ruta de Mozhaïsk, durante un período de la estabilización del frente". Ante lo que cabe interrogarse: ¿Quién jugó con la credulidad humana? ¿Quién facultó el "culto de la personalidad"? ¿Stalin? ¡No! Los mismos que hoy, precisamente, le censura, entre ellos el *eximio* secretario del partido bolchevique.

* * *

Las falsedades de las jerarquías del partido no pueden ser más evidentes. Pero lo son aún más a continuación. Entre las tantas cosas que se le habían reprochado a Stalin, la más grave, quizás, era la del sistema concentracionario que había implantado en el país. Todo ello como se sabe desmentido tesoneramente por el Kremlin y sus hombres de paja.

Según la terminología bolchevique, la U.R.S.S. está constituida por dieciséis repúblicas socialistas federadas: Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Ouzbekia, Kazakia, Georgia, Azerbaidjan, Moldavia, Kirguizia, Armenia, Turkemia, y la Carelo-finlandesa. Las tres restantes son Estonia, Letonia y Lituania, cuya anexión es más que conocida en la forma en que fué operada.

Pero habrá de tenerse en cuenta que existen además, en el seno de estos Estados, una serie de minorías étnicas "que se distinguen del resto de la población por sus particularidades nacionales" y que "forman, según su libre consentimiento, las repúblicas autónomas soviéticas". Caben citarse entre ellas la Kabarda, Mordavia, Iakulia, Adjoria, Abkazia, Natkichevan, Kara-Kalpia, etc. A más de, en orden de importancia, las regiones autónomas y los cantones nacionales, cuyas relaciones y organización se hallan reguladas por una serie de leyes, que en realidad son la más patente negación del más elemental principio federalista.

"La Unión Soviética, afirma a este respecto Krutchev, está considerada a justo título como el modelo de Estado multinacional porque nosotros hemos, en la práctica, asegurado la igualdad de derechos y la amistad de todas las naciones que viven en nuestra vasta patria". Claro que esto, como veremos más adelante, no es más que una falsedad, y la igualdad y la amistad, asegurada en la práctica, el más odioso escarnio histórico.

Ya hemos visto la serie de censuras y críticas que la labor de Stalin ha merecido a Krutchev. Pero sus más severos juicios son los suscitados por la política nacional de su predecesor. Mucho "más monstruosos son los actos, concluye, cuyo inspirador fué Stalin y que constituyeron las brutales violaciones de los principios fundamentales de la política de nacionalidades del Estado soviético. Nos referimos a las deportaciones en masa de pueblos enteros, con todos los comunistas y "kansomoles", sin excepción, medidas de deportación que no estaban justificadas por ninguna consideración militar".

"Cuando a fines de 1943, se produjo una brecha en todos los frentes de la gran guerra patriótica en beneficio de la Unión Soviética, la decisión fué tomada y puesta en ejecución concerniente a la deportación de todos los "karatches" de las tierras en que vivían. A la misma época, fin de Diciembre de 1943, la misma suerte le cupo a toda la población de la república autónoma Kalmuk. En Marzo de 1944, todos los Tchechenes y todos los Inguches han sido deportados y la república autónoma Tchechene-Inguche ha sido liquidada. En abril de 1944, todos los Balkars han sido deportados a lugares muy alejados de la república autónoma kabarda. Los ucranianos no evitaron esta suerte sino por ser muy numerosos y no haber dónde deportarlos. De lo contrario ellos habrían sido deportados también".

"No solamente un marxista-leninista, sino todo hombre de buen sentido no puede comprender cómo es posible tener a naciones enteras por responsables de actividades inamicales, comprendidos mu-

jeros, niños, ancianos, comunistas y konsomoles, de forma a usar masivas represiones contra ellos, y condenar a la miseria y al sufrimiento en razón de los actos hostiles perpetrados por individuos y grupos de individuos”.

Ciertamente. No hay nadie que pueda admitir tan horrendo crimen. O más exactamente, no hay ningún hombre que lo pueda aceptar. Pero, si el hecho ha podido ocurrir, en la patria bolchevique, no ha sido sin el consenso y complicidad de todo el Partido, y en primer lugar de todos sus dirigentes, incluídos los oportunistas impugnadores del momento.

En cuanto al genocidio, en su totalidad, aunque ello no aumentó la magnitud del odioso acto, debemos considerar que ha sido mucho más amplio que lo manifestado por Krutchev. Los tártaros de Crimea, deportados a Siberia en 1944, han sido omitidos. Y anteriormente a todo esto, los fineses, griegos, búlgaros, armenios, letones, estones, lituanos, alemanes de Dniepropetrovks, etc. Para terminar con los alemanes del Volga, deportados en masa, por decreto del 22 de Agosto de 1941.

A no ser que ello lo cargue, Krutchev, a la cuenta de alguna “consideración militar”. Pero, aun en este caso, ello ni puede ser comprendido, ni tener justificación para ningún “hombre de buen sentido”. Y si lo tiene para los marxistas-leninistas tanto peor para su doctrina, que se avera falsa de punta a rabo, impugnada por la tesis que le presta, según sus doctrinos, categoría de científica.

De todas formas no deja de ser paradójico y absurdo, la forma y esencia de esta acusación del discípulo a su maestro. En efecto, apenas pronunciada la requisitoria, que en algunos pasajes puede ser equiparada a la del repugnante Vichinsky en 1936-38, el alumno superaba al profesor en el campo de Vorkuta. Y no hablemos de su proceder en otros sitios. Dejémoslo, de momento, en vísperas de que su sucesor pueda hacer de ello el uso que él ha hecho de los actos equivalentes de su legatario.

* * *

Tal para cual, la igualdad dentro del partido bolchevique es de orden esquizofrénico y pervertidos instintos. Ébrios de sangre y poder todas sus jerarquías han de enfrentarse a las mismas contradicciones... La obstinación de juzgar las causas por los efectos, los sitúa en el círculo vicioso de perpetuar la ignominia que, finalmente, ha de caer sobre sus propios hombros. La ceguera crónica de la capacidad de raciocinio, no puede obrar otro resultado.

Es ello lo que estimula la capacidad perorativa de Krutchev, impidiéndole ver los fallos de su dialéctica. Aunque no se le puede negar habilidad. El pobre hombre da la impresión de un colegial tímido e inexperto desarrollando una tesis impuesta, contraria a sus principios y de la que depende la adjudicación del diploma... Todo se reduce en él al golpe teatral de la sorpresa, o al infantil planteamiento del problema, aunque la hiel rezume por todos sus poros.

La arbitrariedad de los métodos que él califica de stalinianos, y que no ha tartado en adoptar, parecen sumirlo en la perplejidad. “A la terminación de la guerra patriótica, dice al empezar uno de los extremos más interesantes de su informe, la nación soviética exaltó con orgullo las victorias magníficas cosechadas gracias a inmensos sacrificios y esfuerzos colosales. El partido había salido de la guerra aún más unido; en el fuego de los combates los cuadros se habían templado y endurecido. En estas condiciones, no le hubiera venido a nadie la idea de pensar en la posibilidad de un complot en el partido”.

Pues bien, esto que a nadie se le hubiera ocurrido, fué la primera idea de Stalin. Verdaderamente los bolcheviques son originales. “Y es precisamente, aclara, en esta época que ha nacido el asunto llamado de Leningrado”. Que “como esto ha sido ahora establecido, se trataba de un golpe preparado”. Voznelssensdsky, Kouznetsov, Rodionov, Popkov y otros, eran, por tanto, inocentes.

Naturalmente lo que le ha faltado decir es que los elementos en cuestión eran todos stalinistas de vieja solera. Y añadir que una vez eliminada la oposición, o personas susceptibles de poderla formar, Stalin empezaba a devorar a sus propios partidarios. De no haber mediado la guerra o de haber vivido unos años más, el “príncipe de la paz”, hubiera imperado en el partido con la paz de los cementerios. Esta purga, consecutiva a la deportación de los pueblos que venimos de señalar, era el principio de una nueva masacre equivalente a la conocida con el calificativo de “la gran purga”.

La depuración de Leningrado, sobre la que sea dicho de paso se ignoran las imputaciones alegadas contra los acusados, arrolló a una serie de las personalidades más en vista del partido. “¿Cómo es posible que estas personas hayan sido denunciadas como enemigas del pueblo y liquidadas?”, se interroga lleno de candidez el informador. Lo que no será óbice para que a renglón seguido añada: “Los hechos prueban que el “asunto de Leningrado” es también la consecuencia del absolutismo de que Stalin hacía prueba acerca de los cuadros del partido”.

“Si hubiera existido una situación normal en el Comité Central

del Partido, reafirma solemnemente, y en el "buro político" del Comité Central, los asuntos de éste género habrían sido examinados conforme la práctica del Partido y los hechos de referencia habrían sido apreciados; y, en consecuencia, un hecho de esta suerte, como tantos otros, no habría podido producirse".

He ahí reflejada netamente la esencia del informe Krutchev. Confusión y estupefacción. O Krutchev es un pobre diablo, o ha tomado por imbécil a su auditorio. Según se desprende de la aseveración precedente, el Comité Central y el Buro Político habrían podido evitar los desafueros de Stalin de haber existido una situación normal y si los asuntos de esta índole hubieran podido ser examinados conforme a la práctica del partido. Como si desde el principio del informe no se estuviera diciendo que esta práctica no era otra que la brutalidad del dictador hecha ley. Y como si fuera posible que Stalin hubiera podido decidir e imperar sobre todos, gobernando y dirigiendo solo y sin sostén de ninguna clase. ¿Pero en este caso la célebre "Comisión" que actuaba "bajo el control del presidium del Comité Central para qué había sido nombrada y cuál era su misión"?

El hecho de que Krutchev encuentre la situación de la preguerra más benigna que la posterior nada justifica. Es muy posible que, como afirma: "después de la guerra, la situación no hizo más que complicarse. Stalin se volvió más caprichoso, irritable y brutal, en particular sus sospechas se acrecentaron. Su manía persecutoria alcanzó proporciones increíbles". Pero ello no hubiera sido posible sin el concurso de sus colaboradores. Cosa por otra parte reconocida al final, por el propio Krutchev, que dice: "Ante todo debemos considerar el hecho de que los miembros del Politburo consideraron estos asuntos de una manera diferente en las diversas épocas".

O sea que la manía persecutoria de Stalin no hubiera podido hallar materia a sus fines de no habérsela facilitado la complicidad de todo el equipo, unos en unas ocasiones otros a la siguiente. La locura de Stalin, a la que de nuevo vuelve a ponerse en evidencia era por lo visto contagiosa. Indudablemente, ello había sido ya considerado en Occidente, y la creencia de la anormalidad de referencia se había hecho sentir fuertemente. Hoy ya no puede haber la menor duda. Como no puede haberla del estado del equipo y de sus realizaciones, efectuadas por elementos cuya plaza se hubiera justificado plenamente en una clínica psiquiátrica.

* * *

Claro que es este sentido de arredrado ánimo de Krutchev, no podía amilinarsse. Es quizás, por ello que forzado a reconocer que Stalin no podía obrar sin complicidades, que suavemente deja caer el bulto. "Esta increíble suspicacia, añade, fué hábilmente explotada por el abyecto y vil enemigo Beria, que había asesinado a millares de comunistas honestos y de soviéticos leales".

Como si los abusos de Stalin no se hubieran realizado más que a partir del nombramiento de Beria, como jefe de la G.P.U. Parece haber olvidado el ponente que poco más atrás había concluido que: "las intenciones de Stalin fueron plenamente evidentes a partir del XII Congreso del partido, que tuvo lugar en 1934". Es decir, cuatro años antes de Beria. Y mucho más el telegrama a que, al mismo tiempo, hizo referencia, dirigido por Stalin a Jdanov, fechado 25 de Septiembre de 1936, en el que se decía: "La GUP tiene cuatro años de retraso en este asunto". Y que el asunto no era otro que el origen de la represión, telegrama que según Krutchev, encaminó a los funcionarios de la N.K.V.D. sobre la vía de las arrestaciones y ejecuciones en masas".

Como puede comprenderse ignoramos el efecto que este impacto produciría entre los delegados al XX Congreso del partido. Pero una cosa es bien evidente. A nadie puede escapársele el sentido de las mismas. Es muy posible que Krutchev, haya podido convencer al auditorio de su inocencia, junto a sus colegas de dirección en este asunto. Pero lo que es más seguro es que ni él tenía este convencimiento, ni el más lerdo podía compartirlo. La responsabilidad de todos los jerifaltes del partido y del Estado, es íntegra y equivalentemente compartida. La contrario es, totalmente, inadmisible e injustificable. -

A no ser que se intente hacerlo como en el caso del complot de los compatriotas del jefe, conocido por el de la organización "Mingralian" de Georgia. "Como se sabe, manifiesta, las resoluciones concernientes a éste asunto habían sido tomadas en noviembre de 1951 y Marzo de 1952 por el Comité Central del partido comunista de la Unión Soviética. Estas resoluciones han sido adoptadas sin discusión previa en el Buro Político. Stalin las había dictado personalmente. "En cuyo caso habrá de convenirse que la situación de los mismos era de la más patente irresponsabilidad. Por lo visto el jefe, en vez de colaboradores, no tenía más que una banda de marionetas a su alrededor.

Pero lo curioso es que esta suposición es rebatida seguidamente: "Nosotros sabemos, aclara, que ha habido en cierta época en Georgia, como en otras repúblicas, manifestaciones de nacionalismo burgués.

La cuestión se impone "de saber", ¿era posible que el momento en que han sido tomadas las resoluciones a que viene de hacerse alusión, las tendencias nacionalistas hayan progresado hasta el extremo de que haya existido el peligro de ver la Georgia separarse de la Unión Soviética y unirse a la Turquía?"

No, ello no era posible según se desprende de la reacción, "movimientos y risas" entre los delegados. "Ello es, bien entendido, concluye Krutchev, una locura. Es imposible imaginar como tales ideas podían penetrar en el espíritu de no importa quién". Pero lo curioso es que esto que era totalmente increíble, fué admitido por los altos dignatarios del régimen y aprobado por ellos, el informante incluido, las sanciones propuestas.

Será que los jefes soviéticos se distinguen, precisamente, del resto de los mortales, por su capacidad de admitir toda suerte de locuras. Y en un caso como en otro después de este hecho, puede, acaso, honradamente hablarse de Estados federados y modelo de Estado multinacional. La opinión del "hombre de buen sentido", una vez más, se halla en contraposición de la del bolchevismo.

* * *

Indiscutiblemente la política de cara al interior ejercida por Stalin no ha podido ser más catastrófica. Aunque no aventaje en mucho a la efectuada de cara al exterior. Someramente las alusiones a la política exterior de Stalin no faltan en el informe. Particularmente durante el período posterior a 1945. "Con frecuencia, se hace observar, Stalin dejaba dormir durante meses problemas de una excepcional importancia para la vida del partido y del Estado, de urgente solución. Bajo la dirección de Stalin, nuestras relaciones pacíficas con otras naciones se veían con frecuencia amenazadas, ya que las decisiones de uno solo podían provocar y provocaban graves complicaciones".

Esta sola referencia aunque breve, es una acusación, en extremo precisa, de la forma dictatorial empleada. Y, particularmente, de la verdadera responsabilidad del Kremlin en la tensión internacional que, más de una vez, ha hecho temblar ante la perspectiva de un nuevo conflicto armado.

"En los últimos años, concluye, cuando nosotros hemos llegado a liberarnos de la práctica perjudicial del culto del individuo y que hemos tomado las medidas apropiadas en el dominio de la política interior y exterior, cada cual ha podido constatar como la actividad

recomenzaba y cuanto progresaba la actividad creadora de las masas laboriosas". Esta declaración reafirmando los aparentes deseos insinuados de una forma u otra de coexistencia pacífica con los países "capitalistas", alimentó las esperanzas de una buena parte de la población acerca de los verdaderos intereses pacifistas de los nuevos dueños de la situación. Sin embargo, el error se hizo rápidamente patente y los verdaderos designios del Kremlin se han evidenciado una vez más, regidos por un individuo o directorio, como invariables y de inspiración imperialista.

No hay en el informe más objeciones a la política exterior del Kremlin. A excepción del caso de la ruptura con Yugoslavia. Sobre éste, en el que las manifestaciones son más amplias y concisas, la finalidad conciliadora de Krutchev, parece manifestarse concluyentemente. Aunque no nos extrañaría que ello fuera una hábil estratagemata.

"El pleno de Julio, precisa, ha estudiado en detalle las razones que provocaron el conflicto con la Yugoslavia. El rol que ha jugado Stalin es escandaloso. Los problemas por el "asunto yugoslavo" habrían podido ser resueltos por medio de conversaciones entre partidos y camaradas. No existían fundamentos serios de naturaleza a justificar la alternativa que se le dió a éste "aunto". La ruptura de relaciones con este país pudo ser evitada. Esto no significa, indudablemente, que los jefes yugoeslavos hayan estado exentos de errores e imperfecciones. Pero estos errores e imperfecciones han sido amplificadas de una manera monstruosa por Stalin, hecho que produjo la ruptura de relaciones con un país amigo".

* * *

"Yo me acuerdo, continúa, de los primeros días del conflicto entre la Unión Soviética y la Yugoslavia, época en que empezó a ser artificialmente inflado. Un día llegando de Kiev a Moscú, fuí invitado a visitar a Stalin, que mostrándome la copia de una carta enviada a Tito me dijo "¿Ha leído usted esto?" Y sin esperar mi respuesta declaró: "Me bastará mover un pequeño dedo y no habrá más Tito. Él se derrumbará".

La memoria de Krutchev es, por tanto, original. Falla, de todas maneras, al omitir el apoyo que la política antitista de Stalin encontró entre todos sus devotos dentro y fuera de la Unión Soviética. "El jéuda Tito, clamaba Bulganin en un discurso Sofia, el 9 de Septiembre de 1949, y sus cómplices desertores y malhechores del campo socia-

lista al campo imperialista y fascista, han transformado la Yugoslavia en prisión de la Gestapo. Toda la humanidad progresiva mira con asco estos miserables traidores cómplices del imperialista".

Claro que, en este caso, la locura de Stalin, por lo visto, continuaba influenciado a sus colaboradores. La "manía de grandeza" que, según Krutchev, se desprende de la declaración de Stalin era general. Aunque bien pudiera ser que ni Krutchev, ni el Comité Central estuvieran en situación normal de documentarse. Como parece serlo ahora, ya que se pasa sobre el "asunto" silenciado sus causas, y haciendo sólo mención a los detalles del hecho consumado. De no ser que el servilismo del conjunto, y el pánico al dictador, se sobrepusieran en ellos a todo orden de consideraciones.

La muerte o eliminación del mariscalismo puesto fin, por lo visto, a la anormal situación. Es, seguramente, por ello que concluye: "Nosotros hemos examinado cuidadosamente la cuestión y hemos hallado una solución conveniente que es aprobada por todos los pueblos de la U.R.S.S. y la Yugoslavia, como también por las masas laboriosas de todas las democracias populares y de toda la humanidad progresiva. Hemos procedido a la liquidación de relaciones anormales con la Yugoslavia en interés del conjunto del campo socialista y en interés de la consolidación de la paz en el mundo entero".

* * *

No puede negarse que la terminología de Krutchev es del más puro estilo stalinista. La fidelidad de la línea de expresión gráfica que intenta justificar los actos de las jerarquías, alegando la previa aprobación de las masas, sin derecho de opción ni opinión, no puede ser más edificante. Krutchev, pese a todos sus denuestos, sigue en esto fiel a la voz de su amo.

La sola verdad de sus alegaciones es la referente a la normalización de relaciones entre la Unión Soviética y la Yugoslavia. En efecto, a partir de la muerte de Stalin la tensión entre los dos países empezó a desaparecer. Las ruidosas campañas de la prensa rusa, entrafando la de sus incondicionales, desapareció, siendo rápidamente restablecidas las relaciones diplomáticas.

A últimos de 1945 los periódicos publicados por los stalinistas yugoeslavos en Rusia y colonias, fueron suspendidos. "La Pravda", exaltaba la fraternidad de armas ruso-yugoeslavas, y las manifestaciones de los dirigentes moscovitas adquirían un cariz amical, ignorado desde 1947. Finalmente el 26 de Mayo de 1955, Bulganin, Krutchev y Mikoyan visitaban la Yugoslavia.

La declaración de Krutchev al poner el pie en el aeródromo de Belgrado, era para hacer responsables de la ruptura a Beria y Abakumov. Estamos, ante esto, hoy en situación de poder constatar ambas opiniones, al objeto de poder aquilatar el valor de las palabras del secretario bolchevique. ¿Dónde está la verdad, en el informe o en sus declaraciones de Belgrado? Posiblemente ni en el uno, ni en el otro. Ya hemos dicho que los golpes de efecto del nuevo zar tienen mucho de teatral.

El enfriamiento de las relaciones, entre rusos y yugoeslavos, a raíz de los sucesos de Polonia y, particularmente, tras lo de Hungría, que casi han llegado a la ruptura total, hablan por sí solos. Y ello pese al acuerdo establecido entre ambos referentes a la "no ingerencia en los asuntos internos de otros países", "respeto mutuo", y "respeto de la soberanía, independencia, integridad e igualdad de Estados". Todo agua de borrajas, cuando los intereses imperialistas del Kremlin se hallan en juego.

Entre tanto, como en la ocasión precedente, Tito continúa en el poder. Será por causa de haber ocurrido como en 1947. La "intensidad y la manera" con que Krutchev, como él dice en su informe de Stalin, "haya podido remover no solamente el pequeño dedo, sino todo lo que tenía que remover" no ha obrado ningún efecto. Claro es que, también ahora, "Tito tenía detrás de él un Estado y un pueblo que habían estado en la ruda escuela de los combates, por la libertad y la independencia, un pueblo que sostenía sus dirigentes". La megalomanía de Stalin, como dice Krutchev, no podía dar otro resultado en 1947. Y la de él mismo en 1956, pese a las lecciones de la historia, sigue el mismo sendero.

* * *

Seguidamente el secretario del partido se enfrasca en el conocido caso del "complot de los criminales de blusa blanca". Este asunto fué conocido en su origen, en Occidente, por medio de "La Pravda", de fecha 13 de Enero de 1935. Los profesores Vovsi, Vinogradov, M. Kogan, B. Kogan, Ierogov, Faldman, Etinger, Grinstein y el doctor Mayarov eran inculcados de "minar la salud de los cuadros dirigentes militares de la Unión Soviética".

"La mayoría de los participantes, decía "La Pravda", del grupo terrorista: M. Vovsi, B. Kogan, A. Feldman, A. Grinstein, Etinger y los otros, estaban ligados con la organización nacionalista burguesa judía intencional "Joint", creada por el servicio de espionaje ame-

ricano para aportar una ayuda material a los judíos en otros países. De hecho esta organización, bajo la dirección de los servicios de espionaje americanos, llevaba a cabo una larga actividad de espionaje terrorista y de infiltración en una serie de países, comprendida la Unión Soviética. El incipado Vovsi declaró en el curso de un interrogatorio, que había recibido de los EE.UU. directivas "para la exterminación de los miembros dirigentes de la U.R.S.S., de la organización "Joint por mediación del médico Chimelovitch y de un nacionalista burgués bien conocido, Michoels".

La "Pravda" terminaba reseñando que "V. Vinogradov, M. Er-Kogan y P. Iergorov, eran agentes del servicio de espionaje inglés". Este asunto fué, según Krutchev, promovido por la declaración de la doctora Tinachuk que había sido probablemente influenciada o recibido órdenes de alguien..." Krutchev sigue jugando con la excusa de la ignorancia.

Stalin ordenó la detención, continúa Krutchev, de un grupo de eminentes especialistas en medicina y dió su opinión personal en cuanto al "procedimiento de la investigación y el método para interrogar las personas. Él dijo que el académico Vinogradov, debía ser encadenado, que un otro debía ser apelado. Al antiguo ministro de la Seguridad de Estado, camarada Ignatiev, que asiste a nuestro Congreso en calidad de delegado, Stalin, le dijo brutalmente: "Si usted no obtiene la confesión de parte de los doctores, le cortamos la cabeza".

Es decir, que los dirigentes del partido no estaban tan ignorantes de lo que ocurría en el Kremlin, como Krutchev está interesado en hacer creer. Pese a que éste afirma que: "El caso fué presentado de tal suerte que nadie podía estar en medida de verificar los hechos sobre los que la investigación estaba basada. Era imposible ensayar de contactar las personas que habían reconocido su culpabilidad y verificar los hechos".

Una vez más fueron las declaraciones obtenidas por medio de torturas, siguiendo los dictados de Stalin. No obstante la falsedad de las inculpaciones fué descubierta después de la muerte "providencial" de Stalin. "Este caso innoble, concluye, fué preparado por Stalin. Pero no dispuso del tiempo necesario para llevarlo a buen fin".

* * *

En efecto, dos meses más tarde el moderno Nerón desaparecía del mundo de los vivos. El 4 de Marzo de 1953 la agencia Tass informaba

de que la noche del 1º al 2, el dictador había sufrido hemorragia cerebral. El 6 de Marzo, por fin, un comunicado redactado en el clásica estilo ditirámico, anunciaba su muerte.

Exactamente, un mes después, el 4 de Abril, el ministro del interior de la Unión Soviética, hacía público un comunicado anunciando la rehabilitación de los doctores en cuestión. Entre otras cosas afirmaba que: "las desposiciones hechas por las personas detenidas... habían sido obtenidas por los colaboradores del antiguo Ministerio de la Seguridad por medios rigurosamente prohibidos por la ley soviética".

El ministro del interior, Ignatiev, fué depuesto de sus funciones. Y su adjunto, Riuminin, detenido. Su suerte, desde luego, fué totalmente diferente. El superior después de la caída de Beria fué reintegrado al partido y nombrado secretario por la Bachkiria, para entrar a continuación, después del XX Congreso, al Comité Central. El subalterno corrió la misma suerte que Beria.

La inculpación hecha a éste último era de ser un agente del servicio de espionaje inglés. Como algunos de los doctores del complot precedente: "Ha quedado probado, añade Krutchev a su respecto, que éste villano a subido las diferentes escalas pasando por un número enorme de cadáveres".

La ortodoxa manera de razonar y actuar, de esencias stalinianas destacadas, sigue siendo la regla normal de desarrollo: E incluso haciendo uso de los mismos argumentos. La inculpación a Beria es de lo más teatral. ¿Cuál de los dirigentes al Kremlin no ha ascendido por cima de las pilas de cadáveres depositados a su paso? ¿Acaso, Krutchev, mismo hubiera podido llegar a la posición que hoy ocupa de otro forma? ¿Es que su posición en el partido no fué garantizada por su incondicional servilismo al dictador, y tras la liquidación total de los miembros de la oposición en los puestos dirigentes en 1934? ¿Es que no fué, concretamente, la eliminación de Kossior la que permitió su nombramiento como secretario del Comité Central del partido en Ucrania?

* * *

La alegación de que "en 1937, con motivo de un pleno del Comité Central el antiguo comisario del pueblo la salud pública, Kaminski, declaraba que Beria trabajaba por los servicios de espionaje de Mus-Sabat", es en extremo capciosa e inconsciente. Los métodos empleados en aquella época dieron lugar, como bien sabe Krutchev, a que todos los elementos del partido trataran de inculparse entre sí, como medio de preservar la vida, ascender en la escala jerárquica o conservar su

posición. La imputación de que Beria era "un enemigo del partido", no es más que la prolongación deformada de la tesis del "enemigo del pueblo".

Es injustificable que si la inculpación, hecha contra Beri, fué ante el Comité Central, que éste haya permitido a Stalin a liquidar a Kaminski, porque "él tenía confianza en Beria y esto le bastaba". En cuyo caso, de aceptar la hipótesis, tanto Krutchev, como el resto de sus calegas en el Comité Central serían más responsables, incluso, que el propio Stalin, ya que ellos no tenían motivos de abrigar los mismos sentimientos. En cuanto a la forma en que Beria fué imputado como segundo secretario del "Comité local transcaucásico en 1931" por Stalin, adolece del mismo complejo.

Es más que dudosa la forma de proceder y acusar de Krutchev. Es evidente que esto es un defecto de inspiración stalinista. Acusaciones, génesis y fundamentos son bien distintos. Es inadmisibile contra Beria, miembro del partido tan antiguo como Krutchev, 1919 ó 20; chequista desde 1922; miembro del Comité Central, como Krutchev mismo, desde 1934; jefe de la G.U.P. desde 1938; mariscal soviético y uno de los cinco elementos del Comité de Defensa del Estado durante la guerra; vice-presidente del Consejo y componente de la "troika" que detentó el poder a la muerte de Stalin, la acusación de estar al servicio de una potencia extranjera. Ella es tan falta de sentido, como la que se les hizo al equipo víctima de la grande purga.

* * *

Hay a más de todo esto un punto interesante, en verdad, en esta parte del informe. El público reconocimiento de la existencia de los campos de concentración en la U.R.S.S. cuya denuncia en Occidente había valido varios procesos a diferentes personas, a las que la "maffia" bolchevique ha tratado de las más diversas y repugnantes maneras. "Snegov, dice refiriéndose a una de las víctimas imputadas a Beria, ha sido rehabilitado hace poco, después de haber pasado diecisiete años en campos de prisioneros".

El fragmento más patético, se halla igualmente en esta parte. La copia de la carta, supuestamente, dirigida por Kedrov al Comité Central es una obra maestra del autor y del comentarador por su habilidad al incluirla en el momento oportuno. "Yo recurro a publicarle, empuje dramáticamente, desde el fondo de una triste célula de la prisión de Lefortorky. Que mi grito de horror llegue a vuestros oídos, no quedar sordos a mi llamada; tomadme bajo vuestra protección". "Yo soy

inocente". "Hoy a la edad de 62 años estoy amenazado por los jueces encargados de la instrucción de soportar presiones físicas aún más severas, crueles y degradantes. No veo salida. Siento que nuevos y potentes golpes me amenazan. Pero todo tiene un límite. He sido torturado al extremo. Mi salud está dislocada, mi fuerza y energía se hallan a punto de debilitarse, el fin se aproxima".

"El viejo bolchevique, camarada Kedrov, añade Krutchev, fué declarado inocente por el colegio militar. Pero, pese a eso, fué fusilado por orden de Beria". La patente acusación, es de todas maneras inadmisibile. No se puede concebir que Beria pudiera decidir de la suerte de un elemento de la categoría del mencionado, sin contar con el apoyo de Stalin. Y en este caso concreto, con la de todo el Comité Central, que no cabe duda tuvo de antemano todos los elementos de juicio preciso para intervenir y quedó sordo al "grito de horror".

Tanto en este caso como en el de la familia Ordjonikidze, la falsedad no puede ser más evidente. Beria obró gracias al apoyo o la complicidad general. Así lo demuestra, por otra parte, plenamente el siguiente párrafo de Krutchev; Ordjonikidze ha sido siempre un adversario de Beria, cosa que él no ocultó a Stalin. En lugar de examinar este asunto y tomar las disposiciones necesarias, Stalin, permitió la "liquidación" del hermano de Ordjonikidze y empujó a Ordjonikidze al suicidio. Tal era Beria". Más exactamente hubiera sido decir: así éramos todos. Un hombre íntegro no hubiera podido hacer carrera en semejante compañía.

.. En este caso, la cuestión de saber, "como Beria, que había liquidado docenas de millares de personas no ha sido desenmascarado en vida de Stalin", está totalmente desplazada. La vida del régimen no hubiera podido perdurar de otra forma. No era Beria, simple instrumento, al que había que desenmascarar sino a Stalin y al régimen en sus fundamentos. La actitud de Beria no es otra que la equivalente de todos los miembros del partido y, particularmente, sus dirigentes. Todos, sin excepción, junto a Beria, corresponsable de Stalin.

El hecho de que Krutchev pueda hoy lanzar contra Beria el arsenal acusatriz de que Stalin se sirvió para anular y escarnecer a sus adversarios o presuntos tal, hasta después de asesinados, carece de valoración especulativa. Invertidos los papeles el resultado no hubiera diferido. La sola diferencia hubiera estribado en el cambio de la figura acusatriz. Pero el escenario y orden de temática se habría mantenido dentro de los mismos cánones, con Krutchev en el banquillo de la ignominia. Aunque en el que se ha situado no sea más digno de consideración.

* * *

Es indiscutible, como ya hemos dicho, que no hay una responsabilidad individual, sino que ella es colectiva. Lo que signe a continuación de esto, en el informe, lo demuestra cumplidamente. Es, quizás, en ella que se halla lo más interesante, fundamentado y concreto del acta fiscal. El capítulo de cargos congregados en esta parte es lo más abrumador.

“Uno de los ejemplos más característicos de esta autoglorificación, dice Krutchev, volviendo a insistir en el culto a la personalidad, y de la falta de modestia de Stalin, es la publicación en 1948, de su “Biografía abreviada”. Stalin es alabado y glorificado al igual que un dios y considerado como un sagaz infalible, “el más grande de los jefes, el más grande estratega de todos los tiempos”. “Hasta las palabras faltaban para ponderar más su alabanza”. Y lo más curioso es que no contento con el volumen de sus descomedidas adulaciones “él había añadido otros, escritos de su propia mano”. E incluso: “tomó cuidado de hacer resaltar que en ciertos pasajes del libro, los elogios que le eran prodigados no eran a su aviso suficientes”.

Dos de las varias correcciones, entre otras señaladas, hechas por Stalin eran de este calibre: “En esta lucha contra los capituladores, contra los trotskistas, contra los zinovievitsas, los bukarinistas y los kamenevitas, el grupo dirigente del partido debía después de la muerte de Lenin encontrar un motivo de unión definitiva. Este grupo dirigente iba bajo la bandera de Stalin, etc.”. “En el proyecto del texto de su propio libro podía leerse el párrafo siguiente: “*Stalin es el Lenin de hoy*”. Este párrafo pareció muy débil a Stalin y también a su propia mano, lo cambió: “*Stalin es el precioso continuador de la obra de Lenin, o como se dice en nuestro partido: Stalin es el Lenin de hoy*”.

En cuanto a los elogios del genio militar eran del tenor de los siguientes: “La ciencia soviética de la guerra ha hecho nuevos progresos entre las manos del camarada Stalin, etc”. Sus teorías en este aspecto eran infalibles como su genio. “El genio del camarada Stalin le permitía adivinar (!) los planes del enemigo y de hacerlos fracasar, etc.”. “Éstos son los hechos, llama Krutchev. Más valdría decir los vergonzosos hechos”.

Respecto al libro “Historia del P.C. (b) de la U.R.S.S. que fué escrito por una Comisión del C.C. del partido, según Krutchev y el pie de la edición del mismo. Sin embargo, en la susodicha “Biografía abreviada”, Stalin hacía constar que había sido escrito por él mismo. Lo que omite, o parece ignorar, es que esto ha sido afirmado por los propios turiferarios del régimen. Mao Tsé Tung, decía el 9 de Marzo

de 1953, en el periódico “Jeng Ming Pao”, que entre las obras imperecederas de Stalin, se hallaba ésta precisamente.

* * *

Pasando a analizar la cuestión de los premios Stalin, concluye Krutchev: “Ni los zares mismos habían creado premios con su propio nombre”. “No podemos menos de recordar la resolución del 14 de Agosto de 1925 del gobierno soviético concerniente a la “fundación de premios Lenin por el trabajo educativo”. Esta resolución fué publicada en la prensa, pero hasta ahora no hay premio Lenin.

La vanidad de Stalin no se satisfacía con ninguna medida. Hasta el himno nacional de la Unión Soviética, la Internacional, fué reemplazado por otro cuya finalidad era enaltecer y alabar la personalidad de Stalin. Todo lo que afectaba su persona le parecía insuficiente. “Es un hecho, añade, que Stalin mismo firmó el 2 de julio de 1951, una resolución del Consejo de ministros de la U.R.S.S. concerniente a la creación sobre el canal Volga-Don, de un impresionante monumento a Stalin; el 4 de Septiembre del mismo año él había publicado un decreto acordando 33 toneladas de cobre para la construcción de este monumento masivo...”. “Sumas considerables han sido derrochadas para edificarlo, en tanto la gente en esta región vivían después de la guerra en chozas”. No obstante, “la decisión tomada después de más de 30 años de construir un palacio de soviets, como monumento a la gloria de Vladimir Illitch, este palacio no fué jamás construido, su construcción fué siempre aplazada y el proyecto abandonado”.

La fobia de Stalin condújole hasta a superponerse a Lenin, “todos los sucesos han sido explicados como si Lenin no hubiera jugado sino un papel secundario, incluso durante la revolución de Octubre”. “Stalin amaba ver el film “1919, el año inolvidable” en el cual se le apercibía sobre el estribo de un tren blindado y donde él deshacía prácticamente al enemigo con su propio sable. Que Kliment Iefremovitch, nuestro querido amigo, encuentre el coraje necesario y que él escriba la verdad sobre Stalin. Le sería difícil al camarada Vorochilov hacer este trabajo, pero sería bueno que él lo hiciera”.

Sí, sería bueno que Vorochilov dijera la verdad, pero le faltará valor. Como reconoce Krutchev, esto no le será fácil. ¿Cómo podría ser de otra forma? Es dudoso que el más servil de los jefes moscovitas pueda vencer este complejo, de no ser que su nuevo amo se lo exija. Pocas son las figuras que hayan llegado, como Vorochilov,

a no poder mencionar, al historiar el período de 1917 a 1945, que un solo nombre de los jefes militares: el de Stalin. Y a añadir que a justo título: "nosotros llamamos la ciencia militar: ciencia militar stalinista".

Estas falsificaciones históricas, bien conocidas y no, por cierto, de ahora, irritan al nuevo jefe. "Hablando de los sucesos de la revolución de Octubre y la guerra civil se había creado la impresión de que Stalin había jugado siempre un papel principal, como si siempre y en todo lugar Stalin hubiera sugerido a Lenin lo que hacía falta hacer y como había que hacerlo. Eso era calumniar a Lenin". "No creo pecar contra la verdad al decir que el 99 % de las personas habían muy poco oído hablar de Stalin y sabían pocas cosas de él antes de 1924...". He ahí otra verdad que hace años venimos repitiendo, antes de Krutchev.

Pero aunque tarde también, en el Kremlin hánse dado cuenta. "Todo esto es necesario revisarlo a fondo". Pero, según parece desprenderse de sus palabras, no va más allá del aspecto personal. El problema no rebasa el simple marco de delucidar si es Lenin o Stalin la momia que deberá representar el régimen, o si bien ser valoradas sus personalidades de acuerdo al parcial testimonio del informante. Un simple revoque de fachada en definitiva.

En este aspecto el ataque al culto de la personalidad no puede ser más mediocre y falaz. Aunque el informe en su conjunto no sea otra cosa. De todas formas en este extremo rebasa todos los límites. El panegírico que Krutchev hace de Lenin es el más rotundo mentís al que propicia contra Stalin. La demolición del ídolo no es encarada más que respecto a lo que a éste atañe, no a los efectos nocivos que de la idolatría se derivan, inhábilmente defendido en lo que respecta a la personalidad de Lenin.

Indudablemente el culto a Stalin ha producido muchos errores. Pero si el de Lenin no ha tenido mejor suerte es, como hemos dicho más arriba, por no haber dispuesto del tiempo necesario a esta metamorfosis.

La creencia en la infalibilidad de una persona, o el culto dimanante de la misma no puede dar por resultado sino la más evidente catástrofe. En todos los órdenes. El genio militar de Stalin no podía producir sino las más concluyentes derrotas. El científico, una total desvirtuación de los principios inmanentes a la investigación, y, por tanto, de las conclusiones y bases fundamentales de la ciencia... El teórico

a una falsificación de las doctrinas en causa. Y el práctico a una enajenación del normal desarrollo de todas las actividades.

* * *

Una de las causas del elogio y encomios sin medida prodigados a Stalin, ha sido la de los resultados y principios de la industrialización y política agraria de los koljoces y sovjoces. En este tema, hasta el mismo Krutchev, puede que por ignorancia, continúa persistiendo en la misma falsedad.

Aunque menos consecuente, tiene que terminar por reconocer que también en esto el fracaso del encartado, sino superior es equivalente al resto de su actuación. Desde luego, el espécimen engendrado por la nación, según Krutchev, de "aduladores y especialistas en falsos optimismos y engaños, prolifera aún".

Por primera vez, Krutchev, se ve forzado a reconocer que las purgas y detenciones masivas crearon un clima sumamente contraproducente para los intereses del país. "El temor y la falta de iniciativa, en todos los órdenes, fué motivado por la *prudencia excesiva*, la cautela y la incertidumbre...". Incluso "las resoluciones del partido y de los soviets" eran tomadas de forma rutinaria muchas veces sin tener en cuenta la situación concreta. Se había llegado al extremo de que los militantes, incluso en las reuniones menos importantes, leían sus discursos. De ello resultaba un peligro de formalismo en el trabajo del partido, de los soviets y la burocratización de todo el aparato".

Los elogios a los progresos de la agricultura soviética no eran otra cosa que falsedades, inspirados por el terror y la hipócrita adulación.

"Todos aquellos, dice, que han tomado aunque sólo sea un poco de interés en los asuntos nacionales no han dejado de comprobar la difícil situación de nuestra agricultura. Stalin ni lo advirtió. ¿Hemos nosotros llamado su atención a este respecto? Sí, nosotros lo hemos hecho, pero no pudimos contar con su apoyo. ¿Por qué? Porque Stalin jamás se desplazaba, porque no estuvo nunca en contacto con los trabajadores de las ciudades y de los koljoces. Él ignoraba cuál era la situación real de las provincias".

Su ignorancia y negligencia era total. "Es a través de films que él conocía la campaña y la agricultura". Es decir, que el modelo genérico fecundado por el régimen era más amplio que lo insinuado por Krutchev. Y que el dictador era la más perfecta imagen de sus similares. Como Krutchev es el más perfecto de los farsantes. Los errores de Stalin aún y siendo del mayor volumen no alcanzan el suscitado

por sus colaboradores cuyo espíritu servil los incitaba a falsificar la verdadera realidad de la situación, como los cortesanos de épocas remotas.

Stalin ignoraba no sólo la situación económica, sino la del propio pueblo. "Esto ha durado decenios, continúa. Su última visita a una aldea remonta a enero de 1928, época en que visitó la Siberia por una cuestión de cereales". De lo que se deduce que la noticia de la catastrófica situación de la agricultura, la producción y cría de animales debió sorprenderlo.

Una comisión fué nombrada con la misión de redactar una "resolución" sobre los medios a emplear en vista del fomento de la cría de animales en los koljoces y sovjoces. "Nosotros sugerimos aumentar el precio de los animales, a fin de estimular de esta forma la iniciativa de los trabajadores..." Pero Stalin no aceptó el proyecto que fué totalmente descartado en febrero de 1953. Como en el caso de las operaciones militares el informante habla por la herida de la propia vanidad ofendida.

Indudablemente las arbitrariedades de Stalin deben haber producido la parálisis de las capacidades creadoras y productivas del pueblo. No ignora Krutchev, aunque lo silencie, este complejo. Pero sobre ello ya hablaremos más adelante.

De momento atengámonos a las lecciones del informe. La negativa de Stalin a aceptar el proyecto de la comisión dió lugar de su parte a un contraproyecto. Como medio para combatir tan precaria situación, su clarividencia incitó a Stalin a proponer "que los impuestos pagados por los trabajadores de los koljoces y sovjoces fueran aumentados a cuarenta mil millones de rublos". Es decir, que la solución del genio mirífico no era más que una medida para agravar la ya agónica situación.

"Imaginad lo que esto significa. En 1952, por ejemplo, los koljoces y los trabajadores de los sovjoces habían recibido veinte y seis mil doscientos ochenta millones de rublos por el conjunto de productos que habían entregado al gobierno". Y Stalin proponía exigirles casi el doble en calidad de impuestos. La sapiencia del jefe del Estado quedaba manifiestamente en evidencia.

"La política de Stalin no se fundaba, continúa Krutchev, sobre una estimación efectiva de la situación, sino sobre ideas fantásticas de una persona que no tenía ningún contacto con la realidad". Es por ello que de acuerdo con la realidad se intenta hoy solucionar el problema mediante el empleo de medidas eficientes.

A la inversa de Stalin, o al menos así parece él creerlo, Krutchev

marcha con clara visión y pleno conocimiento de causa, propulsando la nueva orientación que restablecerá la situación. El nuevo proyecto es concluyente en este sentido. El plan quinquenal para la agricultura y cría deberá en lo sucesivo ser cumplimentado "no en el período de cinco años, sino en dos o tres años" El argumento de Krutchev no puede ser más convincente.

En efecto, si en un período quinquenal la capacidad de producción de la tierra y animales puede duplicarse o triplicarse, ya no hay cuestión. No sólo la situación material del trabajador podrá ser mejorada, sino, lo que es fundamental, el Estado podrá centuplicar sus impuestos. Hay, sin embargo, un imponderable que Krutchev parece haber desdénado. ¿Resistirá la maquinaria humana, la animal y la tierra el esfuerzo que de ellas se exige?

"Estamos seguros, responde hiperbólico, de que el compromiso del nuevo plan quinquenal será cumplido con éxito". Lo que es posible. De todas maneras deberá tenerse en cuenta que precisamente una exigencia de esta índole ha sido el nudo gordiano del régimen y uno de los sueños más acariciados por Stalin. Pero que no pudo satisfacer ni aproximadamente. Los planes quinquenales en la U.R.S.S. se han distinguido especialmente por su fracaso. En términos generales ninguno ha sido cumplido ni en la fecha, ni en las condiciones previstas por los técnicos.

El insano complejo de la caza y busca de delincuentes ha sido con frecuencia determinado por esta causa. Todos los defectos del régimen han sido cargados a la cuenta de la negligencia, del espionaje o de los saboteadores. Todos sus atropellos, todas las purgas y todas las arbitrariedades han sido suscitadas por la suspicacia enfermiza de las eminencias del partido. El término "enemigo del pueblo" que Krutchev carga a la cuenta de Stalin, como el suyo de "enemigo del partido", tienen sus fundamentos en las esencias distintivas y congénitas del sistema.

* * *

El manifiesto interés de hallar responsables a la idea y desarrollo del culto de la personalidad, no tiene, en realidad, otro origen. Indudablemente los que han identificado "las numerosas victorias obtenidas por la Unión Soviética" con los treinta años pasados por Stalin en la dirección del partido y del gobierno, y por tanto con su persona, han facilitado el progreso germinal de esta adoración. Pero la materia combustible ha sido otorgada por las atribuciones dimanantes del principio de la dictadura. Lo contrario hubiera sido condenarla a la inoperancia.

Es indudable que si el propio partido bolchevique no hubiera estimulado los principios de la adoración individual ésta no hubiera tomado ni las proporciones, ni tenido las características que se le imputan. Los delincuentes es en el seno de dichas agrupaciones que hay que buscarlos, y en particular entre sus figuras representativas. No hay para convencerse más que echar una ojeada sobre sus publicaciones de la época. Incluso a su muerte llegó a tenerse la desenvoltura de declarar que "Stalin es inmortal". ¡Cabe mayor impudicia!

Y sin ir tan lejos, el propio Krutchev no hace más que redundar y estimular el confucionismo al declarar: "La victoria de la revolución socialista ha sido obtenida por la clase obrera y los campesinos con ayuda parcial de la clase media campesina". "Ella fué obtenida por el pueblo bajo la dirección del partido bolchevique. El gran servicio de Lenin consistió en el hecho de haber creado un partido militante de la clase obrera, pero él estaba armado del conocimiento marxista de las leyes del progreso social y de la ciencia de la victoria proletaria en la lucha contra el capitalismo".

Lo que evidencia concluyentemente que quien se halla falto de ellas es el propio Krutchev. Las palabras de Lenin que trae a colación son la más rotunda negación de todo ello. Afirmar que "el Estado soviético es fuerte en razón de la conciencia de las masas, y que la historia es creada por los millones y las decenas de millones de gentes que constituyen el pueblo", es sostener precisamente la tesis más contraria a los fundamentos y esencias del materialismo histórico. En el lapso de cuatro renglones, Krutchev desmiente la capacidad teórica de Lenin y reafirma la propia ignorancia.

Desde luego esto no es grave; debe tenerse en cuenta que Krutchev ingresó en el partido hacia los años 1919-20. Su actividad militante empezó en pleno período de auge del stalinismo y falsificación de las teorías fundamentales del régimen. Su conocimiento, por tanto, debe sufrir por dicha causa.

Mas el caso no es el mismo cuando se trata de enjuiciar las causas que facilitaron el triunfo de la revolución. Krutchev, que ha vivido dentro o fuera del partido las diversas alternativas del período pre-revolucionario, de su eclosión y las de hegemonía y consolidación de la dictadura bolchevique no puede ignorar que la victoria revolucionaria fué malograda, precisamente, por la dirección del partido bolchevique. Que el pueblo obró por propio impulso sin guías de ninguna clase. Y que, por terminar, el partido sólo impuso su abusiva dirección por medio de las medidas de terror que él finge condenar en su informe.

Sostener que: "En este combate el partido siempre defendió los intereses del pueblo", y que se ha "convertido en guía experimentado y ha dirigido las masas laboriosas en el poder a la creación del primer Estado soviético", es el más abominable de los perjurios. No puede concebirse que si dichas masas estaban en el poder o eran sus dueñas, que un grupo cualquiera haya podido concedérselo. Con esta dualidad ocurre como con la de la trinidad católica. ¿Cómo puede afirmarse de no ser a fuerza de ignorancia o mala fe, que un grupo puede guiar al pueblo a establecer lo que se reconoce "motu proprio" ha sido establecido por el mismo pueblo?

De otra parte, si se reconoce que el partido, como sus propios dirigentes, no eran más que un simple juguete en manos de Stalin, y que éste era un demente, cuyos menores actos han sido contraproducentes, decir que el partido ha sido guía y defensor del pueblo, no es más que un medio dialéctico de jugar con las palabras. Pero no con la realidad. Ella está ahí patente para rechazar de plano tales aseveraciones. Si el partido ha sido muñeco de un demente, la sola y honesta verdad es reconocer que el pueblo ha sido víctima de un enjambre de ellos.

Y no es esto una simple hipótesis. Después de las rotundas conclusiones emitidas por Krutchev ello no puede ser más que evidente. Mas en la resitura de que alguna duda pueda subsistir, sus palabras finales tienen la facultad de terminar con ella.

Si el Estado se halla regido por el partido y éste a su vez lo es por un Comité Central, es lógico suponer que el Estado es a su vez dirigido por dicho comité. Lo que vendría a establecer, de forma concluyente, la responsabilidad del equipo en cuestión. Es por esta causa que adelantándose a estas suposiciones añade: "Los camaradas podrían preguntarnos, ¿dónde estaban los miembros del Politburó y del Comité Central? ¿Por qué no se han opuesto en la época al culto del individuo? ¿Y por qué no lo hacen sino ahora?".

A causa de que "Stalin, responde, abusando de más en más del poder, entabla la lucha contra eminentes jefes del partido y del gobierno, y comienza a recurrir a los métodos terroristas contra honestos ciudadanos soviéticos. Como lo hemos demostrado ya, es así como Stalin trataba a los jefes del partido y del gobierno tales como Kossior, Rudzutak, Eikne, Postichev y numerosos otros". Quede constancia, por tanto.

VIII. HABLA EL DIOS DE LA MÁS DESPIADADA RELIGIÓN

La inhabilidad, de otra parte, en justificar por estos medios la inocencia del equipo stalinista es bien patente. Para el resto el conocido subterfugio de las calumnias emitidas por Stalin sigue proliferando. "Como se sabe, dice Krutchev, Stalin después de la muerte de Lenin, netamente durante los primeros años, había activamente combatido por el leninismo, contra los enemigos de la teoría leninista y contra los que se apartaban. Apoyándose en la teoría leninista, el partido, teniendo a su cabeza el Comité Central, empezó en gran escala la obra de industrialización socialista del país, de colectivización agrícola y de revolución cultural. En esta época Stalin adquirió una gran popularidad y numerosas simpatías, así como apoyo a su causa. El partido debía combatir a los que intentaban conducir el país fuera de la vía leninista correcta; él debía combatir a los trotskistas, a los zinovievistas, los derechistas y los nacionalistas burgueses. Esta lucha era indispensable.

Este párrafo, sobre el que no insistiremos por haber hablado ya al respecto, es verdaderamente el "sumun" de la ignorancia. Él nos demuestra el total desconocimiento no sólo del informante, sino del resto de delegados, de la historia del partido, aunque ésta sea tan reciente como los años a que se alude. Pero, de todas formas, permítasenos reseñar que si, como Krutchev mismo ha afirmado, Stalin era totalmente desconocido en la época se concibe mal que haya podido realizar de la noche a la mañana la labor que se le presta. Y, si por otra parte, se reconoce que fué el partido con sus dirigentes a la cabeza el que empezó a efectuar la labor de socialización y colectivización, deberá admitirse en este caso que ella fué efectuada por los elementos enjuiciados: Zinoviev, Kamenev, Trotski y Bujarin.

Y en este caso se llegaría a la conclusión de que dichas teorías eran lo contrario de lo propugnado por Lenin. De todas formas siendo ello la más pura falsedad, como hemos demostrado, nos abstene-

mos. Ya conoce el lector que las teorías de Lenin se hallaban concretizadas en las directrices de la nueva política económica (N.E.P.).

* * *

La sola verdad que encierra esta parte del informe es la referente a los cada vez más patentes abusos de Stalin en el ejercicio del poder. Pero ello sólo pudo ser factible en razón del servilismo del equipo de que el dictador se sirvió para deshacerse de las verdaderas figuras de su régimen, como ya hemos demostrado.

La conversación a que hace referencia Krutchev, que sostuvo con Bulganin no evidencia, como él intenta hacer creer, una oposición al dictador. Es muy posible que Bulganin le dijera: "Ha sucedido a veces que un hombre haya ido a visitar a Stalin invitado por él como amigo. Y cuando se ha sentado con Stalin, no ha sabido dónde lo enviarían a continuación, si a su casa o a la prisión". Ello no hace más que dar una idea de la integridad del nuevo jefe del Estado bolchevique. No hay más que contrastar esta opinión con sus manifestaciones públicas, algunas de las cuales han sido ya mencionadas.

El mayor interés de Krutchev es hacer resaltar "que estas condiciones fueron a todos los miembros del Buro Político en una situación muy difícil". Si el Comité Central se veía impedido de "tomar una posición contra tal o cual proceder injusto, contra los errores y las lagunas graves en el ejercicio de la dirección", a causa de no ser convocado en sesión plenaria, en los últimos años, cuya era la responsabilidad silenciarlo. Y mucho más si su actitud pública tendía a justificar lo injustificable, propiciando de esta manera el endiosamiento del déspota.

Cuando Krutchev intenta al avalar la honestidad del Comité Central enarbolando el caso de Vorochilov, no hace sino dar coces en el agujón. "Uno de los más antiguos miembros, dice, de nuestro partido, Kliment Iefremovitch Vorochilov, se encontró en una posición insostenible casi. Durante numerosos años fué privado del derecho de asistir a las reuniones del Buro Político". "A causa de su extrema desconfianza, Stalin llegó hasta a imaginar que Vorochilov era un agente inglés. El caso fué tan grave que incluso hizo "instalar en su oficina un dispositivo especial de registro de todo lo que se decía"...

En cuanto al resto, la suerte no fué tampoco mucho más halagüeña. "Por una decisión unilateral, continúa diciendo, Stalin había igualmente apartado otro hombre del trabajo del Politburó: Andrei Andreievitch Andreieviev. E incluso en "el primer plano del Co-

mité Central consecutivo al XIX Congreso, Stalin, en su alocución al pleno se cogió a Viatcheslaw Mikhaïlovich Molotov y a Anastasio Ivanovich Mikoyan. Él dejó entender que estos viejos militantes de nuestro partido se habían hecho responsables de crímenes sin fundamento. Es muy posible que si Stalin hubiera quedado unos meses más en la barra, los camaradas Molotov y Mikoyan no habrían pronunciado ningún discurso en este congreso.

"Stalin tenía, de toda evidencia, el deseo de terminar con todos los antiguos miembros del Buro Político. Más de una vez había declarado que los miembros del Buro Político debían ser reemplazados por otros. Su proposición formulada después del XIX Congreso acerca de la elección de 25 personas al Presidium del Comité Central, tenía por objeto la eliminación de los antiguos miembros del Buro Político y la entrada de personas menos experimentadas que lo habrían incensado de todas maneras".

No se precisa añadir más. Stalin estaba dispuesto a deshacerse de su vieja guardia, utilizando los mismos medios de que se sirvió en el pasado. La ignorancia de Krutchev no es tanta como podría suponerse, pero la mala fe sí que es posible que rebase el marco de lo considerado.

El "complot de los asesinos de la blusa blanca" no era sino un simple pretexto que preludiva la nueva purga. El hecho de que ésta no se haya podido realizar ha dependido en gran manera de la previsión de los encartados que han podido descartar el peligro hábilmente. La declaración de Krutchev a una delegación yugoeslava, a la que afirmó que Stalin había muerto de una crisis cardíaca suscitada por Vorochilov al arrojarle a la cara su carnet del partido, ante su funesta decisión, puede encerrar una parte de la verdad. Stalin fue eliminado por sus colegas que habían calibrado el peligro en que se hallaban. Y Krutchev, más hábil, ha terminado con los enjuiciados por Stalin adoptando los mismos métodos. La acusación de "grupo anti-partido" no vale más que las esgrimidas por el maestro contra otros.

* * *

El informe Krutchev termina por una declaración de la nueva orientación bolchevique. "Camaradas, concluye, a fin de no repetir los errores del pasado el Comité Central se ha declarado resueltamente contra el culto del individuo. Nosotros consideramos que Stalin ha sido incensado al exceso. Pero en el pasado, Stalin ha in-

contestablemente rendido grandes servicios al partido, a la clase obrera y al movimiento obrero internacional".

Dejemos ya pasar por alto esta afirmación. Ella es una imagen precisa de la inconsecuencia de su autor. Tanto como la de considerar a Stalin uno de los más fuertes marxistas "cuya lógica, cuya potencia y voluntad influenciaban al resto". Se ve que Krutchev es bastante mediocre en cuestiones teóricas y que no ha conocido las verdaderas figuras del régimen, de las que sólo posee la deformada estampa dada por Stalin. Y, en definitiva, si Krutchev cree que el demente de que él ha hablado, y acusado con precisión, era digno de ser seguidamente calificado de gran teórico del partido, será debido a que éste no cuenta con figuras de mayor relieve, y que dichas teorías no eran dignas de mejor suerte.

La lucha "contra el culto de la personalidad será emprendida en primer lugar contra el prurito de dar a las ciudades, koljoces o sovjoces el nombre de las figuras del partido." No puede permitirse, dice, que "la importancia de un jefe sea evaluada en razón del número de industrias, ciudades, fábricas, koljoces y sovjoces que llevan su nombre". Pero con las debidas precauciones a fin de que no se pueda creer que éstos "han sufrido un mal revés y que han sido detenidos". Una verdadera imagen de Epinal.

"Nosotros debemos, precisa, igualmente, luchar inexorablemente contra todas las tentativas tendientes a restaurar esta práctica (la del culto) de una manera u otra. Es preciso también meter efectivamente en práctica en nuestro trabajo ideológico las tesis más importantes de la ciencia marxista-leninista relativas al pueblo, en tanto que creador de la historia (vuelta a negar el materialismo histórico) y de todos los beneficios materiales y espirituales"...

El párrafo, por cierto, no tiene desperdicio. Esa tesis hubiera desatado la furia del "padre del socialismo científico" (!). "Jamás caballero de armas fuera tan bien servido". En nombre del marxismo, los sicofantes de Moscú hacen públicamente suyas la terminología y rebatidas tesis de Feuerbach.

La lucha contra el culto del individuo va a ser emplazada desde un ángulo crítico contra las "ideas erróneas en el dominio de la historia, de la filosofía, de la economía y otras ciencias, así como en la literatura y bellas artes", que deberán ser corregidas. Mismo sería "indispensable un nuevo manual de la historia de nuestro partido"... Desde luego los principios no pueden ser más prometedores. De momento las teorías de Marx, como las de los planes quinquenales lo han sido ya por Krutchev. Ahora sólo falta que las conejas se

decidan a parir todas las semanas, so pena de verse acusadas de sabotaje, de estar al servicio de los imperialistas o, ¿por qué no? de grupo anti-partido.

En segundo lugar "será preciso continuar de forma sistemática y consecuente (!) la labor efectuada por el Comité Central del partido"... Ella atañe al dominio de la "observación minuciosa, en todas las organizaciones del partido, de la base a la cúspide de los principios leninistas relativos a la dirección del partido; observación, sobre todo del principio de las esencias de la dirección colectiva; observación de las normas de la vida del partido y tal como son descritas en los estatutos del partido y, en fin, larga práctica de la crítica y de la autocrítica".

Como se ve, no son observaciones las que faltan en el léxico de Krutchev. Lo que hace defecto en su palinodia es la falta de precisión. La observación de Krutchev del principio de observar de la base a la cúspide los principios leninistas de práctica de la crítica y de autocrítica, que son los que han facilitado los desafueros de Stalin, sintetizan concretamente su carencia analítica de "observación".

En tercer lugar puesta "en vigor de una manera completa de los principios leninistas de la democracia socialista, tal y como son expresados en la Constitución de la Unión Soviética, y lucha contra el capricho de los individuos que abusarían del poder". Se ve también en este caso que Krutchev no ha "observado" que no hay principios leninistas de democracia socialista. Ella ha sido siempre combatida por Lenin. Y que la Constitución Soviética, obra de Stalin, es el más acabado engendro de oportunismo político. En realidad toda ella no es más que una negación. En que cada uno de sus artículos no tiene otra finalidad que denegar lo concedido en el precedente.

Los últimos elogios de Krutchev, pronunciados a fines de 1956, que han hecho suponer a no pocos gacetilleros occidentales que una nueva orientación política le era impuesta al secretario del partido, no tienen otro fundamento que la precipitación de los mismos en emitir hipótesis y teorías más en consonancia con sus deseos o pánico cervical, que con la realidad de los hechos. A más de su maníficista mediocridad el informe-galimatías de Krutchev, no es otra cosa que una bufonada vanidosa o una medida espectacular contra el terror pánico de los jerifaltes soviéticos, a los que la lección del reinado omnipotente de Stalin ha puesto en guardia. Esta viene a ser una medida o una garantía de que la nueva San Bartolomé no volverá a producirse. Y una definitiva y concluyente ratificación de los principios y esencias del más puro acervo stalinista que han

sido los que realmente han servido de alimento espiritual a la actual promoción kremlinista. En cuanto a los viejos para qué hablar, buenos tanto para un fregado como para un barrido; su sola esperanza es la de poder disfrutar tranquilamente, en sus últimos años de los privilegios a que su servilismo les ha hecho acreedores.

* * *

Naturalmente la requisitoria de Krutchev ha sido avalada documentalmente. Como complemento ilustrativo del informe Krutchev, el Comité Central del partido bolchevique ruso, hizo distribuir a los delegados una voluminosa parte del material secreto en archivo, compuesto de dieciséis documentos, seleccionados al efecto. Ellos eran copia del original de una serie, entre los que descuellan el debatido "testamento Lenin". Los nuevos amos de la situación han pretendido ligar y consolidar con ellos la base de su requisitoria.

No era posible de otra forma. Si a la muerte de Lenin el partido contaba con una serie de personalidades influyentes y conocidas de la base, a la de Stalin el problema es bien diferente. Tanto que, incluso, el propio fundador del partido se halla prácticamente eclipsado.

Realmente el valor de los documentos en cuestión es bastante relativo para nosotros. Lo primordial era bien conocido fuera de Rusia, publicado por Suvarin, y por Trotski, más tarde. No obstante, por una curiosa paradoja eran totalmente desconocidos en los medios bolcheviques.

Estos documentos, por dicha causa, encierran un interés particular. Y sobre todo a causa de venir a demostrar concluyentemente la integridad de los elementos dirigentes del Kremlin. Como se sabe la existencia de esta documentación ha sido negada tesoneramente por ellos, acusando a sus divulgadores de falsarios y otros menos lindos calificativos. Pero, particularmente su mayor virtud reside en el hecho de demostrar el grado de honestidad de Krutchev.

"Estos documentos, dice Krutchev, habían sido comunicados a los delegados del XIII Congreso del partido que estudiaron la cuestión de transferir a Stalin de su cargo de secretario general. Pero los delegados se declararon en favor del mantenimiento de Stalin en su cargo esperando que éste tomaría cuenta de las objeciones críticas de Vladimir Illyitch y se corregiría de los defectos que motivaban la seria inquietud de Lenin".

Lo que es totalmente falso. Ni los documentos fueron comunica-

dos a los delegados ni la cuestión de transferir a Stalin pudo, por tanto, plantearse. La entrega del "testamento de Lenin", escrito, precisamente, para ser presentado al XII Congreso, 1923, fué postergada por su mujer, en la creencia de un próximo restablecimiento del enfermo. Y sólo después de su muerte fueron entregados al Comité Central, el 18 de mayo de 1924, con el fin de que fueran presentados al XIII Congreso. Pero la cuestión después de debatida por ellos fué zanjada con la decisión de hacerlos conocer a una parte de los delegados de más confianza.

Esta maniobra conocida por la viuda de Lenin fué, precisamente, la que incitó a transmitir copia de dichas notas a Suvarin para su publicación en Occidente. Cosa que fué hecha por éste, en francés, en el número 23, noviembre de 1926, de la revista "Revolution Proletarienne", y en el número 16-17, enero-marzo de 1927, del "Bulletin Communiste". Y en el "New York Times" y "New York Herald", por Max Eastman.

En definitiva, el testamento de Lenin no era concretamente otra cosa que el método propuesto por él en vista de contrarrestar las querellas existentes en el seno del partido y en perspectiva las que suscitaría su próximo fin. Pero lo más curioso de todo este enredo es que incluso Kroupskaia, viuda de Lenin y el propio Trotsky, llegaron después de su publicación por Suvarin, a unirse al coro de los que desmentían su existencia. Aunque el último como hemos dicho, se retractara finalmente. Ello más que nada puede dar una idea de la forma y en las condiciones en que hubo de desarrollarse la áspera lucha por la conquista del botín.

Era ello, precisamente, la causa que había incitado a Lenin a redactar su testamento. En él se trataba mediante una serie de consejos de "asegurar la estabilidad del Comité Central como garantía contra la escisión en el futuro"... En este sentido ratificando la tesis del documento clasificado con el número 2, se propugnaba ampliar la base numérica compositiva del Comité Central a cien miembros, reivindicando la mitad de los nombramientos para elementos obreros.

De esta forma pensaba Lenin poder neutralizar los efectos descollantes de los conflictos entre "pequeños grupos". O más exactamente de la rivalidad entre Trotsky y Stalin. "El camarada Stalin, decía, al devenir secretario general, ha concentrado entre sus manos un poder inmenso del que no estoy convencido que pueda hacer uso con la debida prudencia". Añadiendo en forma de postdata: "Stalin es demasiado brutal", proponiendo en vista de ello, desplazarlo y

nombrar en su lugar a otro elemento "más paciente, más leal, más educado y más atento con los camaradas, menos caprichoso, etc.". A Trotsky asimismo lo consideraba como el "hombre más capaz del Comité Central actual", aún y siendo "excesivamente confiado y estar arrastrado en exceso por el lado administrativo de las cosas."

Respecto al resto añadía: la actuación de Kamenev y Zinoviev durante el "episodio de Octubre..." aunque "no ha evidentemente sido ocasional no se les puede dirigir ningún reproche". De Bujarin afirmaba: "No es solamente el más preciso y fuerte teórico del partido sino que está considerado "legítimamente" como el preferido de todo el partido", aun admitiendo que hay en él "alguna cosa de escolástico". En cuanto a Piatakov, "hombre de voluntad y capacidades más eminentes" le era, como a Trotsky censurada su inclinación "por el lado administrativo de las cosas".

El interés de este documento estriba, por otra parte, en los conceptos y clarividencia manifestados por Lenin. Pero, particularmente, en la divergencia existente entre el buen concepto que Trotsky, Zinoviev, Kamenev y Bujarin le merecían, al contrario de los que a su respecto hace Krutchev en su informe. En este aspecto la línea difamatoria de Krutchev está inspirada de forma manifiesta en la stalinista más que en la leninista. Los actuales dirigentes del Kremlin perseveran en la adopción de los métodos que aparentan repudiar.

El interés de Lenin por apartar a Stalin del puesto de secretario general es indudable. Pero hay un punto sobre el que no se ha hecho mención, seguramente por no ofrecer interés para Krutchev. Al menos se ha pasado por él como sobre ascuas, aparentando no concederle la menor importancia: el referente a la ampliación de la base numérica del Comité Central.

* * *

Como ya hemos dicho, Lenin propugnaba por aumentar su composición a cien miembros, de los cuales la mitad deberían ser obreros. Y a los que se habría de añadir cuatrocientos o quinientos asistentes "en calidad de miembros de la inspección de obreros y paisanos". Esta medida era considerada la sola eficaz para la reorganización y eficiencia del aparato.

Cinco años después del golpe de Estado bolchevique, su inspirador, a tenor de las realizaciones y recapitulando sus resultados, consideraba lo sofista de su base de apoyo y el fracaso de la tentativa. Si las exigencias y dificultades, tanto de orden interior como exterior, habían impuesto, decía en son de excusa, al partido aceptar ciertas

normas en contradicción con sus principios, vadeado el cabo de las tormentas, una revisión a fondo se impone. Es preciso tener en cuenta que no es en realidad un sistema nuevo, concluía, el que hemos establecido, sino que "es el antiguo aparato que hemos tomado, el aparato del zar y la burguesía".

Esta crítica no era más que una ampliación a la efectuada por él en el 4º Congreso de la Internacional bolchevique, en la que afirmó: "En la cúspide tenemos no sé cuántos exactamente, yo creo que una decena de millares de los nuestros; en la base, centenas de millares de antiguos funcionarios del zar...". O sea que toda la fuerza burocrática directiva del "Estado proletario" se cimentaba y sostenía mediante el concurso de esas centenas de millares de funcionarios burgueses y zaristas.

Aunque de todas formas omitió bien añadir que los abusos y exacciones del nuevo régimen no partían de esta base, sino de los desafueros de sus propias criaturas fanatizadas por las teorías estatísticas y dictatoriales que les servían de cimiento. Cosa que, de todas maneras, pocas semanas más tarde hubo de reconocer, al tratar de la masacre de Georgia.

"Yo he cometido, decía en su artículo sobre la cuestión nacional, yo pienso, una grave ofensa acerca de los trabajadores de Rusia, por no haberme ocupado con suficiente energía y acuidad de la famosa cuestión de la "autonomización" que es oficialmente llamada, yo creo, la unión de repúblicas socialistas soviéticas". Esta manera de plantear al asunto es más que significativa. Lenin se acusaba de ser el responsable de todos los desafueros, haciendo hincapié con sus "yo pienso" y "yo creo" de haber aquilatado la amplitud de su error, cosa que sus demás compañeros se negaban a hacer. La alegación de su enfermedad y confianza en que dicha cuestión podría resolverse de forma lógica y humana al plantearse, puede tener algún valor. Mas Lenin se hallaba incapacitado para tomar o influir en las decisiones de sus acólitos, cuando la conciencia del desacierto tomó cuerpo en él.

Los sucesos de Georgia de los que, según afirma, Djerjinsky le dió un informe y sobre los que conferenció con Zinoviev, son imputables a Ordjonikidze que "perdió su sangre fría hasta el extremo de recurrir a la violencia física...". "Evidentemente, concluye, toda la labor de la "autonomización" era fundamentalmente falsa e inoportuna".

La hiperbólica ponderación de la tan difusa tesis del derecho de los pueblos a su libre determinación, tan loado, por los exégetas,

como conquista y concesión del régimen, no era más que una burda falsedad. Las palabras de Lenin son concluyentes: "la libertad, dice de las nacionalidades a "retirarse de la Unión", prevista en la constitución no es más que un pedazo de papel inútil para la defensa de las minorías en Rusia...".

La causa de esta antinomia, añade, es debida a que "nosotros llamamos nuestro un aparato que nos es extraño...". La "derjímorda", sinónimo de mentalidad estrecha y policíaca, reconoce Lenin no fué evitada, por "no haber tomado las medidas debidas y como hubiéramos podido". Cuya responsabilidad carga Lenin a la cuenta de "la precipitación y la desviación burocrática de Stalin que ha jugado aquí un uso fatal".

Se impone, por tanto, para Lenin, ante estos manifiestos abusos del Poder, efectuar un esclarecimiento de lo que se entiende por internacionalismo. ¿Como si la noción de éste pudiera influir sobre la tendencia de la dictadura! "Ya he escrito, continúa, en mis trabajos sobre la cuestión nacional, que una definición abstracta de la cuestión de nacionalidades en general es sin valor. Es indispensable hacer una distinción entre el nacionalismo de una nación que oprime y el de una nación oprimida, entre el nacionalismo de una gran nación y el de una pequeña nación".

En este sentido llega a considerar inadmisibles los patentes abusos de Poder de que Rusia se ha hecho siempre culpable "en tanto que gran nación". "Para el proletariado es no solamente importante, sino indispensable de ganar el máximo de confianza de la parte de otras nacionalidades en la lucha de la clase proletaria".

"El georgiano (neta referencia a Stalin), que se desorecuna de este lado del asunto y acusa a los otros de "social-chauvinismo" (cuando el mismo no es solamente un social-chauvino sino un escrupuloso brutal al servicio de una gran potencia), este georgiano, en el fondo atenta a los intereses de la clase proletaria". "La responsabilidad política de toda esta campaña nacionalista debería terminantemente ser cargada a Stalin y Djerjinsky".

Igualmente "el camarada Ordjonikidze debe ser castigado de una forma ejemplar...". De la misma manera deberían ser suprimidos y castigados todos los abusos del Poder contra las pequeñas naciones. El Estado proletario es una imagen del zarista al que sólo se le ha, decía, "untado superficialmente del santo aceite soviético".

Todas estas causas, concluía, vienen a "minar completamente toda la sinceridad de nuestros principios y argumentos cuando nosotros combatimos al imperialismo", particularmente, "cuando nosotros

adoptamos un punto de vista imperialista en nuestras relaciones con las naciones oprimidas...". "El alba de un nuevo día en la historia del mundo será precisamente aquél en que se despertarán los pueblos oprimidos por el imperialismo y donde comenzará el largo, decisivo y duro combate por su liberación".

* * *

La acusación de Lenin no puede ser más concluyente. No hay nada que justifique la opresión de una nación por otra en razón de su fuerza. Todo atentado al derecho y a la libertad de los pueblos a regirse y organizarse de acuerdo con su idiosincrasia, posibilidades o forma de pensar, es un crimen de lesa humanidad que debe ser censurado y castigado "de una forma ejemplar".

Indudablemente este punto de vista de Lenin es del más puro acervo estatista. Pero aun así, y quizás a causa de ello, es todo esto del mayor interés. Al contrastar esta opinión con la de los actuales dirigentes del Kremlin y, en particular, con la de Krutchev, no puede por menos de observarse la divergencia.

Esta parte de la documentación de referencia es la más rotunda negación de la forma de proceder de Krutchev. Y, sobre todo, de su manera de interpretar la tendencia uniforme a seguir para la implantación de su sistema. Es, por tanto, una falsedad más la del actual secretario del partido al reclamarse defensor del leninismo y abanderado de sus principios.

Donde ambos coinciden es en su interpretación del internacionalismo. Como en lo que respecta a la libertad. Una y otra se complementan en ambos como el más agudo sofisma. La libertad y, con ella, todos los principios de redención social y emancipación de la clase trabajadora fué para el primero, como continúa siendo para el segundo, la más patente negación de las esencias que deben facultarlas.

La sola preocupación para Lenin, como queda dicho, era la de impedir que las pequeñas naciones continuaran siendo oprimidas. Y puede que esto sólo haya sido como maniobra para eliminar a Stalin al que detestaba profundamente. De lo contrario todos los desmanes cometidos por él o bajo su mandato habrían debido ser pasados por la criba con la misma entereza. Cosa que no fué hecha. Para él Ucrania o Kronstad no eran similares a Georgia. De una como de otra forma las acusaciones de Lenin se han comprobado exactas y los temores que sustentaba ampliamente confirmados: Stalin ha sido el mayor criminal de la historia.

"Le ruego de urgencia, escribía a Trotsky, que tome la defensa del asunto georgiano ante el Comité Central del partido. Actualmente este asunto tropieza con las "persecuciones" de Stalin y Djerjinsky, y no puedo confiar en su imparcialidad. Bien al contrario. Si usted acepta de tomar la defensa de esta causa yo podría quedar tranquilo".

Lenin enfermo no podía ocuparse de este asunto por lo que se confiaba en Trotsky. Lo que demuestra, sin lugar a dudas, la confianza que éste le merecía al encargarle la defensa de una causa en la que estaba tan interesado. Krutchev, por lo visto, no ha tenido en cuenta el valor de esta carta que viene a rebatir, concluyentemente, todas sus calumnias contra Trotsky. La línea leninista de Krutchev sigue siendo la de proliferar en el escarnio de consolidación de la maquinaria estatal, mediante la denigración de sus predecesores y el gratuito vituperio. Pero en este menester se aproxima mucho más a Stalin, bastante más hábil que todos ellos juntos.

Indudablemente las dictaduras, o los dictadores, son totalitaristas hasta en los más exagerados extremos. Como lo es toda doctrina estatal. En política no hay variantes. La intervención directa del pueblo en los asuntos del Estado es un sofisma. Y el calificar una determinada forma estatal de "proletaria" el más absurdo de los contrasentidos. El Estado no es más ni menos que la divinidad de los tiempos modernos. De lo contrario, el principio de autoridad se hallaría malparado, y con él los fundamentos de los que se erige en defensor.

El espejismo de las ideas marxistas es pura megalomanía. Ir al Estado con pretensiones de dirigir y transformar desde él las bases de la sociedad es la más grande falsedad de todos los tiempos. El Estado no obedece nunca a partidos ni a hombres. Él no representa generalmente otra cosa que una serie de intereses suscitados por su propio desarrollo y de castas que evolucionan a su conjuro.

Todo lo demás es pura demagogia. Cualquier realización de tipo social o constructivo deberá realizarse, como se realizó siempre, a espaldas del Estado o frente a él. Considerar el Estado como elemento provisional o etapa intermedia entre una y otra forma de sociedad es caer en el error de aceptar por provisional un testamento con tendencias permanentes y conservadoras.

De ahí que la primera misión de toda fuerza estatal sea la de forjar los estamentos que han de perpetuar su existencia: el Ejército y la policía. Por ello que todo sistema dictatorial no sea en sí otra cosa que la fiel imagen o representación de un Estado policíaco. Y está obligado a serlo debido a la invulnerabilidad de ciertas minorías

y de la masa general del pueblo reacio a aceptar la opresión a que se le somete.

Si la dictadura pudiera ser popular la suerte del dictador y los privilegios de su burocracia quedarían asegurados. No habría en dicho caso necesidad de la fuerza armada para su salvaguardia. El hecho de que esta aquiescencia popular no es obtenida es en definitiva lo que impele a la adopción de los métodos de coacción y represión inmanentes de la dictadura.

Toda dictadura precisa para supervivir de la adopción de las clásicas medidas del terror. Sin las temibles armas del Ejército y la policía a su servicio no sólo dejaría de ser viable, sino que le sería imposible llegar a imponerse sobre el conjunto de la población laboriosa. La adhesión del pueblo a la dictadura es más de índole espectacular, producto de la demagogia del tirano. Estimulado o cohibido por el terror imperante el pueblo se ve obligado a rodearse de una máscara de hipocresía. A fuerza de presión y a causa de la atmósfera viciada en que se le obliga a subsistir, el hombre termina adoptando los vicios y defectos del régimen impuesto.

La misión de la dictadura es la de desarraigar hasta el último vestigio de libertad. La labor de Lenin, como no se ignora, no fué otra condenando, en principio, la libertad, como un prejuicio pequeño burgués. El resto, una vez abocados en la pendiente, debería, por tanto, darse por sí solo. Su acusación hacia Stalin no puede ser otra cosa que una condena del régimen. El resto es pura demagogia.

* * *

La historia de la humanidad puede, indiscutiblemente, representarse como un ininterrumpido combate entre la libertad y la esclavitud. Con resultados negativos para la primera, hasta la fecha. Pero de lo que, claro está, no puede sacarse conclusión alguna. Sería ingenuo especular a base de comprobaciones parciales. La definitiva no puede sentarse aún. Y de hacerlo, en todo caso, sería favorable a la libertad.

Debe tenerse en cuenta que si la esclavitud ha sido el elemento distintivo del pasado, y de nuestro presente, no puede haber la menor objeción a que el futuro deberá serlo de libertad. Lo contrario significaría la liquidación del género humano y, posiblemente, de todo género de vida.

Naturalmente, la mayor dificultad con que la libertad ha debido combatir ha sido la dimanante de la serie de prejuicios que el largo período de esclavitud soportado por el hombre, ha venido a infligir

sobre su conciencia y naturales impulsos. Y, particularmente, a causa de la confusión o falsa interpretación que ciertos conceptos han llegado a adquirir por dicha causa.

Esta característica, desconocida en el pasado, ha llegado a ser una de las distintivas del presente. El confusionismo sembrado por Marx, respecto a los términos de lo social y lo político, es el más nocivo de los principios que haya podido asimilar el proletariado. Y no sólo la masa de éstos, sino que el sutil veneno ha llegado a contaminar no pocos espíritus esclarecidos.

Imbuídos los pueblos por esta noción, los Estados han podido proliferar y extender las dimensiones de su Poder, insensiblemente, sobre todo el soviético, que ha tenido en esto su base y más eficaz elemento de consolidación.

La suerte de la Revolución rusa quedó sellada en el momento en que la más autoritaria de las tendencias marxistas pudo imponerse como su directora. Cuando Lenin, próximo su fin, clamó contra las esencias y organización del nuevo Estado, la suerte estaba ya decidida. El Estado no podía, en este caso, contradecirse, ni hacerse el menor reproche si no quería condenarse a perecer.

Es posible que las últimas palabras de Lenin hayan sido sinceras y no dictadas por la antipatía que profesaba a Stalin, a causa del mal trato que éste deparó a su compañera. Pero ello no puede dar lugar ni facilitar las medidas especulativas a su respecto. Lo fundamental a saber es que la mecánica orgánica del partido y de la maquinaria represiva del Estado fué creada por él e inspirada en sus doctrinas, que lo eran a su vez de las de Marx.

Ante este hecho la actuación de Stalin no merece ni mayor ni menor repulsa que sus padres teóricos. Y partiendo de un punto de vista abonado por la lógica más elemental habrá de reconocerse que su labor no es otra que un efecto cuya causa reside en lo cimentado por Lenin. Stalin fué concretamente el hijo de la burocracia leninista.

* * *

El epíteto de "enemigo del pueblo" que Krutchev carga a la densa cuenta de Stalin, fué ya utilizado en los orígenes del régimen. En efecto, a fines de 1918, cuando el partido bolchevique decidió deshacerse del resto de agrupaciones obreras rusas, fué éste el ardid empleado como colofón al preconcebido plan de calumnias entablado.

Las primeras organizaciones en sufrir el impacto fueron precisamente las verdaderas y fervientes revolucionarias. En primer lugar los anarquistas, que a primeros del mes de Abril fueron atacados en

... hasta con artillería, hecho que fué la señal de ataque en el resto de las ciudades importantes. A continuación socialistas-revolucionarios y maximalistas, entre otros, fueron las víctimas propiciatorias.

A partir del verano de 1918 y, en particular, a raíz de la detención de María Spiridonova, las persecuciones tomaron un cariz verdaderamente reaccionario. El Estado policiaco-militar era ya un hecho a fines de 1918. El resto de partidos y organizaciones revolucionarias estaban prácticamente eliminados, arrollados por la vorágine de pasiones y privilegios.

Los continuos abusos bolcheviques tuvieron, como se imponía, el poder de sacar a las masas de su apatía. El descontento y el malestar empezó a manifestarse públicamente y de forma espontánea. Lo que dió lugar al consiguiente recrudecimiento del despotismo de las medidas represivas del Estado.

Desde primeros de 1919 la furia estatal desbordó todos los límites. En el verano de este año el movimiento maknovista fué declarado ilegal. Las detenciones, abusos y fusilamientos estuvieron a la orden del día. El asalto y destrucción de locales y la quema de bibliotecas puso bien de manifiesto los designios de sus autores. La salvaje violencia y el sadismo no conocieron límites. Comparada con este período, la criminal labor de Stalin no es más que una simple prolongación.

El mar y los ríos fueron amplios sepulcros para las innumerables víctimas, muchas de ellas arrojadas sólo enfermas o heridas después de haber sido sacadas de los hospitales. Una buena parte hubieron de ser transportadas en camillas a los lugares de ejecución. En otros, como en Simferopol, por ejemplo, las mujeres fueron fusiladas junto a niños de pecho.

Las checas funcionaban a pleno rendimiento. El primer intento o ensayo stajanovista soviético fué el policiaco. Los conocidos cuestionarios y autocríticas empiezan ya a desarrollarse durante esta época.

Una idea de la labor del Estado bolchevique en este sentido sólo pueden darla las cifras. En pocos días, 1200 detenciones fueron operadas en Simferopol. Y el 28 de noviembre de 1921 las "Izvestias" del Comité Revolucionario de Sebastopol publicaron una lista de 1634 fusilados, entre ellos 278 mujeres. Para dos días más tarde añadir otros 1208, de los que 88 eran mujeres.

Mas lo que puede dar una más precisa idea de estos desafueros es el proceder adoptado con las fuerzas maknovistas. A principios de 1920, ante el avance de Wrangel, los bolcheviques se vieron obligados a firmar un pacto con Makno. Para dos meses después, a últimos de Noviembre, tras la derrota de las tropas de dicho general, proceder

en Jarkov a la detención de los delegados al Congreso que debía celebrarse en dicha ciudad.

Las persecuciones contra los maknovistas, a partir de este momento, alcanzaron unos extremos de increíble barbarismo. El sistema de rehenes tan caro a los hombres de Lenin volvió a ser empleado. Niños, mujeres o parientes de los perseguidos fueron las víctimas propiciatorias.

El terror stalinista a la luz de estos hechos se puede constatar no es, o ha sido sino una fiel imagen de éste. El primero es la lógica prolongación o desenlace del segundo. El terror es obra del régimen, no de esta o la otra, de cualquiera de sus criaturas. Aunque Kruschev intente sostener lo contrario.

Incluso la tesis de Trotsky, de que Stalin era la criatura de la maquinaria burocrática del partido, no era sino una simpleza más. La burocracia del partido no era otra cosa que la obra de Lenin y de Trotsky mismo. Fué bajo su apoyo que se implantó y desarrolló y no bajo el de Stalin, que en aquella ocasión no pasaba de figurante de tercera.

* * *

No es nuestra intención, indiscutiblemente, tratar aquí de las causas que facilitaron el desarrollo de la revolución rusa, ni de las que auspiciaron la germinación de las semillas de rebeldía que hicieron posible su eclosión. No obstante, sí queremos destacar que el origen de todo ello habría que buscarlo en los albores del siglo XIX. Neta-mente a partir del movimiento revolucionario de los "decembristas", en 1825.

La revolución de Octubre fué el lógico resultado de un largo proceso en el que se hallaron implicadas y por el que laboraron las más diversas fuerzas. Es esta una de las premisas que deberá tenerse en cuenta para su estudio, so pena de enfocar al asunto desde un falso ángulo de visión que vendría a repercutir forzosamente sobre la esencia y fundamento de las conclusiones.

El hecho de que la revolución de Octubre haya sido de neta inspiración e influencia popular, ni resta ni aumenta valor al hecho.

El despertar de la conciencia emancipatriz de la clase trabajadora conoce el influjo de una progresión evolutiva, a partir de la revolución de 1905. Esencialmente progresiva su tendencia, hasta que la revolución de Febrero 1917, que barre el poder zarista, señala ya el principio de que ésta ha llegado a un punto crítico.

Sin embargo, la cuestión derivada de las causas que hicieron factible la toma del poder por los bolcheviques adquiere ya un relieve, en nuestra intención, más que fundamental. La defensa de la revolución exige de nosotros el adecuado planteamiento del tema.

Es necesario conocer el motivo que pudo facilitarla a fin y efecto de preservarse en lo sucesivo, de posibles errores. Particularmente con el fin de evitar en el futuro que un partido, no importa cuál, pueda erigirse en el elemento rector y director de las tendencias revolucionarias naturales del pueblo.

Esto que fué el caso del partido bolchevique no puede entrañar sino una desviación de la verdadera revolución, que influida por una escolástica, más o menos ciega, es finalmente conducida al cadalso. Los intereses de partido, capillas o cofradías, son los elementos más extraños y contraproducentes a toda evolución progresiva. Como de todo principio regenerador o de transformación social, ya que ella es contraria a los intereses del pueblo y de la humanidad.

Son precisamente éstos los que neutralizan la acción revolucionaria del pueblo, en razón de los intereses particulares de un cierto número. La imposición final y la dictadura no son más que el resultado final de esta progresión infecciosa. Es este, por desgracia, un círculo vicioso en el que hasta la fecha han venido cayendo todas las revoluciones.

Las apreciaciones de los exégetas del partido bolchevique, respecto a que la historia de éste "es la historia de tres revoluciones: revolución democrática burguesa de 1905, revolución democrática burguesa de Febrero de 1917 y revolución socialista de Octubre de 1917", es un sofisma patentizado. Las tres revoluciones no son más que la estampa fiel de tres líneas convergentes en el desenlace final de la revolución.

Querer identificar la historia del partido bolchevique con la de estas tres revoluciones es algo tan carente de sentido que sólo puede ser planteado por el cretinismo bolchevique y admitido por la necedad de sus corifeos. La historia de un partido o agrupación es totalmente independiente de la acción popular enfrentada a sus enemigos consuetudinarios. Y más cuando toda la historia de este partido se

halla, precisamente, afincada en destruir y desviar las tendencias revolucionarias del pueblo.

De otra parte hay que tener en cuenta que no existen en el fenómeno revolucionario de dicha etapa los elementos que permitan tamaña clasificación. No ha habido revolución democrática burguesa en Rusia. Existen, sí, tres experiencias revolucionarias en el país de influencia popular bien caracterizada. Pero la clasificación calificativa hecha a posteriori es totalmente infundada. La sola realidad es la que hace estado de causa del hecho de que ninguna fué socialista falta de inspiración social. Ni burguesa por ser casi inexistente esta clase, que en realidad, no llega a favorecerse de ninguno de los tres ensayos. A más de que habrá de admitirse, por otra parte, que en las dos primeras el partido bolchevique no tuvo intervención alguna, y en la tercera su actuación se redujo sólo a un simple golpe de Estado militar.

Denominar una revolución a tenor de la categoría o demagógica tendencia de las fuerzas a quienes ha venido a favorecer, tras falsificar, desviar o dispersar las verdaderas tendencias revolucionarias, es propio de los bolcheviques. Y como tal una superchería. Las tres revoluciones rusas no pueden clasificarse indudablemente, como homogéneas, en sus esencias y finalidades. Cada una de ellas señala y patentiza un período definido. Pero en su conjunto pueden catalogarse como el ciclo de desarrollo y toma de conciencia de la clase trabajadora, consciente del estupro a que se la ha sometido durante siglos de ignominia. En definitiva, un intento del pueblo para sentar las bases de una sociedad más justa y equitativa, en la cual la opresión y la explotación hayan dejado de existir.

La sola diferencia distintiva en ellas parte de la base de que no todas fueron a favorecer los intereses de un mismo grupo, cosa imposible por otra parte. Pero no debe por eso dejar de tenerse en cuenta que favorables a tal o cual grupo de ellos, todas tres desembocaron finalmente en manos de un grupo político, que aunque divergente en teoría de los otros, era convergente, por identificación, en la práctica de guillotinar la libertad.

Por otra parte, deberá observarse en la revolución de Octubre de 1917 que el partido bolchevique, no hizo otra cosa que aprovechar la situación provocada por el pueblo, y su exceso de confianza, para dedicarse a pescar en río revuelto. Ese fué, en realidad, su verdadero triunfo y su sola acción. La de escalar al amparo de la marea popular el puesto que sigue ocupando, en el que se fortificó, en tanto el pueblo se desangraba en la lucha por su emancipación.

Esa es la sucia historia del partido bolchevique. Y no sólo en el plano ruso, sino en tantas ocasiones u oportunidades como se le han presentado, su finalidad no ha sido otra que la de comerciar con la inocencia popular y su emotividad. La tesis de Stalin, respecto a la revolución española, de "fuera del alcance del fuego de la artillería", es tradicional en el régimen y una de sus más fieles constantes.

IX. EL MONSTRUO DEL ESTADO

El Estado soviético se halla erigido e influenciado siguiendo las teorías del partido bolchevique. Y éste, según sus polizontes, está inspirado en los fundamentos de las doctrinas marxistas, que a la vez se desarrollan a partir de la base del materialismo histórico.

Si el partido es marxista lo lógico y natural es que se fundamente en las doctrinas de Marx. Y siendo el génesis de las mismas la concepción materialista de la historia que ésta sirva de principio motor a las tendencias y finalidades del partido, influyendo sobre toda su obra.

La noción materialista de Marx es literalmente descollante en la siguiente tesis: "No es la conciencia de los hombres la que determina su existencia, es, al revés, su existencia la que determina su conciencia". O dicho en términos menos académicos, como los usados por los "teóricos" moscovitas para uso escolar: "No son las ideas las que determinan la situación económica y social de los hombres, es la situación económica y social de los hombres la que determina sus ideas".

La contradicción de esto con la tesis de que la revolución de Octubre, fué de inspiración socialista no ha parecido para tan ufanos teorizantes suponer mayor desasosiego. Pero de ello ya nos hemos ocupado con la merecida amplitud. Aunque en realidad la teoría materialista sea tan exigua y limitada como queda reseñada más arriba.

No deja de ser curioso que una teoría a la que tanto valor le ha sido concedido haya tenido tan escasa audiencia y estima en el ánimo de su progenitor, como para soslayar el ampliarla en su voluminosa obra. Será por ello, quizás, que sus discípulos no le han prestado gran atención, fuera del campo demagógico. Realmente parece ser que ésta no les sirve a otro fin.

De momento atengámonos al resto. El Estado soviético es la tan

decantada, como loada "dictadura del proletariado", concebida e inspirada en los moldes y cánones de Marx. Y éstos se concretan, entre tantos otros, en la siguiente tesis, expuesta en su "Crítica del programa de Gotha". "Entre la sociedad capitalista, dice, se sitúa el período de transformación revolucionario de la primera a la segunda. A este período corresponde otro de transición política, durante el cual el Estado no puede ser otra cosa que la dictadura del proletariado".

Sin embargo, más concreto en su "Manifiesto Comunista", decía: "El primer paso en la vía de la revolución es la elevación del proletariado al puesto de la clase dominante".

"El proletariado se aprovechará de su dominación política para arrancar poco a poco a la burguesía todo el capital, para centralizar todos los instrumentos de producción en las manos del Estado, es decir, en las manos del mismo proletariado, organizado como clase dominante".

Tesis hábilmente defendida por Stalin en "Cuestiones del leninismo": "La dictadura del proletariado es el instrumento de la revolución proletaria, su órgano, su punto de apoyo más importante, creado, primero, para aplastar la resistencia de los explotadores derribados y consolidar las conquistas hechas, y segundo, para llevar a término la revolución proletaria, para llevarla al triunfo del socialismo".

Estas tesis que no tienen desperdicio no dejan lugar al equívoco respecto a los designios de sus autores. Es, quizás, por ello que Lenin afirmaba que: "sólo es marxista aquel que extiende el reconocimiento de la lucha de clases, al reconocimiento de la dictadura del proletariado".

Como se ve no puede haber mayor identidad entre el trío. Cuando ésta desaparece es al observarse que las teorías de Marx, sobre los efectos y consecuencias dimanantes del desarrollo y esencia del Estado no han sido tenidas en cuenta.

"El Estado, decía Marx, es incapaz de suprimir la miseria y el pauperismo. Ningún Estado puede hacerlo, porque para suprimir la miseria tendría que eliminarse a sí mismo puesto que la causa del mal reside en la naturaleza del Estado y no en una forma determinada del mismo, como supone mucha gente radical y revolucionaria, que aspira a cambiar una forma por otra mejor. La existencia del Estado y la esclavitud no pueden ser separadas".

O como cuando de forma más radical concluía: "La próxima revolución debe tener por motivo no, como antes, el traspaso de la máquina militar y burocrática de unas manos a otras sino su destrucción".

Punto de vista compartido también por Lenin. Aunque coincidiera más exactamente con Engels: "No puede, sentenciaba el segundo, haber libertad con Estado". En tanto el primero concluía: "Tan pronto como es posible hablar de libertad el Estado habrá dejado de existir".

O más radical aún, cuando sostenía que: "Todas las revoluciones anteriores no han hecho más que perfeccionar la máquina gubernamental cuando es preciso abatirla".

En esto difieren de Stalin. Pero sólo teóricamente. En ellos estas tesis no eran más que pura demagogia. No cabe otra interpretación cuando su obra es conocida en su conjunto. Mediante el clásico ardid de dar una de cal y otra de arena el marxismo consiguió abrirse paso aunque lentamente. La realidad de todas formas quedó bien patente cuando alguno de sus exégetas pudo obtener un puesto de confianza o dirección.

"Todos los ciudadanos, decía Lenin poco después del golpe de Estado bolchevique, desmintiendo sus conclusiones anteriores, son convertidos ahora en empleados a sueldo del Estado... La cuestión se reduce simplemente a que todos trabajen por igual y ejecuten la porción de trabajo que se les asigne...".

De ella a la tesis de Stalin de que: "La cuestión fundamental de la revolución, es la cuestión del Poder", no había más que un paso que no tardaría en ser franqueado. Y no por Stalin, como se afirma, sino por Lenin.

* * *

No es la tesis condenadora de la actuación y efectos dimanantes de las esencias del Estado la que fué abonada, o sostenida, por los bolcheviques. Realmente eso fué una simple materia especulativa para ellos. Lo fundamental para el marxismo, ha sido concretado en toda ocasión en la conquista del Poder y su consolidación. La marxista es, esencialmente, una doctrina estatal.

Imputar a tal o cual de sus panegiristas o realizadores el fracaso de sus conclusiones es de lo más ingenuo que pueda darse. Concretamente la puesta en práctica de dichas teorías no puede conducir a otro resultado que los catastróficos más que conocidos. No fallan los hombres en la germinación de ellas, son precisamente éstas que, fecundadas por el virus de la doblez y la falsía, no pueden dar mejor fruto. No son Lenin o Stalin los que se hallan en causa. De haber sido Marx quien hubiera podido realizar el experimento no hubiera habido diferencia en los resultados.

La escisión del campo socialista partió, precisamente, como bien se sabe, del intento de querer identificar los intereses y la emancipación de la clase trabajadora, con una simple transformación de la maquinaria estatal. O más exactamente de sus figuras representativas.

Indudablemente las teorías marxistas sólo han triunfado en este sentido. En tanto que divisoras del proletariado, y en tanto que doctrinas estatales de tipo totalitario. En el resto su fracaso es más que definitivo. La tesis de "concentración de capitales" que provocaría la extensión numérica y miseria del proletariado que entrañarían fatalmente la forjación de conciencia revolucionaria en el mismo, no se han operado. Muy al contrario.

Las formas de producción no han afectado en absoluto las tendencias populares. Y el curso concentracionario de las riquezas, a la inversa, ha sufrido el impacto disgregador que puede constatarse.

Naturalmente, esto no hubiera podido encerrar la menor gravedad si sus discípulos obrando de forma racional al comprobar el error de las doctrinas hubieran obrado en consecuencia, procediendo a una revisión de las mismas. El peligro se presenta cuando no sólo se ignora esta premisa, sino, principalmente, al aceptar inclusive el fatalismo imperioso que Marx les prestara. Ello no puede conducir más que al peor y atrabiliario de los fanatismos e incongruencias.

No nos cabe la menor duda de que al identificar el ensayo bolchevique con las teorías de Marx, más de un marxista, enemigo de aquel experimento, habrá de reprocharnos esta filiación, considerándola atrabiliaria y desprovista de fundamento. Ello es debido a que éstos, de espaldas a la realidad, prefieren ignorar que el padre precisamente del engendro de dictadura del proletariado fué él. Y que, sin lugar a dudas, su obstinación confusionista ha sido el más eficiente colaborador del bolchevismo.

Por otra parte, habrá de tenerse en cuenta que, particularmente, en los países en que ha podido obtener el consenso de amplias capas de la población, y en los que todas las riendas del Poder se han hallado en sus manos el sistema de explotación ha seguido imperando con su apoyo. Y cuando más se han decidido, ha sido en el sentido de "nacionalizar" ciertas industrias clave de la economía del país, que no ha sido realmente sino una estatización de dichas fuentes de riqueza, en las que su dirección ha obrado en forma similar a la de los bolcheviques.

Por mucho que se niegue, la patente realidad es la que considera el bolchevismo como el elenco más extremista del marxismo. Al que

ha venido a beneficiar la transformación operada en Rusia. Claro que, sin que ello haya sido facilitado por las causas previstas por Marx. Las condiciones materiales o de producción en este país en el momento de la revolución de Octubre eran semi feudales.

Pero a fin de cuentas esto puede que para un espíritu práctico no tenga la menor importancia. Lo fundamental para él será siempre el resultado. Mas también éste se halla ahí incontrovertible e inexorable.

Es preciso, por ello, en este caso no perder de vista este punto. Las doctrinas son falsas, pero el resultado está bien patentemente realizado protegido de posibles indiscreciones por la potente cortina de hierro. Claro que, partiendo de esta base, es forzoso concluir que si las teorías que dan lugar al fenómeno se han revelado como una surerchería, no es posible que hayan engendrado más que un perjurio.

"El triunfo de la dictadura del proletariado, decía Stalin, significa el aplastamiento de la burguesía, la destrucción de la maquinaria del Estado burgués, la sustitución de la democracia burguesa por la democracia proletaria". Es decir, que, Stalin, tomaba en este caso la palabra democracia en su sentido etimológico. O sea, de gobierno del pueblo.

El problema en este caso se concreta. La cuestión estriba en saber en qué sentido y hasta qué extremo el pueblo tuvo opción de revisión y fiscalización en los asuntos internos del gobierno y dirección estatal de la economía y relaciones sociales del país.

* * *

Como ha sido reconocido por el propio Krutchev todo esto desapareció en tiempos de Stalin ante su característica brutalidad y constantes violaciones de la *legalidad revolucionaria*. Pero no ha quedado aclarado en cuanto a Lenin, cuya actuación es elogiada en todos los sentidos.

Ahora bien, según puede deducirse de los tres artículos anexos al testamento de Lenin, referentes a la cuestión nacional, su autor se vió forzado a reconocer los defectos de base del sistema. Ordjonikidze, Stalin y Djerzinsky eran declarados responsables de la masacre de Georgia. Pero haciendo hincapié en que ello era un efecto dimanante de las esencias del régimen.

Naturalmente, Lenin, omitió las referencias a sus propias hazañas. De todas formas estos casos en extremo conocidos nos evitan los

comentarios. Pues que, de forma concluyente, ellos patentizan que la existencia de la democracia proletaria en la U.R.S.S., no ha sido otra cosa que un tema de especulación demagógica.

Es más que manifiesto que allí donde la libertad es acosada y denunciada como delito, no puede existir el menor síntoma de "democracia". Y, al mismo tiempo, es obligado insistir en el principio de que el Estado, no importa cuál, como el mismo Marx sostenía, y la esclavitud son elementos congénitos. Así, como sobre el aspecto de que las referencias y defensa de la libertad individual o social brillan, por su ausencia en la obra y teorías de Marx y comparsas.

Pocos regímenes pueden equipararse al bolchevique. Mismo el zarista comparado a él fué eminentemente liberal. Las relaciones de Lenin, durante su exilio, con su familia fueron siempre realizadas normalmente por el conducto oficial de correos. Las reuniones clandestinas de los más diversos partidos u organizaciones fueron siempre posibles. Escritores occidentales, incluso, fueron autorizados a visitar los campos de concentración zaristas. Y la prensa y propaganda introducida en Rusia clandestinamente fué en extremo considerable. A la inversa, en la Rusia bolchevique nada de ello fué posible desde su afianzamiento en el Poder. No sólo fueron perseguidos los elementos pertenecientes a las clases detentadoras del privilegio, sino que, englobados en el elástico calificativo de enemigos del régimen lo fué todo el pueblo y elementos revolucionarios sin excepción. Para inmediatamente ser canalizada la represión con vistas a aniquilar a estos últimos de preferencia.

Los elementos dirigentes del viejo sistema no tardaron en ser protegidos por los propios bolcheviques y asimilados a sus propias instituciones. Y no es esta una gratuita afirmación. Queda ello reconocido por el propio Lenin, como hemos hecho observar precedentemente.

Indiscutiblemente la revolución rusa tuvo en origen, como todas sus similares, la esencia e inspiración popular característica. A la que deberá añadirse el carácter espontáneo, confuso y, hasta en ciertos aspectos, caótico. El atraso y la incapacidad, distintiva del pueblo ruso en la época, debió ser la causa fundamental que facilitó la conquista del poder por los bolcheviques. Por desgracia el pueblo no supo hallarse a la altura de las circunstancias para orientar la revolución y organizar la nueva vida social, de acuerdo a unos principios justos y humanos. La ignorancia y el espíritu de obediencia, forjado durante milenios de opresión, fueron los agentes más activos, junto al terror, del bolchevismo.

Los activistas del partido no tuvieron mayor trabajo que el de encarrilar estas tendencias y aprovechar la desorganización. El breve período de ocho meses, febrero a octubre de 1917, de libertad parcial para el pueblo fué insuficiente para terminar con la funesta obra realizada por siglos de servidumbre y vasallaje. De esta manera, el partido bolchevique, pudo erigirse en dueño de la situación, abusando de la candidez y confianza popular. El sueño de Lenin se convirtió, por esta causa, en una realidad superior a la concebida.

Pero no ya solamente a causa de la desidia de las masas, sino en razón de la poderosa maquinaria de represión montada de toda urgencia. No obstante, su cerrilidad que lo incitaba a proclamarse único defensor y representante de la clase obrera, Lenin dejó de fiar en la infalibilidad de sus teorías, para asegurarse el poder por medios más prácticos.

La famosa frase de Lenin: "que 90 % du peuple périssent, pourvu que 10 % vivent jusqu'à la révolution mondiale", es la más perfecta imagen de los designios que lo guiaban. La muerte de la revolución quedaba sellada con ellas.

Era ello inevitable. La tendencia de la revolución orientada hacia la emancipación del pueblo, y la forja de nuevas formas de vida y relación, es totalmente incompatible con el más elemental principio de autoridad. En la áspera lucha por la libertad con el Estado, símbolo opresor, no caben términos medios. O el Estado desaparece definitivamente o la libertad será violada acto continuo de la imposición de un nuevo Poder.

El pueblo que confía su suerte y la de la revolución a un partido político, no hace más que facilitar la oportunidad a la lógica y desenfrenada orgía de un nuevo totalitarismo. Así perecieron todas hasta la fecha. Y, no será otra su suerte, en tanto no sepa obrar con responsabilidad, fiando en los hechos más que en las promesas, dirigiéndola por sus propios medios y capacidad al establecimiento de una nueva sociedad.

Los fundamentos de la revolución no los evalúan el origen ni el motivo del estallido sino los resultados a que sepa llegar, el fin a que dé luz. No es la cuestión de un cambio de poder o transformación del mismo lo que se halla en juego. Es el establecimiento de un nuevo orden y de una nueva legalidad al margen de todo poder coercitivo.

Cuando la "Pravda", órgano del partido bolchevique, afirmaba: "el himno de la clase obrera será en lo sucesivo el himno del odio y la venganza", no hacía más que sellar la suerte de la Revolución.

El odio y la venganza no son semillas propicias para la fructificación de los elementos y teorías que valoran la ética del socialismo.

Si la violencia no puede ser, por ley natural, rebatida sino por la violencia, el ciclo constructivo de la etapa triunfante de la revolución sólo puede serlo a partir de bases humanas y equitativas. Lo contrario sería volver a caer en la obstinación de querer aceptar por permanente, una situación provisoria. Y con ella todos los defectos y estupros que se intentan combatir y eliminar.

Toda revolución está precedida de una etapa evolutiva, durante cuyo desarrollo el pueblo adquiere conciencia de su situación y de los ideales de emancipación humana que fecundan las teorías socialistas o comunistas. Es por ello que ésta a su vez da luz a una nueva etapa evolutiva, durante la cual estos ideales están obligados a germinar con los frutos derivados de dichas esencias. Lo contrario es retroceder a la adopción de las causas que se intentan combatir. En cuyo caso la revolución, al no alcanzar la meta precisa, se desvía por los vericuetos de la injusticia y del crimen.

* * *

La revolución rusa sufrió del error de querer fusionar dos elementos irreconciliables: sus teorías de vanguardia con la práctica y teorías estatales de uno de sus grupos. Las esencias de ambos elementos no podían por menos de producir, a breve plazo, la obli-gada colisión.

Las tendencias creatrices del pueblo, basadas sobre la iniciativa compleja y variada de sus componentes, están ineludiblemente estimuladas en razón inversa de los intereses retrógrados y reaccionarios de las nuevas castas fortalecidas en el Poder. Las dos tendencias, congenitales a ambas fuerzas, progresiva la popular y conservadora la estatal, no pueden pervivir a un tiempo. La petrificación de las fuerzas estatales y la automática ley de movimiento y continuidad revolucionaria, no están hechas para coexistir durante mucho tiempo.

El Estado situado en el epicentro del fenómeno revolucionario está llamado a desaparecer arrastrado por la vorágine evolutiva. O a la inversa, la revolución domeñada por la inercia y abulia estatal, como medio de preservación de los intereses creados y los nuevos privilegios nacidos al calor de los acontecimientos de la hora. De la incompatibilidad de ambos principios o tendencias nació y se desarrolló el proceso de divergencias, que hubo de desembocar al trágico desenlace de la pugna.

La tendencia natural de todo poder político a garantizar el privilegio de sus rectores, choca indefectiblemente con los principios revolucionarios de equidad y justicia. Este fenómeno que no puede tardar en llamar la atención de las masas revolucionarias es, precisamente, la causa que incita a la minoría privilegiada a formar la casta burocrática-policíaca-militar, destinada a la salvaguarda del "nuevo orden".

Una nueva reacción, más sanguinaria que todas las precedentes, está llamada a poner fin a los humanos principios de todas las tendencias esencialmente progresistas. El aparato burocrático y coercitivo obstinado en preservar la nueva situación privilegiada y despótica erigida sobre las propias bases del que se ha querido eliminar, termina desvirtuando los fines revolucionarios para convertirlos en medios que faciliten el imperio de una nueva tiranía, autoritaria y despótica.

Todos los turbios elementos de la sociedad, que la nueva situación ha puesto en acecho atraídos por el poderoso imán de la opresión y explotación ajena, se congregan rápidamente. Los insanos apetitos, incitados por la atracción del botín que se ofrece, se confabulan y aglutinan. No hay más principio ni fin que el delimitado por la tentación de asegurarse una posición lucrativa. Los gérmenes infecciosos de un organismo en descomposición vienen a infectar la atmósfera social pervirtiendo a su paso todo lo que manchan con su aliento.

De esta manera el espíritu de iniciativa y autonomía no sólo es paralizado, sino brutalmente liquidado al menor conato de manifestación. Fuera de las directrices estatales no hay el menor derecho de opción u opinión. El espíritu estatal de monolítica unidad directriz ve no sólo un presunto enemigo en todo acto o acción, sino en la más leve manifestación pública o escrita.

La fatua pretensión autoritaria de querer solucionar y regular todo mediante leyes y decretos reaparece. El Estado pasa a convertirse en el elemento motor y fuerza omnipotente y omnipresente, creador y principio y fin de todas las cosas. Para al final, como el bíblico, incapaz de dar solución al más elemental problema, castrado por su propia burocracia, arrasará al mundo con un diluvio de fuego y plomo. La incompetencia estatal para solucionar pacífica y razonablemente los diversos problemas de la economía, intercambio o relación social, lo lleva finalmente al uso y abuso de la coacción y la violencia. El terror intenta suplir las deficiencias de la estéril e impotente maquinaria. El reino de la arbitrariedad asienta sus reales fueros.

Todos los monstruosos métodos de represión, debidamente revi-

sados y corregidos, son puestos a la orden del día. Con el Estado ni se discute ni se razona. Frente a él no existe otro diálogo que el de la sumisión o la muerte. Su enemigo, el verdadero enemigo, no se halla a la derecha ni a la izquierda; ni enfrente ni detrás; no es esta ni la otra clase: son todos los elementos del conglomerado social. Es el pueblo en masa. El Estado es una clase que ha roto el cordón umbilical que la unía, en un próximo pasado, con ésta o aquella. O más exactamente, es una casta con todos sus atributos.

De ahí nace que, en principio, una de las mayores preocupaciones del Estado sea la de convencer a la sociedad de ser el más puro estado; justo, equitativo, sapientísimo. Claro que esto no sería grave de no ser porque a causa de su obstinación en hacerlo admitir al conjunto social, acaba por creerlo él mismo y los que lo dirigen. Ello da lugar a un proceso metabólico que lo lleva a persuadirse de ser el órgano providencial y superior, rector de actividades y regulador de relaciones. Es por esta causa que su monomanía termina por conducirle a los antros del crimen. Para perseverar en él, y en su error, con tanta más pujanza, como débil y desamparado se halla.

El instinto de conservación hace de él el más odiado monstruo. De la supresión física individual, adoptada como principio, pasa a la de las masas. De esta forma se convierte en la bola de nieve de la masacre, que todo lo arrasa a su paso y que crece, adquiriendo un volumen desmesurado.

Es por ello que el Estado, cuanto más distanciado se encuentra del pueblo, más necesidad tiene de ligarse a él con nuevos lazos, a fin de evitar hundirse bajo el terreno movedizo en que se asienta, o volarse hinchado por su propia insuficiencia. Las castas de privilegiados servidores del régimen, de todas categorías, aristocratas y parásitos, llevados a equipararse al dictador supremo, se enardecen en el abuso de sus prerrogativas autoritarias.

Es precisamente esta manía persecutoria la que cierra sus corazones a la emoción y la razón al análisis. De ahí que Kruschew, al constatar los efectos catastróficos que resultan en el balance de este ciclo, no haya podido concluir más que en la condena del elemento que lo precedió. No ha podido imaginar siquiera que estos nefastos errores, no eran de la exclusiva responsabilidad de un hombre, sino de todo un sistema y sus teorías.

Incluso cuando su actitud ha llegado a confundirse, por la idoneidad de los métodos, con la de su legatario, no se ha visto en él otra reacción que la hallada por aquél como justificante de sus crímenes. El capítulo de cargos ha vuelto de nuevo a ser imputado al

“enemigo de clase”, del pueblo o del partido. Cuando, en realidad, el verdadero enemigo, no es otro que el resabio de un fanático autoritarismo que primero encarnó Lenin, para pasar a Stalin y que termina por envenenar al propio Kruschew.

* * *

No hay dictador que no se halle imbuido de una providencial o inmanente misión. La megalomanía de Stalin es común a la de todos sus congéneres. Y, sin lugar a dudas, un reflejo de la de Lenin.

Todo el sistema coercitivo del Estado soviético fué creado por él y no por Stalin. Como también es cierto que el primero en hacer uso de él fué su forjador. La sola diferencia entre ellos, estriba en que uno dirigió la masacre de cara al pueblo solamente, en tanto que el otro la hizo extensiva a sus propios colaboradores.

Pero de todas formas habrá de tenerse en cuenta que la labor del seminarista no fué sino el lógico colofón de una línea de conducta que le precedió. En efecto, la masacre de socialistas revolucionarios y anarquistas, efectuada por Lenin, o bajo su consenso, por simples clones de orden interpretativo, fueron las causas primordiales, que al abrir el camino de la dictadura, y liberarla de oposición, facilitaron la labor posterior de Stalin.

Las checas fueron producto y obra de Lenin. Ellas son “un órgano de combate, decía la prensa bolchevique, que opera en el frente interior de la guerra civil. Ellas no juzgan al enemigo, lo exterminan”.

Si puede acusarse a la checa de alguna cosa, añadía el bolchevique Latsis, no es del exceso de celo en las ejecuciones, sino de insuficiencia... Esta tesis como puede constatarse es la equivalente de la que Kruschew imputa a Stalin reprochándole a la G.P.U. cuatro años de retraso en su obra.

Indudablemente podría considerarse que el término “enemigo”, al contrario de Stalin, afectaba o hacía referencia a la clase privilegiada. Pero ello sería una cómoda manera de adoptar la falsedad como método de encubrir la ignominia. Las dos mil personas detenidas, cruelmente martirizadas y arrojadas con las manos liadas y una piedra al cuello en el Volga, en marzo de 1919, en Astrakán, por no citar más que un caso, eran simples trabajadores. Obreros en huelga cuyo delito fué asistir a un mitin y negarse a dispersarse bajo la intimación de la soldadesca bolchevique.

Y no hablemos de la clásica política de rehenes. Sobre ello ya se ha hablado abundantemente. Fué precisamente ésta y otras arbitra-

riedades las que obligaron a Kropotkin a dirigirse a Lenin en los calurosos términos que transcribimos a continuación.

“¿No se ha encontrado, verdaderamente entre ustedes, nadie para recordar que semejantes medidas que representan el retorno a las peores épocas de las guerras medievales y religiosas, son indignas de hombres que trabajan en la creación de la sociedad futura sobre las bases del comunismo? ¿Ninguno de ustedes ha soñado nunca en lo que representa un rehén? Eso quiere decir que ustedes encarcelan a un hombre, no para hacerle expiar un crimen cualquiera, sino para intimidar vuestros enemigos amenazándoles con exterminarlo.”

* * *

No hay Estado al servicio de la revolución. Ello es un burdo sofisma. El Estado se halla únicamente al servicio de sus propias criaturas. De la casta que lo compone y de la que se nutre. Y el bolchevique, en este sentido, no ha sido, por cierto, una excepción a la regla.

Todo sistema autoritario es un peligro para el pueblo y la revolución. Si la clase trabajadora es incapaz de organizar el sistema de producción y distribución al margen del Estado, y establecer las bases de toda relación sin medios coactivos ni coercitivos de ninguna clase, no habrá verdadera revolución emancipatriz. Lo fundamental no es sólo eliminar al capitalismo, sino al Estado.

Falto del apoyo estatal el capitalismo no podrá sostenerse un minuto. Pero sin capitalismo, el Estado puede no sólo proliferar, sino que inmediatamente establece las bases de un sistema semejante o más rapaz aún que el capitalista. El peor flagelo de la humanidad lo representa el régimen en el que las riquezas pasan a ser propiedad del Estado burocrático o dictatorial.

No puede haber verdadera emancipación allí donde el Estado no ha desaparecido. “No puede haber libertad con Estado”, decía Lenin. Pero renegando de este principio, su primera labor fué la de consolidar el segundo, liquidar la primera condenándola como principio “pequeño burócrata” para erigirse soberanamente sobre las pilas de cadáveres, resultantes de esta táctica, amontonados a sus pies.

Todas las riquezas nacionales, toda la propiedad, tanto la latifundista como la industrial, fué estatizada. E incluso la colectivizada, dimanante de la expropiación efectuada por el pueblo, lo fué de igual forma, llegándose a masacrar a los propios trabajadores reacios a dejarse arrebatar estas conquistas.

Ello dió lugar a una desorganización tal que el hambre y la miseria instaló sus reales, como más tarde con Stalin, haciendo ver su descarnado espectro. A las ruinas del país vinieron a añadirse las de la economía destrozada y en escombros. Las leyes y decretos coercitivos y los piquetes de ejecución fueron las expeditivas medidas de salud adoptadas. El Estado bolchevique proliferó gracias a la adopción de soluciones de fuerza, incapaz, como cualquier otro, de razonar en otro sentido.

La especulación y el lucro, abatidos por la revolución, volvieron a reaparecer. Pero en este caso por obra y con el apoyo de la elogiada panacea de la “dictadura del proletariado”. La petrificación estatal fué impuesta al país. Y con ella la parálisis invadió todos los estratos de la economía.

Las industrias tuvieron que cerrar sus puertas a causa de la incuria estatal. Y el campesino acosado por estas causas, negóse a vender sus productos, imponiendo la fórmula del intercambio. El valor de la moneda era irrisorio. Y, por terminar, el divorcio entre la ciudad y la campaña quedó patentizado al faltar los elementos que mantenían el aparente lazo de unión.

A partir de este momento las iniciativas populares vuelven a reaparecer para ser salvajemente reprimidas acto continuo. Ella quedaba sólo reservada como privativa del Estado. A que su incapacidad no pudiera ser más manifiesta y, quizás, a causa de ello. Al mismo tiempo, la censura de la prensa, palabra o reunión era impuesta con la excusa de la defensa contra la burguesía. Aunque en realidad no fuera más que una draconiana medida contra el enemigo de clase. Pero de la clase o casta estatal. El Estado dueño de la vida del país no permitía la menor intransigencia.

La regimentación de los soviets y los sindicatos fué el preludio de una vasta campaña mediante la cual todos los partidos y organizaciones obreras fueron eliminadas brutalmente. En un año el aparato militar, policíaco y burocrático del Estado había sido organizado al extremo. Las dudas acerca de sus verdaderas intenciones no pudieron abrigarlas sino los pobres de espíritu o los interesados en perpetuarlas.

El destino de la revolución fué desvirtuado por Lenin antes de que fuera escarnecida por Stalin. Y en este menester la responsabilidad del partido en masa no puede ser más evidente. Y destacándose de él, los elementos que, como el propio Kruschév, han llegado al partido como garantía de fortuna. Es simplista considerar, como algunos han hecho, que la revolución popular revolucionaria ha, for-

zosamente, de conducir a la estatal de violencia regresiva. Una y otra divergen en su esencia y finalidad. No podemos, so pena de caer en el sofisma, hacer responsable al pueblo de los desafueros de su enemigo natural: el Estado.

Lenin no es un producto o resultado de la violencia revolucionaria. El espíritu dictatorial de Lenin es con mucho anterior al desarrollo del emotivo estallido popular. Es un tema harto conocido los recursos de que valiése para la organización del partido bolchevique y apoderarse de su dirección, como los métodos empleados contra sus compañeros de primera hora, los social-demócratas rusos. Y lo desenmascaró, en la época, aunque sin fortuna, la polaca Ros de Luxemburgo.

Es cierto que el pueblo en armas puede fracasar en su misión. Ya lo hemos visto en varias ocasiones. La revolución puede ser desviada, y lo ha sido, de su verdadera senda. Mas no implica esto que la violencia revolucionaria haya de ser enjuiciada. Su relación con el Estado, al margen y frente al que se sitúa, es de origen eliminativo. De choque. Y es, precisamente, del enjuiciamiento de la violencia revolucionaria que nace el Estado con su violencia, que es la contra-revolución. Cuando el Estado aparece es en el momento preciso de la descomposición de las fuerzas revolucionarias o cuando el desgaste de energías de éstas las sitúan a su merced.

La guillotina actuó en Francia como en Rusia los piquetes de ejecución, no al conjuro de la revolución, sino de la contra-revolución. La única imputación posible que se puede hacer al pueblo es la de su mayor o menor capacidad. Mas lo que no debe confundirse es la revolución con la contra-revolución sin caer en el terreno de la metafísica.

La violencia revolucionaria no es el medio ejercido por una minoría para asegurar sus privilegios personales. No hay que confundir "el rábano con las hojas". Es ingenuo querer juzgar un hecho por sus "resultados". Estos resultados, en lo que respecta a la revolución, tendrían que serlo desde una base positiva: la de realizaciones progresistas y constructivas del proletariado. Nunca desde las desviacionistas o conculcadoras de una minoría erigida en fuerza represiva.

X. REGIMEN DESPOTICO PARA ESCLAVOS

El bolchevismo en Rusia fué pura y escuetamente el triunfo de la contra-revolución. Sus medidas lo fueron de terror implacable, no limitado a esta o aquella región. Batió la Rusia entera y en todo sitio o lugar se desencadenó con idéntico furor. La enumeración de todos estos hechos nos llevaría muy lejos, haciéndonos ocupar un espacio inútil. Un solo hecho, a más de los ya reseñados, es más que suficiente.

Cuando a principios de octubre de 1920, como hemos señalado, fué firmado por el Estado bolchevique y Makno su conocido pacto, una de las cláusulas del mismo estipulaba que todos los detenidos o exilados anarquistas deberían ser puestos en libertad. Algunos de ellos, es cierto, lo fueron así. Pero la cifra de los que eran reclamados y cuyos nombres fueron dados oficialmente ascendían al número de ¡20.000 militantes!, en su mayor parte campesinos.

A últimos de 1921, y después de la ruptura del acuerdo de parte de los bolcheviques, las "Izvestias" de Jarkov señalaban el fusilamiento de más de 5.000 rehenes en Kiev, Odesa, Ekaterinoslav y Jarkov. Los fusilamientos colectivos alcanzaron a millares de personas de todas las edades y los dos sexos.

Pasemos por alto los hechos de Saratov, Kazan, Moscú, Sebastopol, Iaroslavl, Samara, Koursk, Bakú, Astrakan, Leningrado, Kronstad, etc., por no ir más lejos. La lista y relación sería interminable. Los campos de concentración de Siberia eran ya la sola medida eficaz y distintiva del régimen.

Las palabras de Stalin en agosto de 1922, ante la asamblea de las organizaciones del partido bolchevique, son más que elocuentes: "Nuestros enemigos esperan, que estemos obligados a recurrir al terror rojo y nosotros ponderemos con las medidas que hemos practicado en 1918-19. Que no olviden que nosotros pondremos nuestras promesas en ejecución. De la forma en que nosotros

ejecutamos nuestras advertencias, ellos deben saberlo por la experiencia de los años precedentes. Todos los que participan de los sentimientos de nuestros enemigos políticos deben prevenir a sus amigos que sobrepasan los límites de lo permitido y que luchan abiertamente contra todas las medidas tomadas por el gobierno... Y a los golpes dados por detrás, nosotros responderemos mediante golpes terribles contra todos nuestros enemigos mil veces antes o contra los que comparten sus ideas".

Estas palabras son en esencia el exacto reflejo del bolchevismo y sus tendencias. Naturalmente el hecho de haber sido emitidas por Stalin, al estar éste hoy en causa, les resta un tanto de su valor. A menos así podría considerarlo cualquiera que desconociera en profundidad las teorías y prácticas del marxismo. Mas en este sentido el testimonio de un elemento, tan devoto al bolchevismo, como Máximo Gorki, antes del ensayo bolchevique, es más que lapidario.

"Lenin, Trotski y sus compañeros de ruta, decía, están envenenados por el veneno viscoso del poder. Se ve esto por su actitud vergonzosa en cuanto a la libertad de palabra, a la libertad individual y al conjunto de derechos por los cuales luchamos... Absurdos fanáticos y aventureros vergonzosos, se precipitan por el camino de la pretendida "revolución social", pero este camino luce en realidad al peligro mortal para la revolución. Lenin y sus compañeros de armas creen que no importa qué crimen está justificado... La clase obrera no comprende que Lenin hace una experiencia con su sangre. Lenin es un hechicero todopoderoso, un frío prestidigitador que comercia muy barato con la vida del proletariado..."

"Lenin posee todas las cualidades de un jefe, comprendidas las que convienen especialmente a este rol: amoralismo y dureza ineluctable hacia las masas populares. Es un jefe. Un señor ruso, los rasgos psicológicos de esta desaparecida clase social no le son extraños; y es por eso que se cree en el derecho de hacer con el pueblo ruso una cruel experiencia. Esta tragedia inevitable no perturba a Lenin, esclavo del dogma, ni a sus acólitos, esclavos de su jefe. Lenin no conoce al pueblo. La clase obrera es para él lo que un mineral para el metalúrgico. ¿En qué se arriesga si su experiencia no tiene éxito? Trabaja como un químico en un laboratorio con la diferencia de que el químico utiliza la materia muerta y de su experimento surge un resultado precioso para la vida, mientras que Lenin trabaja con una materia viva y lleva la revolución a las peores desgracias".

* * *

El número de las víctimas de Lenin no podrá jamás ser evaluado con precisión. Lo máximo que puede afirmarse es que ellos fueron millones. En 1920 la U.R.S.S. estaba dividida en 52 gobiernos dependientes del de Moscú, con 52 secciones especiales, 52 tribunales revolucionarios y 52 comisiones extraordinarias o checas. A más de 16 tribunales de cuerpo de ejército o división. El número de checas locales o de cantón no ha podido ser conocido nunca, aunque se sabe que fueron numerosas.

Todo ello da sin embargo una idea más que elocuente de la forma crudeza con que la represión fué ejercida. Sólo en Astrakan, por el simple delito de haber reivindicado la puesta en práctica de la jornada de ocho horas, en septiembre de 1920, sesenta representantes obreros fueron ejecutados.

En cuanto al sistema de infiltración de la checa en los diversos organismos de dirección y producción, etc., que con tanta ligereza se le ha venido imputando a Stalin, era ya una medida adoptada en los orígenes del régimen. Más que eso, la población era incitada a denunciar al enemigo, siendo considerada la delación como un ejemplo de virtud cívica y revolucionaria. Llegándose incluso a amenazar a los reticentes de que serían castigados "con todo el rigor de la ley". "Desde ahora, afirmaba Bujarin, todos debemos ser agentes de la checa". Así terminó.

Y otro, el bolchevique izquierdas Miasnikov, coreaba: "Todo el Partido Comunista debe transformarse en policía política. Toda Rusia debe convertirse en una inmensa checa en la que no debe hacerse alusión al pensamiento libre e independiente. Así la checa de frocarriles de Alexandrovsk a Moscú informa a todos los obreros que deben advertir de sus reuniones a la sección de la checa que enviará sus representantes para asistir a las reuniones y, al terminar la reunión el proceso verbal será inmediatamente dirigido a la checa".

No obstante, lo más concluyente que puede establecerse al efecto es la interviú publicada por el periódico "Novaya Jizn", de Máximo Gorki, con fecha 8 de junio de 1918, a Djerzinski y Laks:

"Se nos acusa sin razón de asesinatos anónimos; la comisión se compone de 18 revolucionarios probados, de representantes del Comité Central del partido y representantes del Comité Central ejecutivo".

"La condena a muerte no es posible más que bajo la decisión "unánime" de todos los miembros de la comisión entera. Es suficiente que una voz se oponga a la ejecución y la vida del acusado está a salvo. Nuestra fuerza reside en que nosotros no conocemos ni her-

mano, ni pariente, y nosotros nos comportamos con el camarada culpable de actos criminales, con la misma severidad".

A la que se puede añadir, aunque sea algo contradictoria, la opinión de otro de los jefes de la checa que afirmaba: "Para las ejecuciones nosotros no tenemos necesidad de pruebas, de interrogatorios, ni de sospechas. Nosotros encontramos la cosa necesaria, nosotros ejecutamos y es todo".

En efecto un *todo* que era todo un poema. Poco valor tenían para los bolcheviques las vidas humanas. La locura fratricida y la mayor arbitrariedad histórica imponía con ello sus reales a la revolución.

* * *

En cuanto a la persecución de intelectuales tan reprochada a Stalin forzoso nos es reconocer que ella le precedió de mucho. En los comunicados aparecidos en los periódicos de Moscú, septiembre de 1919, figuran 66 nombres, entre los que cabe destacar H. I. Zarevsky, los hermanos Astrov y el poeta Gumilev. Y lo mismo en Kronstadt varios doctores fueron fusilados por el grave delito de "popularidad entre los obreros".

Entre los casos paradójicos puede citarse el de un tal Ozerov, fusilado en Odesa por error de nombre. Y el de Aron Khoussid, que no habiendo podido establecerse con exactitud quién era entre once detenidos, fueron elegidos al azar y ejecutados dos de ellos. Y no fueron sólo estos casos, sobre los que no nos detendremos por numerosos.

Como no lo haremos sobre tantos crímenes y tanta vileza cometida. Pasemos todo esto por alto. Un periodo tan criminal no puede estudiarse en su amplitud, sin grave quebranto de las más endurecidas fibras del espíritu humano.

Los métodos de la policía política de sanción y condena, atribuidos a Stalin, sin previo proceso ni testigos, estuvieron a la orden del día del régimen desde los primeros tiempos. La organización de las checas fué una iniciativa de Lenin, llevada a cabo a fines de 1917.

Y si bien es cierto que al principio estuvo compuesta de un reducido grupo de fanáticos militantes del partido, no lo es menos que ella no tardó, incluso, en reclutar sus miembros entre los efectivos de la vieja policía zarista. El nombre de G.P.U. adoptado más tarde o el de N.K.V.D. como el de las figuras que la han dirigido desde Djerzinsky no varió en nada la tendencia de dicho organismo, sus arbitrariedades y abusos.

Las checas o G.P.U. han sido en manos de los bolcheviques un

instrumento ciego de indiscutible efectividad para su consolidación. Mediante ella toda la vida y actividad del país pudo ser severamente regimentada y estatizada.

La administración, los sindicatos obreros, la banca, el comercio, la industria, la agricultura, la enseñanza, el arte y las ciencias, así como las más diversas actividades fueron monopolizadas. Todo pasó a poder de la clase obrera, que no tardó en ser desahuciada por el Estado proletario (?), que era, en definitiva, el predio del bolchevismo.

De esta simple manera todo pasó a convertirse en propiedad privada de unos cuantos cientos de millares de afiliados del partido, que paulatinamente fue extendiendo su base numérica hasta los ocho millones con que cuenta, aproximadamente, en la actualidad. Ocho millones de zares y zarevich que son los que, en definitiva, han pasado a convertirse en nueva casta expoliadora.

Cuando las organizaciones obreras llegaron a comprender su error el mal ya no tenía remedio. El menor conato subversivo o las más leves exigencias fueron bañadas en sangre proletaria. Los beneficios dimanantes de esta clase de sistema, tan loado por sus usufructuarios, son para la clase imperante, no para el conjunto de la población, que ha sido en definitiva la que ha pagado los platos rotos.

La sola diferencia del sistema ruso que lo distingue de los democratas, estriba en que en el segundo la propiedad es individual, en tanto que en el primero ella se halla monopolizada por el Estado. En uno como en otro los privilegiados suponen una ínfima minoría que persevera en vivir a expensas de la clase trabajadora. Allá como acá el eterno expoliado, el eterno pagano continúa siendo la masa laboriosa de la población.

* * *

Sin embargo, de todo ello se desprende una constatación aún más odiosa. Según las sutilezas bolcheviques su forma de Estado es proletaria. Y en este sentido toda la riqueza del país es propiedad de la clase obrera, de la que dicho Estado es su elemento protector y tutor.

Lo que en términos prácticos y evidentes viene a significar que el trabajador en realidad no tiene derecho alguno más que al concedido por su Estado. En este sentido el trabajador carece de la facultad de reivindicar la más mínima mejora. Incluso la huelga le es prohibida, en razón de que toda reclamación es perjudicial. El obrero no puede pedir una aumentación de su nivel de vida, pues en este caso la riqueza del país debería sufrir las consecuencias.

Algo así tan horrible como el cálculo del avaro que no se permite disfrutar de la más elemental satisfacción o necesidad, al fin y objeto de ver acrecer el número de su capital. Naturalmente esta tesis es sólo aplicable a la clase trabajadora, omitiéndose de privación alguna a los privilegiados del partido, que disfrutaban de un tren de vida suntuoso y regalado como cualquier burgués.

El trabajador en Rusia no es otra cosa que un siervo al servicio del Estado, sin derechos y sin iniciativas. El Estado es dueño y señor. Él lo emplea y paga sus servicios. Lo educa, lo vigila y lo forma. Es Monopolizador de toda la propiedad y medios de vida, lo es en igual sentido de toda opinión y de toda idea. Fuera de él o contrario a sus designios la menor futilidad es una herejía.

Todo aquel que individual o colectivamente ha intentado manifestarse en cualquier sentido no previsto o autorizado por las altas jerarquías del régimen, ha sido fulminantemente eliminado. Desde los métodos inquisitoriales al clásico tiro en la nuca o la deportación, todo ha sido ensayado con pleno éxito.

Es posible que una parte de los bolcheviques de primera hora hayan estado convencidos de que sus teorías o sistema podría conducir a la edificación de una verdadera sociedad socialista. Pero de lo que no cabe la menor duda es de que rápidamente se acomodaron a una situación que de hecho era lo más contrario a los fundamentos de aquélla.

Marx creyó, puede que más por soberbia que por convicción, poder llegar a la sociedad ideal a vehículo de un Estado: la dictadura del proletariado. No obstante, el partido bolchevique llevando al ensayo sus teorías, no pudo crear otra cosa que un capitalismo de Estado monstruoso y sanguinario.

La conclusión de la tendencia antiautoritaria de la primera internacional se comprobó justificada. Por medio del Estado no podía llegarse a otra conclusión que a la negación y antítesis del socialismo.

* * *

Afirmar hoy que la libertad en la U.R.S.S. es un mito es caer en la vulgaridad del lugar común. El control soviético sobre la vida de la población es absoluto y total. No hay en la vida del individuo minuto que le pertenezca. Todo es propiedad del Estado y su máquina. Sus tentáculos por tenues e invisibles que parezcan no dejan de sentirse en no importa qué orden o sentido. Todo allí se halla es-

rechamente controlado por el partido, la policía o el denunciante, que a su vez lo son en la actualidad por Krutchev, como en el pasado lo fueran por Stalin.

La individualidad es un enorme contrasentido sin motivo de existencia en U. R. S. S. La obra del hombre no existe. Todo lo creado es y debe ser, sin lugar a discusión, obra del Estado. Y por ley de correlación del tirano de turno. Como en el seno de la religión católica no le queda al individuo ni la satisfacción de la creación, ni el disfrute de los beneficios resultantes.

El cotidiano contacto con la maquinaria estatal hace del hombre un autómeta o pieza de este engranaje. El terror y la coacción permanente producen a la larga un total desquiciamiento del sistema nervioso. La continua presión da lugar a un proceso metabólico de consecuencias patológicas insospechables. La vida del pueblo ruso, como de todos los que se hallan en idéntica situación, más que estudio sociológico, merece el del siquiatra. El desequilibrio orgánico de la sociedad, producido por sus paranoicos gobernantes, da lugar a un fenómeno de desorientación colectiva, por influjo indirecto y presión directa.

El terror que pesa sobre Rusia, por tendencia natural de la dictadura, no se concreta sólo para con el pueblo. Nacido con la excusa del imperativo revolucionario y determinismo finalista ideal, se ha impuesto como norma de vida. Nadie escapa a su influjo y dictado. Empezó consumiendo al enemigo de clase para terminar por abatirse sobre el conjunto de la población. Más tarde hasta sus propios mandadores cayeron entre las espesas redes de la tela de araña. Ni el propio Stalin escaró a su influjo. Del más pequeño al más grande todos han sido zarandeados por el vendaval.

No precisamos extendernos sobre este aspecto más que conocido. El terror se alimenta con arreglo a las directrices del Kremlin. Sólo él tiene derecho de opción u opinión. Lo que hoy está permitido mañana será un delito, o a la inversa. Es este un medio expeditivo y maquiavélico por su extensión y trascendencia, de conservación de una infalibilidad de origen divino por metafísica.

Lo arbitrario de las detenciones no conoce parangón en la historia. La más leve falta, el absentismo, por ejemplo, como ha sido reconocido por los propios stalinistas, es motivo suficiente para la deportación. Ni la ley, ni los amigos, nada puede ser un puente de salvación para el caído entre las garras de la policía. El informe policiaco es todopoderoso. Las medidas administrativas son el poder ejecutivo en el país de los soviets. El individuo caído es hombre per-

dido, arrastrando, a veces, tras él millares de personas. De ahí que, como se ha visto tantas veces, hasta la propia familia es la más celosa colaboradora de la N. K. V. ¹⁹³⁷

La confianza no reina ni en los hogares. Los denunciadores influenciados por el terror, pululan incesantemente. La denuncia adquiere caracteres de complejo. Y lo peor es que esta obra se realiza con frecuencia, a tenor de simples venganzas personales o con miras a una posible ascensión en la escala jerárquica.

Los campos de concentración o de reeducación por el trabajo, como dicen los stalinistas, son la estampa patética y real de la vida en la U. R. S. S. Se afirma que Rusia es un campo de concentración, pero dentro de ese de doscientos millones, han existido y existen otros que, durante largos períodos, han sobrepasado la treintena de millones. Muchos hombres condenados por simples nimiedades o como medio de facilitar mano de obra gratuita al Estado. Hasta mano de obra infantil. En la patria del proletariado hasta el niño es considerado enemigo, y sujeto, por tanto, al rigor de la injusticia reinante.

Es este un medio más práctico y beneficioso que el utilizado por el nazismo. Las cámaras de gas eran medios demasiado expeditivos y de resultados nulos. El campo de concentración ruso resuelve todos estos problemas de forma más positiva para los intereses estatales. Raro es el condenado que escapa de ellos con vida. El refinamiento no puede ser más que jesuítico. Ni el asesinato más rentable. Muere el hombre abandonado de sus propias fuerzas, consumidas por la implacable voracidad estatal, a beneficio de sus más directos victimarios.

* * *

El partido bolchevique afirmaba marchar hacia el comunismo por etapas. Tenía como medio la dictadura. Conseguida ésta empieza aquél por imponerse en tanto que tal. Y finalmente la dictadura se convierte en una realidad indiscutible contra el proletariado que ha sido, en realidad, su víctima propiciatoria.

Seguidamente el partido deja de ser la clase dirigente en política y administración. Afianzados en su posición política los jerifaltes de turno se convierten en los nuevos faraones de esta extraña dinastía. No es de extrañar, por esta causa, que el pueblo obcecado por la miseria se preste a servirle los más adictos colaboradores, dispuestos a todas las bajezas con tal de poder continuar disfrutando de su posición privilegiada sobre el resto.

Una nueva clase nace a este conjuro: la técnica. La industrialización y mecanización de la agricultura será un factor que impulsará

favorablemente este proceso. De esta forma dependientes uno de otra, privilegio y dictadura, la colaboración estrecha los vínculos entre sí. Como por encanto cesan las persecuciones de intelectuales y técnicos, considerados hasta la época como enemigos del proletariado, y empieza una nueva época.

Stalin que, al mismo tiempo, se ha consolidado en el Poder. El hombre infalible que desde su oscura posición ha sabido elevarse por sobre el conjunto de todas las altas jerarquías del partido a las que implacablemente empieza a hacer sentir su indiscutible autoridad.

El primer plan quinquenal, octubre de 1928 es el prelude de las nuevas directivas que Stalin va a imprimir a la política interior del Estado. La dictadura está totalmente consolidada entre sus manos. El monopolio totalitario empieza a extenderse, y entramos con esta fase en uno de los tantos olvidos de Kruschev o hechos omitidos con plena conciencia.

En lo sucesivo la fuerza dictatorial no conocerá barreras ni imponderables. El antiguo seminarista va a concentrar entre sus manos un poder tan absoluto que los propios zares podrán ser considerados demócratas equiparados a él. Los años a venir, van a ser los más tristes y sombríos del pueblo y la historia rusa, que nunca los conoció felices. Las represiones se sucederán a las represiones, y las purgas a las purgas. La violencia estatal se manifiesta jubilosa en toda su furibundez. Nada podrá contener la furia desmandada del odio. La finalidad staliniana se concretiza. Stalin va a intentar moldear el hombre a su imagen. La duplicidad, la relajación, la capitulación, la adaptabilidad, el oportunismo, todas las virtudes negativas del individuo se manifiestan arrolladoramente. Y ni aun esto servirá como garantía preservativa. El tirano exigirá siempre más, hasta que deshecho, vencido, totalmente aniquilado un pueblo de rodillas será masacrado implacablemente. La dictadura es una deidad sangrienta. El sacrificio humano es su alta finalidad.

Había pasado la época eufórica, de teórica dominación del partido. Las pocas figuras de relieve que éste contaba en su seno eran sólo los intelectuales. Los técnicos escaseaban. La política de Lenin, y en particular de Stalin, había convertido a éstos en una clase reacia a sus directrices. La clase técnica, en particular, había sufrido las fatales consecuencias de las furiosas arremetidas del Estado.

En los primeros meses de la revolución el partido había puesto al técnico un colaborador y fiscalizador, generalmente inexperimentado, a cuyas erróneas directrices hubo de plegar su voluntad so pena

de verse tratado de traidor. Más tarde el elemento fiscalizador fué impuesto por el Estado. En uno como en otro caso los errores de la inexperiencia y de la imposición fueron imputados al técnico. El G. P. U. era infalible.

La persecución adquirió con el tiempo extremos virulentos profundizando las divergencias existentes entre técnicos y bolcheviques. La simpatía que en principio pudo ser ganada tornóse en mutua antipatía y recelo, acentuándose la oposición y las persecuciones. La apatía se dejaba sentir con todas sus fuerzas. De 1928 a 1930 miles de ingenieros, inventores, profesores e intelectuales fueron detenidos.

* * *

En Abril de 1929, Stalin desencadena su ofensiva ante el Comité Central del partido contra el ala derecha del mismo. Rikov, Bujarin y Tomsky son las víctimas elegidas para el sacrificio.

La eliminación de Trotsky había puesto en guardia a los adversarios de Stalin. La alianza de Stalin, Bujarin, Kamenev y Zinoviev, fué decisiva contra Trotsky, abandonado de los dos últimos ante la alianza de los dos primeros. Las disidencias de Stalin con Bujarin, a partir de aquel momento dan lugar a la alianza de Bujarin-Kamenev por mediación de Sokolnikov.

El aliado de Stalin, Bujarin, pasaba a ser su adversario por alianza con el adversario y aliado de Lenin, adversario y aliado de Trotsky, aliado y adversario de Bujarin: Kamenev. En este cuadro queda aclarado el mar de fondo en que se debatía el partido bolchevique desde su constitución, y las divergencias existentes entre sus jerarquías.

De todas formas esta alianza se destacó por su nulidad. Stalin había conseguido afianzar su fuerza y poder. El peligro había sido previsto demasiado tarde. Cuando los aliados de Stalin contra Trotsky comprendieron la verdadera finalidad perseguida por éste, el frío glacial de los ejecutados, debió correrles a lo largo de la espina dorsal. La ignominia que debía enlodazarlos años más tarde hubo de aparecerseles en toda su amplitud. Pero su reacción había sido tardía. Obsatinados en eliminar al hombre que los sobrepasaba a todos juntos en popularidad dentro del partido y capacidad, habían confiado en el más inepto de todos. Este exceso de confianza había sido su perdición.

En lo sucesivo la oposición de derecha e izquierda iban a ser las marionetas al servicio del dictador, en tanto se preparaba, de toda urgencia, el cadalso para ambas. La jugada había sido maestra. En lo sucesivo la deidad erigida en el Kremlin debería ser adorada de hinojos. Incluso sus propios fallos vendrían a ser, por un refinado

maquiavelismo, motivo de desgracia para sus adversarios. Él sería dios y dueño, omnipotente e infalible. Su consolidación interior vióse reafirmada por la tregua que el exterior le concedía.

Durante este tiempo Stalin había jugado un hábil papel de arbitraje entre las diferentes tendencias que se debatían en el seno del partido. Su método fué decisivo, pues, burlando la confianza de todos para preparar dentro de dicho partido las bases que le permitirían ganar y ganar la última partida.

A mediados de 1931 se opera el radical cambio que hemos reseñado de alza de las cotizaciones de los técnicos. El trato se suaviza, concediéndoseles un trato de favor substancioso, patentizado en raciones especiales en ropas y alimentos, viviendas y estancia en casas de reposo, o para ingreso en escuelas especiales para sus hijos, reservadas anteriormente para los de los funcionarios del partido. Les son, acto continuo, reducidos los impuestos. Y la elevación de rango se impone con arreglo a capacidad y no por obediencia al partido.

La orden de Lenin empieza a concederse a esta nueva clase. Muchos de ellos son liberados de prisión. Sus salarios montan en flecha. Clubs, restaurantes y bibliotecas son inaugurados para su uso particular. Como en otras ocasiones la G.P.U. debe pagar en carne propia los errores del Estado y del partido. Las persecuciones a la inversa empiezan a realizarse contra los persecutores de los técnicos.

La industrialización del país es acometida con fervoroso celo. Pero las previsiones para el primer plan quinquenal fracasaron ruidosamente. Las responsabilidades volvieron a pesar, por esta causa, sobre los técnicos. Pero, caso curioso, en sentido inverso a la anterior. En esta ocasión el responsable no era el elemento de esta clase imparcial en política, sino precisamente los afectos al partido.

Empezaba la era de las grandes purgas. La nueva depuración arrastró una buena parte de elementos del partido, siendo a su vez sustituidos en la escala jerárquica por los neutrales. El partido iba perdiendo todas las riendas del Poder, aunque insensiblemente, convirtiéndose en un tema de especulación. El Estado consolidado engendraba una nueva casta: la técnica, políticamente amorfa. No se precisaba más.

Una y otro, soberano siempre el Estado, es decir Stalin, serían los dirigentes de la nueva vida política y económica rusa. Sobreentendiéndose que naturalmente, la capacidad directiva no implicaba infalibilidad más que de parte del Estado, o Stalin particularmente. La divinización del ídolo tenía que partir de esta base.

* * *

La consolidación de Stalin dentro del partido, da como resultado la de su personal dictadura. En lo sucesivo ésta va a concretizar su labor de teocratizar el Estado y "democratizar" la sociedad. Las especulaciones teóricas en el partido, como otras muchas, serán productos de exportación, innecesarios en los propios dominios. De la sociedad sin clases teóricamente, se pasa a la práctica de sociedad de castas. En Rusia las clases se ignoran, sólo las castas proliferan. Se asciende o se desciende la pirámide, con arreglo a la posición de los genitores y el grado de obediencia servil.

La capacidad en materia especulativa, las virtudes del individuo, como su posición, son privilegios hereditarios. Es un círculo vicioso del que nadie podrá librarse. El paria no podrá escapar por ningún medio a su condición. Excencionalmente el stajanovista y el chivato gozarán de ciertos privilegios, graduados y evaluados por la cantidad y calidad de sus prestaciones y sumisión.

La barrera de castas es infranqueable. Los salarios y privilegios son inmanentes en razón de jerarquía. La teórica igualdad original ha desaparecido. El hombre es tratado en razón de su posición social y, en primer lugar, de su capacidad de adaptación y sumisión. La instrucción, diversiones, espectáculos, etc., se hallan divididos en tantas categorías como castas.

La industrialización del país, junto al régimen de castas, instauró el de la miseria. Sería éste el rasgo distintivo de la U.R.S.S. en su fisonomía económica que, la pésima recolección de los años 1932-33 agravaría en términos más que agudos, costando varios millones de vidas. En realidad inútiles sacrificios. El Estado había decidido por esta fecha estatizar la agricultura. La reacción del campesino fué violenta. Somerido por las tropas armadas hubo de claudicar. La dictadura agravó el volumen de sus exigencias, amenizadas de nuevas revueltas y masacres.

La G.P.U. y el ejército hubieron, de todas formas, de desarrollar y desplegar todas sus fuerzas y métodos para llegar a tal fin. Los cortijos fueron saqueados, no dejando a veces grano ni para la sementera. Las deportaciones de aldeas enteras a Siberia o traslado de regiones enteras de un confín al otro del país pusieron fin a este homérico duelo. Una vez más por el terror Stalin vencía.

La Ucrania de Makno fué la que más sufrió los brutales zarpazos de la fiera. Saqueados los cortijos el Estado procedió al almacenamiento del grano. Fué precisamente por aquellos años que empezó a afirmarse en Occidente que en las inmediaciones del Volga se habían dado casos de canibalismo. Krachenko afirmó haber sido testigo presencial del terrible estado de depauperación que hacía estragos en

el país. Los cadáveres se amontonaban en las plazas públicas. Las familias se mantenían de las boñigas cocidas de las caballerías. El raquitismo era un espectáculo desolador, pero las jerarquías del partido vivían rodeados de todas las comodidades, aprovechando la miseria para satisfacer su lujuria. Entre tanto, el grano se pudría en los almacenes del Estado.

De esta ignominiosa manera, Stalin, pudo convertirse en el dueño y señor de vidas y haciendas. Esa era la terrible realidad. Ese el resultado de la imposición de unas doctrinas nefastas. En la "paria del proletariado" el edén existía, pero sólo para los usufructuarios del régimen.

El horroroso espectáculo de la campaña trascendió a todos los ámbitos del país y del partido. El 26 de Junio de 1931, tras una áspera discusión con su marido a causa de estos hechos, la segunda mujer de Stalin apareció muerta en su alcoba. Se afirmó que se había suicidado. Pero, según parece, Kruschev ha afirmado que fué víctima de su esposo.

* * *

La sequía, es cierto, contribuyó mucho a la escasez de las cosechas. Pero no es menos cierto que Stalin tuvo en sus manos los medios de haber paliado la agonizante miseria del pueblo. Dos años antes de los hechos reseñados, importantes casas comerciales de Occidente habían ofrecido a la U.R.S.S. el trigo necesario. El fracaso de la transacción fué motivado por la negativa de Stalin. Era preciso mantener la ficción de cara al exterior del fortalecimiento de la economía soviética. Y la verdad es que era totalmente imposible proceder a la industrialización del país y satisfacer, a un tiempo, las perentorias necesidades del pueblo.

De todas formas lo que la mente humana no puede comprender, o quizás, comprende demasiado bien, es la maquiavélica acción de la ocultación del grano por parte del Estado. No fueron pocos los lugares en que se halló grano suficiente para haber salvado muchas vidas de las que tan criminalmente fueron condenadas a la lenta muerte del hambre. Pero los depósitos habían sido tapiados por los jerifaltes del régimen.

En estas condiciones la industrialización triunfó. Rusia precisaba en el período de diez años, según las declaraciones de sus dirigentes, alcanzar el retraso de cien años. El número de víctimas que ésta causó al país quizás nunca se sepa con exactitud. La pobreza clásica de la U.R.S.S. hacía totalmente imposible satisfacer los deseos de los gobernantes y las necesidades del pueblo. Sólo un pequeño número pudo satisfacer plenamente sus necesidades. Los pertenecientes a las nuevas

clases en fermento. Ellos contribuyeron, por este motivo, a la estabilización del déspota. Puede que ése fuera uno de los objetivos que lo indujeran en esta labor.

Sin embargo, y pese a todo la industrialización no pudo, fué incapaz de cumplir la misión que se le había fijado. De la miseria del pueblo se hicieron máquinas. Pero las máquinas fueron incapaces de rendir, faltas de la mano de obra especializada y técnica. La lluvia y la nieve dieron cuenta de la mayor parte de ellas. La incapacidad de los cuadros del país fué tan evidente que puede afirmarse que la industrialización rusa no se ha podido operar hasta recién terminada la segunda guerra mundial con el auxilio de técnicos alemanes, y otros, la maquinaria requisada en los países ocupados y la originaria del Prets-Bail americano. Como se sabe, Los EE.UU. entregaron a la U.R.S.S., material y comestibles por valor de once mil millones de dólares, sin crédito alguno, ni obligación de hacer efectiva dicha cantidad a fecha fija. Como así ha sido. Dicha cantidad no ha sido un préstamo, sino un regalo graciosamente concedido.

Cronológicamente esta época se destaca en el plan de la economía, por los siguientes hechos. En 1933 es abolido el sistema de la requisa del trigo. En 1935 se instauró el sistema de la pequeña propiedad, pudiendo el campesino vender el trigo a su capricho. En 1936 se legalizó el derecho de herencia. Esto fué el tan ponderado acierto de la Constitución soviética, tan alabado por los corifeos stalinistas en Occidente. Y al campesino se le concedió el derecho de voto en igualdad de condiciones al del obrero. Hasta la fecha sólo lo había sido en la proporción de cinco por uno. He ahí la tan decantada hermandad de obreros y campesinos. En los países más atrasados democráticamente había sido concedido el derecho de igualdad del trabajador y el contribuyente antes de la primera guerra mundial, donde la diferencia no llegó nunca a alcanzar mayor proporción que de cuatro por uno. Entre obreros y campesinos jamás existió diferencia fuera de Rusia.

En realidad, y hay que reafirmarlo, el derecho de igualdad en el voto sólo era una ficción en U.R.S.S. El derecho era prácticamente nulo al ser los candidatos impuestos desde las esferas oficiales. Y, de otra parte, teniendo en cuenta que las decisiones de los Soviets, al ser preparadas de antemano, carecían de valor práctico. Igual que del jurídico, pues, que su labor se limitaba a aprobar todas las decisiones gubernamentales, sin derecho a tomar ninguna. A no ser que se considere que el hecho de sostener y apoyar las tropelías del régimen pudiera ser un hecho de alguna envergadura, fuera de la inmoral.

XI. LA GRAN ESPERANZA DEL MUNDO

Las primeras elecciones celebradas en la U.R.S.S., después de esto, fueron las del 12 de Diciembre de 1937, en las que fueron autorizados a votar 94 millones de electores. De ellos, según los informes oficiales, votaron el 96,8 por ciento, y la lista única, no es preciso decirlo, obtuvo el cien por cien. No creo preciso añadir más. Si un régimen obtiene un apoyo semejante no precisa de dictadura de ninguna especie. Lo contrario viene a rebatir el apoyo y sostén en cuestión, y en este caso el amaño de las cifras no puede ocultársele al más lerdo.

La era de las grandes purgas en Rusia, en lo que respecta al partido, se desencadena con la de la "Liga de Jóvenes Comunistas", coincidiendo con los prolegómenos de la glorificación de Stalin. Las del partido siguen a partir de 1934, alcanzando la cifra de varios millones. Un año más tarde es dispersada, finalmente, la "Sociedad de Viejos Bolcheviques".

En 1930 la burguesía había dejado de existir en el sentido en que ésta es conocida en Occidente. Los adversarios de Stalin en el partido habían sido vencidos o conculcados. La vieja guardia a punto de desaparecer. El Partido quedaba descartado. En lo sucesivo no habría más figura representativa que el indiscutible dictador. Su único colaborador sería la G.P.U. Y sus colaboradores de turno imbuídos de un espíritu de policías de Estado y delatores.

Huelga mencionar el nombre de Beria. Pero no deja de ser sintomático el hecho de que la primera biografía de Stalin, y el más falaz de los documentos que registra la historia, fuera hecha por el candidato a jefe de la temible Policía Política del Estado. No cabe la menor duda de la total incondicionalidad de éste hacia el amo del Kremlin. Pero mismo y aún en la tesitura de que alguien en combinación con ella hubiera intentado dar un golpe de Estado, tendría que haber contado al mismo tiempo con el ejército. Claro que como se ha visto esto no era posible.

Todos los resortes del Poder se hallaban en las manos de Stalin. Las directrices al partido partían de él en tanto que Secretario. El gobierno como dictador, de la misma manera. Sus funciones en ambos eran equivalentes. Uno y otro se regían con arreglo a sus órdenes y decretos. La homogeneización era absoluta, como absoluto era el Poder. El partido dirigía el Estado y el Estado al partido, al ser uno y otro regidos por la misma persona. Eran dos fuerzas concordantes e inseparables. Nunca se pudo saber con exactitud dónde empezaban las atribuciones del uno, y dónde terminaban las del otro. Es posible que sea ésta la causa que facilitó la rápida fanatización de los partidos extranjeros, afectos a Moscú y ligados a él por el cordón umbilical de un mismo conducto sanguíneo.

La astucia de Stalin será difícilmente igualada. Aunque por algunas de las medidas que venimos de reseñar más arriba se habrá podido establecer el parangón que guardan con las espectaculares de Krutchev, en estos últimos meses. Como conviene a todo dictador toda su actuación política se sitúa entre las sombras. Si bien es verdad que Estado y partido estuvieron permanentemente dirigidos por él, o con arreglo a sus directrices, no es menos verdad que sus fracasos no pudieron nunca serle imputados. Él era el dictador. Los ejecutores sus colaboradores y, por tanto, las cabezas visibles gravitando bajo la cuchilla de la guillotina. Los fallos y errores del jefe, fueron, a tenor de este plan, los fallos y errores de los ejecutores, no del decretador. Esa fué la concretización de su solvencia y capacidad. La de saber hallar en el momento de un fracaso, la víctima propiciatoria. Ese fué el retrato de su infalibilidad.

* * *

El partido, de "guía instructor y adelantado del proletariado", teóricamente, pasó a convertirse en la práctica en el agente de la dictadura. Abandonando los rangos de la clase obrera de la que se nutría y llamaba defensor, pasa a convertirse en el más adicto colaborador de Stalin. En el más sanguinario opresor de la clase obrera a la que dictaba sus normas y conducta, imponiéndose cada vez más, por la violencia y renovadas exigencias. El problema humano quedaba descartado ante los imperativos de la producción. Era preciso producir a un ritmo, cada vez, más acelerado. El Comunismo se convierte en una entelequia.

Para el partido y sus jéarcas sólo la producción cuenta. Un hombre vale lo que es capaz de producir, consumiendo con arreglo a este

orden. Y en todo en sentido inverso a los tres o cuatro millones de privilegiados del régimen.

Se implanta la teoría capitalista de a cada cual según sus méritos, día de forma más imperiosa. La teoría "de cada cual según sus fuerzas, a cada cual según sus necesidades", es un prejuicio pequeño-burgués. Todo lo que da fuerza y valor al Comunismo es descartado como nocivo. Es preciso descartar las digresiones que sólo conducirían a un debilitamiento de la dictadura.

El stajanovismo hace furor. El disco de la producción es rotado tesonosamente. Las teorías de Marx que no concuerdan con los de aquellas del dictador son retiradas de la circulación o revisadas. Sólo aquellas que aparentemente o por tergiversación pueden respaldar la labor de Stalin son sacadas a la luz del día desde los arcanos del Kremlin, en monstruosas ediciones. Stajanov ha ganado la batalla. El pueblo hace tiempo la había perdido.

Las teorías de Marx, revisadas primeramente por Lenin, reciben los últimos retoques de manos de Stalin. En lo sucesivo marxismo será sinónimo exclusivo de lo que pueda decidirse tras las murallas fortificadas del Kremlin. Marx y Lenin pasan a ser los cómplices o comparsas mudos de esta gigantesca maquinación.

El pueblo ruso hizo posible una revolución que Lenin decapitó. Con un cadáver entre las manos, Stalin no supo reaccionar más que violándolo, escarneciéndolo y cubriendo de ludibrio e ignominia hasta en lo más sagrado. Era el único medio de elevarse. El mismo que sus usufructuarios están siguiendo hasta la fecha, táctica que a no ser por una violenta explosión del pueblo, no abandonarán.

* * *

El problema de las clases en Rusia es tan antiguo como el régimen. La principal preocupación de los dirigentes rusos fué la de sostener siempre que las clases habían desaparecido en la U.R.S.S. al día siguiente de la toma del Poder por los bolcheviques. Mismo cuando la N.E.P. batía el record de su desarrollo, según la tesis oficial, las clases habían dejado de existir. Era esta, sin embargo, la media verdad del poeta. Las clases habían desaparecido del país en su configuración precedente. Pero sólo eso.

En Marzo de 1936, en una entrevista concedida a Ray Howard. Stalin afirmó: "No hay clases en Rusia, la línea de demarcación entre las clases ha sido borrada". Era esta una tesis oficial que por aquellos tiempos hacía furor en los medios stalinistas de Occidente. Algunos

llegaron a afirmar imperturbables, que la sociedad comunista sería implantada en Rusia en 1936. Sin embargo, en esta fecha lo único que se implanta es la época de terror máximo, y de las monstruosas purgas.

Las clases, no obstante, si queremos atenernos a la realidad de los hechos desaparecen en Rusia en la época posterior a la conocida con el nombre de la N.E.P. Pero esto carece de valor especulativo. Las clases desaparecen allí en el término en que las jerarquías soviéticas han definido como tal. Pero no en el sentido por el que ellos califican su teórico básico, Carlos Marx. Las clases definidas por éste no han desaparecido de la U.R.S.S. Lo único evidente es que una de ellas, se ha consolidado a tal extremo que la mayoría del país no puede ser más orgánica a causa de ello.

La realidad el hecho no podía ser de otra forma. Sin necesidad de recurrir a las teorías de los considerados por los bolcheviques enemigos notos, recurriendo sólo a las teorías de sus más consiguas figuras, Marx, Engels y Lenin, se puede comprender fácilmente que la política seguida por la Unión Soviética no podía dar lugar a otro fenómeno. Claro que las tesis a que aquí hacemos referencia han sido consideradas por los usufructuarios del sistema como sobrepasadas por la actualidad histórica. Y en realidad es lógico. También esto fué previsto por ellos mismos. Lo que no previeron es que el país que iba a reclamarse heredero de sus teorías iba a ser relegado o reformado al extremo de que ni sus propias puertas podrían reconocerse en ellas.

El maquiavelismo de Marx ha sido superado a tal extremo, por sus herederos directos, que éste se nos aparece hoy como un ornamento en la materia. Las teorías de Marx, tan alabadas fuera de Rusia, por los hombres de paja de Moscú, son ignoradas en el país de los soviets. La mayor parte de sus obras han sido a partir del reinado de Stalin retiradas de la circulación. Marx, por paradójico que parezca, es más conocido en Occidente que en sus propios dominios.

* * *

Desde luego es preciso señalar que antes de romper con Marx, la primera preocupación de Stalin fué la de romper consigo mismo. Es decir, con su pasado histórico. El pasado para él tenía más valor que el presente. Cuando menos su pasado debía ser algo concordante con su presente. Es por esto, sin duda de ninguna clase, que su primera tarea fué la de exterminar junto al pasado revolucionario sus figuras de

trapeya. El príncipe Alejandro Nevsky, Iván el Terrible, el general Suvarov o el príncipe Kutazov, se adaptan más a sus designios que Fugachev, Riazin o el propio Lenin.

El pasado revolucionario pierde desde este momento todo su valor retrospectivo. En lo sucesivo sería sólo un fantasma, sin ningún valor positivo o alegórico. El internacionalismo sería un prejuicio burgués. La patria volvería a ser un delirio de sus cenizas. La unión obrera un encadenado en el exterior es un delito en el interior. Al pie del cadalso donde la revolución había sido guillotizada el espectro del zarismo se elevaba imponiéndose danzando por encima de los cadáveres de los hijos del pueblo que habían dado la vida en holocausto de una revolución social. En tanto que el cadáver momificado de Lenin reposaba en su vitrina de la Plaza Roja, eran devueltos a la vida los antiguos zares encarnados en la proyección de sus desafueros, multiplicados por sus herederos naturales. En realidad la momificación de Lenin no significó otra cosa que la vuelta a las antiguas concepciones pretorianas del régimen que venía de caer. El bolchevismo se erigió en religión de Estado con todos sus atributos.

Desde entonces el enemigo del régimen, que había pasado del enemigo de clase al del Estado, pasaba a ser el simple adversario ideológico. Es decir, que el enemigo más perseguido fué precisamente el bolchevique ortodoxo y los elementos avanzados del propio partido. Era ellos en realidad el mayor obstáculo a los fines del dictador. Agarrados pueblo y partido, era obligado eliminar a los propios colaboradores y en particular la vieja guardia leninista.

Era esa la única forma factible de proceder a la transformación del hombre a su imagen, y la del propio historial. Su desmedido orgullo no podía soportar el insignificante papel que había jugado en el partido, en el momento crucial de la revolución y golpe de Estado. Era preciso fabricar la historia que lo presentara como el más íntimo colaborador de Lenin. Y para esto todos los testigos eran piezas de convicción que podían, de un simple manotazo arrojar por tierra el mito. Las pilas de cadáveres iban a facilitar su ascensión hasta la pirámide en que reposaba Lenin. En lo sucesivo no habría lugar para el primero sin la presencia del segundo. Nació con este motivo lo que después ha sido considerado por los bolcheviques, como realismo en el Arte. Stalin siempre a la derecha de Lenin, como un hado protector. De la deificación de una doctrina se pasaba a la de un hombre. La imagen de Stalin debía llenar con su presencia toda la historia y todo el espacio de la Unión Soviética. Y hasta el corazón y la mente

del fanatismo ignorante de las catervas de sus acólitos en el resto de mundo.

* * *

El miedo a los demás, todos presuntos enemigos, hace del gobernante un déspota, cada vez más feroz. Stalin fué el más sanguinario que se conoce en la historia. Es este miedo consustancial el rasgo que más lo caracteriza. Miedo al pueblo, al colaborador, al amigo, a los colegas y a sus propios afines. Y, en particular, a su propia mediocridad.

Muchos de sus antiguos jefes, liquidados más tarde por él, muchos de sus colaboradores eran y estaban más capacitados para asumir las riendas de la dirección del país. De mediocre cultura, mal orador, sin capacidad de dirigente, sin la simpatía que, a veces, arrastra a las multitudes tras el espejismo de un ídolo, Stalin, déspota y cruel, ascendió al vértice de la pirámide a fuerza de constancia, astucia y perversidad.

La esencia que lo distinguió, que manaba de él infiltrándose a los demás fué, a partir de este momento, el miedo. Su agonía de Poder lo elevó a la cumbre, sintió el vértigo del precipicio, y sin saber qué hacer de este instrumento cuya extensión y maquinaria ignoraba, lo convirtió en su máquina de tortura y de la del pueblo entero. Abocado por sus excesos, a la resitura de perder a manos de sus colaboradores o el pueblo que lo odiaba, hizo sentir a todos el peso de su dictadura. Fué el suyo el lógico y normal desarrollo de un complejo que, partiendo del dominio de la sociología, se adentra en el de la siquiatria. Proceso morboso que Freud y sus discípulos tienen netamente definido y clasificado.

La política de Stalin, como en la actualidad la de sus herederos, fué la política del doble juego. Política que donde con más evidencia se ha podido seguir es en el aspecto exterior. La campaña que hace unos años, desencadenada en favor de la paz, reportó a Joliot Curie, entre otros, varios millones como premio Stalin, no es la única de la historia soviética. Una de las particularidades del régimen es la de agredir y declararse partidario de la paz. Es esta una táctica que se ha dicho de Goebbels, pero en realidad de origen soviético, o hablando con más propiedad, marxista. La labor de Marx en el Consejo General de la Primera Internacional no fué otra. A fuerza de repetir una mentira adquiere ésta visos de veracidad. Veracidad que, por cierto, no es una de las debilidades de los dirigentes soviéticos.

Este truco de tirar la piedra y esconder el brazo es bien caracterís-

tico. Ya en 1927, preparando la liquidación de Trotski, se valió Stalin del "slogan" de que los países imperialistas preparaban la guerra a Rusia. Toda la maquinaria del partido y del Estado, ya entre sus manos, fué puesta en acción. La trama, aunque burda, hizo caer al primero entre sus redes. Y Stalin pudo fácilmente acusarlo de "enemigo de la patria proletaria". Era una acusación que explotada en origen por Trotski, contra los que en el exterior se preocupaban de enlazar la verdadera fisonomía del bolchevismo, iba a ser en lo sucesivo el caballo de batalla en el interior y el método más seguro para la acusación.

Perseguido como perro rabioso, de todos es conocido cuál fué el fin del hombre que por su capacidad estaba llamado a regir los destinos del país. Eliminado Trotski, Stalin recurrió al socorrido tema de la "voluntad pacifista" de la Unión Soviética, terminando por concederse "motu proprio" el galardón de primer pacifista y salvador de la patria y el socialismo. Su sagaz *política pacifista* había salvado al país de la más horrenda catástrofe (?). La perdición del uno evaluó la elevación del otro. La falsedad y la duplicidad fueron, en toda ocasión, los más adictos cómplices del dictador.

Había ya pasado la época en que Stalin, en calidad de subalterno de Trotski, había tenido que hacer su elogio, afirmando: "Todo el trabajo práctico de la organización de la insurrección bolchevique, ha sido conducido bajo la inmediata dirección del camarada Trotski". Con la siega de vidas y la quema de libros, se había operado la metamorfosis de transformación de la historia del partido y, particularmente, de la individual de Stalin.

* * *

La G. P. U. nació en tanto que Comisión extraordinaria o Checa, con la finalidad de perseguir y castigar los enemigos de la Revolución. Su misión real, sin embargo, era la de eliminar los enemigos o adversarios del bolchevismo.

Los primeros ataques de Stalin al Partido lo fueron tras haber asegurado la reorganización de la GPU. Tanto que a veces el poder de éste fué tan extraordinario que pudo competir con el del propio dictador. La reorganización de la policía política empezó con el nombramiento de Ivan Akulov como primer adjunto, siendo Yagoda retrogradado al segundo puesto jerárquico, en 1931. Cuatro meses más tarde, sin embargo, Stalin se ve obligado a dejar lastre, invirtiendo el orden de nombramientos. La derrota de Stalin no pudo ser más evidente.

Más Yagoda estaba señalado, desde este momento, a ser la víctima propiciatoria. Su Poder y el hecho de hallarse al tanto de muchas de las maniobras de Stalin así lo requerían. Jugar con él no era cosa fácil, ni al alcance del primer venido. En 1933 crea Stalin para Akulov la plaza de Procurador Federal. Su misión era simplemente la de vigilar los movimientos de la GPU, hacer odiosos a sus jefes, y preparar el golpe final que se avecinaba.

Como tantas otras veces, se sirve Stalin, para liquidar a un enemigo peligroso de un segundo Intermuerto. Millares de deportados fueron gracias de su deportación en Siberia, y el número de condenaciones de la pena de muerte alcanzó una cifra record. Tenía, como se ve, Krutchev, ya un precedente en su espectacular medida en este sentido después de la muerte o eliminación de Stalina. La orden en cuestión de Stalina estaba firmada por Akulov. Y el nombre de Yagoda es escarnido y maldecido, haciéndosle responsable de todos los excesos. Esta campaña a la inversa concede a Stalina un tanto del prestigio perdido entre las masas con motivo de los años de miseria, por esa tendencia popular a culpar siempre a los subalternos indefensos o más en vista.

Unos meses después la GPU pasa a denominarse Comisariado de Asuntos Interiores (N. F. V. D.), y algunas de sus funciones son transferidas a los tribunales civiles (procedia similar a la de Krutchev). En julio de 1934, Yagoda consigue ser nombrado, en apariencia un triunfo más, Comisario de Asuntos Exteriores. Mas su estrella empieza a declinar tras el asesinato de Kirov. El declive total para él, conoce su fase aguda, a partir de 1935 con el mejoramiento de las condiciones económicas y un cierto margen de libertad concedido al pueblo. Yagoda empieza a perder velocidad ante esta serie de medidas, siendo finalmente ejecutado en compañía de todo su Estado Mayor y miles de sus subordinados. Su desprestigio era tan enorme que, pocas de las víctimas de Stalin, despertaron menos conmiseración.

Para substituirlo fué nombrado Nicolás Yekov. Que a su vez es eliminado, tras las purgas de 1936-37-38, pasando a ocupar su puesto Beria.

Una vez más Stalin recurre a la obra de desprestigio. Beria empieza su tarea liberando un cierto número de detenidos, condenando a otros jefes de la N. K. V. D., inculpados de haber arrancado a los reos las confesiones por medio de torturas, para terminar él a su vez, tras la desaparición de Stalin, de la misma forma, acusado por Krutchev. Aunque se afirma que asesinado por el "héroe de Berlín", Yukoff.

De todas formas puede afirmarse que ninguno de los jefes de la policía de Estado ha podido rivalizar con Yagoda. Quizás Beria haya podido superarlo en instintos criminales. Pero ninguno ha gozado como él del privilegio de poder equipararse a Stalin, al que en múltiples ocasiones ha debido hacer temblar y al que, indiscutiblemente, tuvo en jaque durante la mayor parte de su reinado. Fue la suya una pugna homérica en la bárbara tarea de asegurarse el predominio de la dictadura. Nunca vivió el poder de noche que con frecuencia se llegó en la confusión de los instintos a los colapsos del uno, y dando también las del continuismo. Fueron los dos únicos adversarios de la entretanto por la conquista del Poder después de la muerte de Lenin. Y, caso curioso, ambos se hallaban en el nivel de aquellos, o más, menos destacados escaños de las jerarquías del régimen.

La C. P. U. ha sido el más poderoso organismo de la U. R. S. S. Y por ello, quizás, el que más ha sufrido los consecuencias de los frecuentes cambios de humor del diámedor y sus veleidades. Ningún poder, excepto la herencia del de Stalin, le ha superado. E incluso ni ésta, pura, que actualmente su actuación está en curso, su vida ha desaparecido y aquella queda como escremento permanente del régimen. Si sus atribuciones son actualmente un tanto restringidas, no por ello dejará aun de conocer todo el esplendor de su pasado a no tardar mucho.

Sus víctimas que, a todo lo largo y ancho del territorio, se cuentan por millares, no tardarán en volver a pagar su tributo debido. Y la cifra exacta de sus desmanes que no ha sido conocida aún, de no mediar una terapéutica decisiva de parte del pueblo, se acrecentará en idénticas proporciones que en el pasado. En general todos los actuales dirigentes del sistema han hecho sus primeras armas en el seno de esta institución.

Naturalmente la incógnita rusa, no lo es ya en la medida que en el pasado. Después de la desbandada de los artífices de la Comuna de Ucrania y la expulsión de Trotski, las mallas de la cortina de hierro empezaron a cernirse impenetrables sobre Rusia. Teníamos conocimientos de algunos de los desafueros del régimen por medio de ellos, y, en particular, por los informes de algunas figuras de avanzada. Y, en particular, por la conocida posición de los representantes de los sindicatos moscovitas, con motivo de la reorganización de la Primera Internacional en Berlín.

Soviets y sindicatos se sabían caídos en las garras fatídicas del

Estado omnipotente. Pero el juego de argucias y calumnias había contribuido a sembrar el desconcierto en los espíritus. El resplandor de la revolución rusa había cegado no pocas preclaras inteligencias. La duda había comenzado su labor destructiva. Se presentía la inminencia de una realidad. Pero se ignoraba o prefería ignorar, que era lo más terrible, el alcance de la misma. Situado en un terreno movido el hombre se sentía dominado por la expectativa, hallando el recurso de justificar los desafueros en razón de ciertos imponderables.

La humanidad era incapaz de distinguir entre el sofisma y la verdad. Y en esta tesitura, los pueblos, faltos del sentido crítico y de orientación, preferían adoptar la cómoda postura de la apatía, o la menos noble, de evasión. Los estragos del régimen, con este motivo, se duplicaban, y la doctrina continuaba desarrollando su nefasta labor de captación y división, en un terreno abonado.

Las primeras defecciones en el campo soviético empezaron a producirse hacia el año 1929. Pero éstas concernían sólo a algunas figuras estelares del partido. La masa amorfa continuó aferrada al espejismo de una bella ilusión. El oportunismo había sentado ya sus reales. Los elementos parcialmente emponzoñados al producirse la escisión empezaron su labor clarificadora. Pero ya era tarde. Antes que ellos nosotros la habíamos desarrollado, cargando con los repugnantes insultos de la jauría enardecida. Era totalmente imposible que la masa amorfa llegara a discernir con claridad entre las marañas que la cegaban. El mito se imponía en las mentes fanáticas con más fuerza y poder que todas las realidades.

Los elementos que silenciaron las primeras ignominias del régimen perdieron el crédito personal ante sus seguidores vencidos por la fuerza avasallable de la credulidad humana. La mentira es tan repudiable que aquellas almas cándidas se obstinaban en creer que habían sido víctimas de la más grande estafa de los siglos. Si el régimen bolchevique padecía de un defecto de origen era, en su principio, como nosotros lo hicimos, que debía haber sido sancionado. Era lógico deducir que los hombres que habían vivido a expensas del régimen durante una docena de años, no eran los más indicados para impugnarlo a raíz de un determinado hecho con frecuencia puramente personal. Máxime si de lo que se trataba era sólo de una patente rivalidad de personajes. No se repudió lo repudiable, sólo lo accidental lo fué. No era el régimen a quien se cuestionaba sino a un elemento o grupo de él. Y la duda se consolidó. Si el régimen era viable, se interpretó que no importaba quién

podría ser timonel. Máxime cuando a fin de cuentas hasta las altas figuras se podía comprobar habían sido condenadas por sus malos actos.

Se volvía a partir de una base falsa. No era una cuestión de individuos la que se hallaba en causa, era un principio de doctrina que no podía dar de sí otro resultado. Y así, de error en error se condujo al barco a puerto seguro. Se había contribuido aun sin desearlo a hacer el juego al enemigo. Harían falta aun muchos años, y muchas vejaciones, y muchos martirios para llevar la verdad al cerebro atrofiado del populacho. Entre tanto la orgía sangrienta habíase desencadenado y un pueblo era condenado a la más depravada de las esclavitudes conocidas.

La cortina de hierro se había solidificado, y ni aun los angustiosos ecos de los lamentos del pueblo encadenado, conseguían salvar la muralla infranqueable. Fué preciso el alborear de la revolución española para que la realidad empezara a abrirse paso en las más atrofiadas mentes. Incluso cuando Mussolini tras su invasión de Abisinia, condenado por todos los países democráticos, sólo había encontrado en la U.R.S.S. el país que le facilitara el juego, vendiéndole el petróleo que precisaba, no se había comprendido el alcance de tal decisión.

En España el caso no fué ya el mismo. Era totalmente imposible negar la realidad de los designios de la intervención soviética en Iberia. Los informes empiezan a llegar de forma intermitente. Hay un informe de nuestros delegados a la Unión Soviética, enviados en unión de un grupo de representantes de las diferentes organizaciones antifascistas, a fin de tratar de obtener el material bélico que precisábamos, y que sometido al Comité Nacional fué archivado. Por un oportunismo del momento, incomprensible, se consideró que éste debía permanecer secreto incluso para la base de la organización.

Pero la verdad no puede ser callada por más tiempo. Finalmente el informe a la terminación de la guerra ve la luz. El error de darlo tan tardío le hace, sin embargo, perder lo más fundamental de su valor. Mas al nuestro, por fortuna, siguen los de las más destacadas personalidades del partido y los de aquellos que han tenido una intervención directa en nuestra revolución. Finalmente el pacto nazi-soviético termina de aclarar las dudas y la verdad empieza a abrirse paso.

Por desgracia la posterior alianza ruso democrática, con motivo del ataque nazi a sus aliados soviéticos, y el ulterior intento democrático de justificar dicha alianza, vuelven a desatar el cisma. La con-

fusión vuelve a renacer. A los millones empleados en propaganda por los bolcheviques, vienen a añadirse los de las democracias obstinadas en honrar a sus flamantes aliados.

• • •

La suerte de Stalin, de todas formas, estuvo más que comprometida en los primeros tiempos de la guerra. Por fortuna para él los errores de la estrategia militar de Hitler se hicieron por su cuenta. Los objetivos sólo en vez de ser consecuidos íntegramente, como era la idea del alto mando alemán, en el campo a Moscú fueron divididos, por orden del cabo de la guerra 19-18, y llevados en su mayor parte hacia la conquista de la zona pacífica del Cáucaso septentrional. Moscú quedaba, por esta causa, al abrigo, considerado posición de importancia secundaria.

A esto añádase la eficiencia de los informes del espía soviético Víctor Sorge. La baja temperatura, falta de zona de abrigo y capacidad del soldado alemán para soportar temperaturas tan glaciales. Los desastres alemanes en África. Los implacables bombardeos de los americanos a las bases aéreas, centros industriales, etc. alemanes, que más que nada fueron los que en definitiva terminaron por inclinar el fiel de la balanza. El ejército alemán hubo de abandonar, por terminar, la guerra, y retirarse hacia sus propios lares.

De otro parte, es lógico reconocer que Hitler careció de psicología en su trato de la población rusa, granjeándose rápidamente su antipatía. La euforia de los primeros días dio lugar con el cotidiano contacto a una más justa apreciación del sistema que se había impuesto. Hitler y Stalin no se diferenciaban en lo fundamental en sus métodos opresivos. El pueblo ruso empezaba a comprender que no es la clase de régimen, o nombre del mismo, quien puede tener la virtud de variar las condiciones de vida y problemas del hombre.

La constatación de estos hechos contribuye a aumentar el espíritu de resistencia, que en principio no se había encontrado. Puede que a esto contribuyera igualmente el patriótico. La emotividad del pueblo es en extremo conocida para ser descartada como imponderable. La densidad de esta emotividad nos es a los españoles más que conocida por haberse operado en nuestro país precisamente durante la guerra de independencia. El pueblo va a la muerte por el séptimo Fernando, lo que no revalida, por cierto, sus cualidades. Al contrario este mismo pueblo había sido equinado durante su reinado, y volverá a ser masacrado por aquél a su retorno.

A más de esto, como hemos dicho, la ayuda inglesa y americana

que fué decisiva en aquellos momentos. El Pret-Bail salvó a Stalin del escollo principal. De no haber mediado la obstinación hitleriana y la continua presión americana, es muy posible que Stalin hubiera accedido a firmar una paz separada con los alemanes. Es más que conocido el hecho de los intentos que el Japón realizó a última hora acerca del Kremlin para que éste sirviera de intermediario en su conflicto con los aliados. No obstante, los rusos prefirieron dar por no enterados de la cuestión, lo que prolongó la guerra durante unos meses más, con el consiguiente sangría mundial. La masacre de Nagasaki e Hiroshima pudo haber sido evitada. Mejorarse de haber obrado la paz en la. Pero aun, por más que se declare, no ha existido nunca ni en ninguna ocasión, de parte del Kremlin.

La segunda guerra mundial es la historia más abrutida de los manejos de la diplomacia y hombres de Estado. Almoneda de traficantes, en ella iba a ser decidida la suerte no sólo de pueblos enteros, sino que la carta geográfica mundial iba a ser trastocada en todos sus extremos.

De ella salió la Rusia Soviética como una de las cinco grandes potencias mundiales. El fortalecimiento del régimen stalinista no pudo suscitar la menor duda. Las exigencias territoriales rusas afectando territorios de Finlandia, Rumania, Polonia Bálticos, Polonia, Alemania y Turquía, sino satisfechas en su totalidad, fueron compensadas en otros puntos. Este es el clásico final de las historias de rufianes.

Las memorias de Churchill, que ás sin ser lo extensas que deberían, ponen al descubierto este infame marchandaje. El viaje de Churchill a Moscú en 1944 tenía por finalidad fijar el reparto y porcentaje de las zonas de influencia en Europa. Este quedaba fijado en un 75 por ciento para Rusia en Bulgaria, Rumania y Hungría; con un 25 por ciento de influencia inglesa. Igualdad en Yugoslavia y totalidad inglesa en Grecia. En la que dos meses después en un golpe de fuerza Stalin pretendía liquidar, para terminar el juego apoderándose de más de las tres cuartas partes de Europa.

• • •

Las exigencias rusas no se concretaron sólo a estos territorios. En febrero de 1945 los tres grandes se reunían en Yalta. Las reclamaciones o exigencias rusas batían en ella todos los "records". Buena parte de ellas le fueron aceptadas. Las islas Kuriles, la mitad meridional de las islas Sakarina, el puerto internacional de Dairen, la mitad de las dos principales vías férreas de Manchuria y el alquiler

de una base naval en Puerto Arturo le eran concedidas. Días más tarde, el 12 de abril de 1945, el presidente Roosevelt dejaba de existir.

El error democrático iba a ser la causa de nuevos derramamientos de sangre y la dominación de casi medio mundo por Stalin. La finalidad de la propaganda democrática concentróse durante varios años en presentar al nuevo zar como un aliado permanente y exagerar sus hazañas tratando de minimizar los propios errores. Difícil iba a ser para Occidente aclarar el confusionismo sembrado por la ineptitud de sus gobernantes. Y mucho menos delimitar la fuerza de los partidos moscovitas que se habían reproducido y propagado, como los hongos al calor de este clima tan propicio a su desarrollo.

Unos meses después de la muerte de Roosevelt su sucesor Truman vendría a Potsdam a reunirse con Stalin y Churchill. La sorpresa mayor de esta conferencia, la constituye la salida de este último con motivo de asistir a las elecciones generales inglesas y el retorno de Clement Attlee. Con ello se da el caso paradójico de la primera oposición a Stalin. La labor consolidadora de Occidente empieza. Stalin se halla ante la firme negativa a sus intentos de dominación de Turquía y control parcial de la industria del valle del Ruhr.

La primera bomba atómica sobre el Japón del que Stalin, como hemos dicho, ocultó a los aliados dos ofertas de paz, fué lanzada en Hiroshima el 6 de agosto, la segunda en Nagasaki dos días más tarde. A partir de este momento ellas iban a lanzar a Rusia sirviéndose de técnicos nazis por el camino de la desintegración nuclear.

El 9 de agosto, un día después de ser lanzada la bomba atómica sobre Nagasaki, Rusia declaró la guerra al Japón. Poco habían transcurrido, cuando la rendición incondicional de éste se hacía pública. Una vez más Stalin había procedido con oportunidad. Estas pocas horas de intervalo, durante las cuales la acción rusa fué nula, iban a modificar sensiblemente la situación en el Pacífico, convirtiéndolo en un foco de guerra. La Manchuria y la Corea del Norte pasaban a depender de Moscú.

La segunda guerra mundial había terminado. La sangre por ello no dejaría de correr. Indochina, Checoeslovaquia, China, Corea, etc. iban a ser los primeros en demostrar la incapacidad democrática y la cobardía de sus gobernantes. El mundo ardía en los rescoldos de una guerra fría que iba a facilitar todos los desmanes de la reacción de Oriente y Occidente, demostrando completamente que no se había luchado frente al nazismo por la causa de la libertad, sino por pequeños intereses de grupos privilegiados.

Rusia sale de la segunda contienda mundial fortalecida en todos

los sentidos. El rango de gran potencia vuelve a conseguirlo. Y en el oscuro juego diplomático y de cancillerías, obtiene la extensión de su territorio mucho más allá de los límites soñados por Pedro el Grande. En lo sucesivo la Unión Soviética vive sólo por y para la política de anexión. Su poderío no conoce límites. Económicamente sólo los EE. UU. pueden superarla. Materialmente, Rusia es un gran país.

No así en el aspecto moral. Sus lacras se han fortalecido en sentido paralelo a sus arcas. La podredumbre que corroe el cuerpo social soviético es más que evidente. Ya nadie, particularmente a raíz de los últimos hechos de armas bolcheviques, puede llamarse al engaño. Sólo la mala fe o la imbecilidad ambiente pueden continuar proliferando.

* *

Si como queda patente la tesis teórica, en la práctica se patentiza por su falsedad, el sistema lo es en igual sentido. Nos hallamos así de deducción en deducción ante el verdadero fondo del problema. Si el enemigo no ha podido ser descartado y convencido no puede más que a causa de lo defectuoso del régimen. La generación del que aparece. Y son precisamente las nuevas generaciones las que vienen a suscitar el problema. En la actualidad, como puede observarse, el enemigo es precisamente el niño formado por el régimen y su modo de producción. La contradicción no puede ser más flagrante.

Claro que en esto la contradicción es más aparente que real. Lo sostuvimos mucho antes que la doctrina fuera llevada a la práctica. El hombre precisa para estímulo de sus facultades creadoras vivir dentro de un sistema de libertad. Ni la deformación de la inteligencia, ni el campo de concentración, ni ninguna medida coercitiva puede contener los naturales impulsos del hombre en tal sentido. La libertad es una ley natural que alienta siempre en los corazones de los hombres. El terror implantado por la dictadura es el más contrario principio de relación social y de derecho humano.

La grandeza del Kremlin es un permanente atentado a las más elementales necesidades del pueblo. Como su aparato policiaco o militar. Toda la grandeza soviética se asienta y prolifera sobre la extrema miseria del proletariado.

Y con estas digresiones quizás nos hayamos alejado un tanto de la cuestión. Pero era necesario. Los partidos bolcheviques se conceden con una pedantería hija del fanatismo el honroso título de comunistas. La cuestión para nosotros estriba en saber si este régimen

existe en Rusia o si, al menos, como ellos afirman, marchan al establecimiento del mismo. E igualmente tratar de clarificar la verdadera esencia de la doctrina que le sirve de orientación: la marxista.

Creemos haber contestado ampliamente a todo ello sin dejar lugar al equívoco. Mas si alguno pudiera subsistir, las palabras de Molotov en la antepenúltima reunión del Soviet Supremo son concluyentes. Según él, actualmente en Rusia se están sentando las bases del socialismo. Y el socialismo es la etapa precedente al comunismo. Es cierto que meses posteriormente hubo de hacer su "mea culpa" ante el pleno del Comité Central. Pero ello es una medida draconiana.

En esta parte, teniendo en cuenta la concepción etimológica de la palabra comunismo, es obligado reconocer que nada puede serle más contraria que la concentración de la propiedad en manos de un determinado número de individuos o del Estado. Comunismo o socialismo son equivalentes; todo lo que viene del dominio de lo social, de la sociedad, ha de chocar indefectiblemente con las veleidades acaparadoras de cualquiera.

La sola misión del trabajador ruso es la de servir al Estado con todas sus fuerzas, so pena de verse acusado de traición a la causa del proletariado. No puede haber mayor antinomia. Servir al Estado y servirse a sí mismo es de todo punto imposible.

Las diferencias entre los jefes y el pueblo ruso son más evidentes que en no importa qué otro lugar. Para el servicio de Stalin se habilitó la residencia de los zares. Y para el de cualquier figurilla diplomática se pagan millones en los meses de verano a otros por una sola semana. Durante una vida entera un trabajador, aunque se llame Stajanov, no llegará a ganar lo que ellos ganan en esta semana de tiempo. ¿Cabe mayor escarnio ni mayor atentado al principio de igualdad?

El factor humano ha sido pospuesto en Rusia a no importa qué bagatela. Como en no importa qué país capitalista. Pero de forma más aguda. No importa dónde el trabajador es libre de reivindicar unos determinados derechos. Menos en Rusia, puesto que allí éstos son contrarios a los derechos del reivindicador. Un modelo de perversión intelectual y moral.

El sistema edificado en la U.R.S.S. es equivalente, y en ciertos aspectos supera, al de los viejos faraones. En realidad lo que se vanagloria en Rusia no es lo que se va a construir sino lo que se ha edificado. El régimen más pretoriano que ha conocido la historia hasta nuestros días. No podía el marxismo dar lugar a otro resultado.

Í N D I C E

	<i>Pág.</i>
<i>Entre dos revoluciones</i>	7
<i>Introducción</i>	11
<i>Alternativas de la revolución</i>	15
I. Concepto económico del Socialismo	34
II. El Manifiesto y la dialéctica comunista	45
III. El comunismo comunista	56
IV. El comunismo sepulcrista de la revolución	71
V. La lucha por el poder	85
VI. El pacto de los miserables	105
VII. Había el dios de la más despiadada religión	128
VIII. El monstruo del estado	147
IX. Régimen despótico para esclavos	161
X. La gran esperanza del mundo	175